

Director

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Coordinador editorial

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ

Edición

ALENA BASTOS BAÑOS

Diseño

J. PEDRO CAMEJO DOMÍNGUEZ

Consejo editorial

ARMANDO HART DÁVALOS

ELIADES ACOSTA MATOS

LUIS ÁLVAREZ ÁLVAREZ

ROLANDO BELLIDO AGUILERA

MARLÉN DOMÍNGUEZ HERNÁNDEZ

OMAR GONZÁLEZ JIMÉNEZ

ORDENEL HEREDIA ROJAS

HÉCTOR HERNÁNDEZ PARDO

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

JORGE LOZANO ROS

RAÚL RODRÍGUEZ LA O

PEDRO PABLO RODRÍGUEZ LÓPEZ

ADALBERTO RONDA VARONA

RODOLFO SARRACINO MAGRIÑAT

JOSÉ L. DE LA TEJERA GALÍ

Fundadores de la Sociedad Cultural "José Martí"

ARMANDO HART DÁVALOS

ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR

EUSEBIO LEAL SPENGLER

CARLOS MARTÍ BRENES

ABEL PRIETO JIMÉNEZ

ENRIQUE UBIETA GÓMEZ

CINTIO VITIER BOLAÑOS

Redacción

Calzada 801½ entre 2 y 4

El Vedado, La Habana, Cuba

Tel.: 830 8289 y 838 2298

Fax: 8334672

revhonda@cubarte.cult.cu

Portada

La imagen pertenece a la Santa Iglesia Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo.

Foto: Lino Luis Valerino Cambar

Agradecimientos

Oficina del Historiador de la ciudad de Bayamo, Dirección Provincial de Cultura de Granma, Comisión de Comunicación y Cultura de la Diócesis del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo, Biblioteca Provincial "1868", Filial de la Sociedad Cultural "José Martí" en Granma.

Impresión

Ediciones Caribe

Edición financiada por el Fondo de Desarrollo de la Cultura y la Educación

Sumario

Ideas

Antonio Álvarez Pitaluga. El mito de la ciudad en las revoluciones modernas. Bayamo, la antorcha encendida / 3

Raynor Rivera Licea. La Santa Iglesia Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo / 9

Ludín B. Fonseca García. José Martí: Bayamo y los bayameses / 12
Miguel Antonio Muñoz López. Céspedes y Martí: semejanzas que no son coincidencia / 17

Luis Manuel Díaz-Granados Bricuyet. José María Izaguirre y José Martí: trascendencia de una amistad / 23

Mauricio Núñez Rodríguez. José Joaquín Palma desde la mirada de José Martí / 29

Óscar Loyola Vega. Ficcionalando a Bayamo / 33

Acontecimientos

Armando Hart Dávalos. Con Bolívar, Martí, Fidel y Chávez por la integración latinoamericana y caribeña / 40

Thalía Fung Riverón. Esbozo sobre Chávez y una ciencia política de enfoque sur / 42

Isabel Monal Rodríguez. El vacío que nos deja Chávez / 47

Corina Matamoros Tuma. Apuntes históricos de las colecciones de Arte Cubano del Museo Nacional de Bellas Artes / 49

Lourdes Cabrera Pereda. Belén, un colegio para élites / 53

Presencia

Bayamo en el periódico *Patria* / 60

A la de colibrí

Alpidio Alonso-Grau. Boceto de Zenea / 62

Intimando

Rafael Polanco Brahojos. Puig Premión: La más bella forma de lo bello / 66

Páginas nuevas

Rita M. Buch Sánchez. Una aproximación a *Por esto* / 68

Joel Jorge Prado Rosales. El místico perfume de la memoria / 70

Manuel Navea Fernández. *Ventana sur*: Una revista que dialoga / 72

Carmen Suárez León. Una antología para un aniversario: *Un loto blanco de pistilos de oro* / 73

Francisca López Civeira. Acerca de un libro que incita a la polémica / 74

En casa

Teófila Acea Antúnez. Merecido reconocimiento a una martiana / 77

Amaury Hechavarría Nistal. Homenaje en las alturas / 77

Randy Saborit Mora. Presentan Asociación Cultural José Martí en Guatemala / 79

Raquel Marrero Yanes. Cantón Navarro entre nosotros / 79

Nuestros autores / 80

Página del director

En la correspondencia real dirigida a Diego Colón, hijo del Descubridor y Gobernador de las Indias, desde 1509, se le insta a que mande a saber “el secreto de Cuba”. El “secreto” se relacionaba con precisar si en estas tierras había o no oro.

Designó a Diego Velázquez para esa misión y en una fecha, aún imprecisa, a mediados de 1510 desembarca en un punto de la costa sur del extremo oriental de la Isla con lo que se inicia la ocupación de Cuba con páginas terribles de matanzas y sojuzgamiento de la población indígena asentada en este territorio. La captura y quema de Hatuey, el cacique que le opuso resistencia, es un episodio que marca el fin de la primera fase de la ocupación.

Entre 1512 y 1515 fueron fundadas, con el carácter de villa, las siete poblaciones que marcaron el comienzo de la colonización española de Cuba: Nuestra Asunción de Baracoa, la más antigua, San Salvador de Bayamo, la Santísima Trinidad, Sancti Spíritus, San Cristóbal, Santa María del Puerto del Príncipe y por último Santiago de Cuba fundada por el propio Diego Velázquez en 1515. Existen evidencias que en un lugar de la costa septentrional de la actual provincia de Villa Clara nombrado El Cayo o La Sabana (posteriormente Remedios) existió un caserío fundado al mismo tiempo que Trinidad o Sancti Spíritus pero que no tuvo la condición de villa hasta medio siglo después.

Como hemos señalado con anterioridad esas villas fundacionales, que han cumplido o están próximas a cumplir 500 años de creadas, constituyen, junto a las de La Española, los núcleos urbanos postcolombinos más antiguos de este Continente. En ellos se fueron desarrollando, en lento y complejo proceso, los elementos que darían lugar a la forja de la nación cubana.

Honda ha querido subrayar la importancia histórica y cultural de estos aniversarios y para ello ha escogido la celebración del medio milenio de fundada de la villa de San Salvador de Bayamo teniendo en cuenta los acontecimientos tan importantes que han tenido lugar en esta ciudad relacionados con el surgimiento de la nación cubana.

Es un modesto homenaje a estas celebraciones que están acompañadas de un esfuerzo de restauración y conservación del patrimonio de la nación. La decisión tomada por el Presidente Raúl Castro, en enero de este año, de crear la Red de Oficinas del Historiador y del Conservador de las Ciudades patrimoniales de Cuba y de nombrar como su Presidente al Dr. Eusebio Leal Spengler pone de manifiesto la voluntad política de potenciar todo el trabajo relacionado con la conservación, restauración, la arqueología y el cuidado de los valores patrimoniales.

En este número incluimos un dossier dedicado a destacar la personalidad del Comandante Presidente Hugo Chávez y su condición de martiano de corazón y de pensamiento. Un artículo del Dr. Armando Hart subraya el significado y trascendencia de su vida y obra para la unidad e integración de los pueblos de América Latina y el Caribe.

Como es habitual en el contenido de *Honda* se incluyen otros interesantes temas en sus diferentes secciones. En Ala de Colibrí, el poeta Alpidio Alonso, nos presenta la figura del bayamés Juan Clemente Zenea y dos obras suyas, entre ellos *Fidelia*.

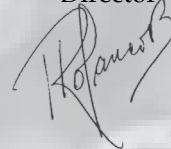
En la Sección Intimando recogemos la entrevista realizada al músico bayamés Carlos Puig Premián, importante compositor y promotor de la creación de Escuelas de Bandas de Música de Conciertos en su natal Bayamo y en todo el país.

En Páginas Nuevas aparecen en este número reseñas de interesantes libros relacionados con la cultura cubana.

Por último, En Casa brinda informaciones que nos muestran la actividad de la Sociedad Cultural, tanto en Cuba como en el extranjero. ■

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Director





El mito de la ciudad en las revoluciones modernas. Bayamo, la antorcha encendida

ANTONIO ÁLVAREZ PITALUGA

Modernidad, revoluciones y ciudad: una conexión posible

Las revoluciones modernas surgieron desde el advenimiento del capitalismo; de distintos signos, a favor o contra de este, configuraron buena parte de las estructuras sociales y políticas del mundo de hoy. Somos el fruto dialéctico de varias revoluciones en el último medio milenio de las civilizaciones humanas. Desde la revolución de los Países Bajos —en el siglo XVI en Europa— hasta la bolchevique y la cubana en el siglo XX, desordenaron sus uni-

versos precedentes para ordenar nuevamente el mundo proyectado por ellas. La creación de nuevas racionalidades las ha caracterizado generando a un mismo tiempo sus propias irracionalidades, de allí el permanente desafío de la revolución en buscar desde esas irracionalidades nuevas racionalidades acordes a sus objetivos y matrices. Son creadoras de una razón que legitiman el nuevo orden establecido por las clases y los grupos sociales triunfadores. Subvierten las lógicas de las relaciones sociales públicas y privadas de los individuos inmersos en ellas, trastocan las subjetividades

tanto del protagonista dirigente como del hacedor común, redireccionan las representaciones del mundo, se articulan en los caudales del pensamiento humano y a su vez se expanden desde un particular espacio físico inseparable del hombre moderno: las ciudades.

A través de la historia varios procesos revolucionarios tuvieron zonas rurales como escenarios básicos de sus derroteros; sin embargo, desde el inicio de la modernidad muchas revoluciones han desarrollado sus tramas centrales en las ciudades. Las necesitan como mitos de sus logros, como un espacio conquistado y de triunfo, epicentros del nuevo pensamiento que se pretende fundar. Desde hace casi cinco siglos sus estructuraciones y diseños responden a complejas problemáticas de la vida cotidiana moderna. Las Cruzadas, el desarrollo de la navegación, el auge de los mercados y sus interconexiones internacionales, las nuevas tecnologías y las conquistas de nuevos espacios cultivables, fueron importantes factores que se conjugaron para una creciente urbanización de la vida humana desde finales del Medioevo.

El Renacimiento retomó varios elementos conceptuales de las antiguas ciudades greco-romanas para las viejas y nuevas urbes en desarrollo en Europa; a un mismo tiempo, asumió otras características procedentes de diversas civilizaciones que dejaron fuertes huellas en el viejo continente, como por ejemplo, la árabe. Lo anterior nos permite plantear que las formaciones y conceptos de las ciudades modernas no son puros, más bien evolucionaron a partir de las mezclas y diversidades culturales.

Sin desconocer esa compleja riqueza formativa—que enlaza las historias pasadas y presentes de las ciudades—, interesa aquí tomar solo una de esas conexiones para establecer un punto de vista muy afín entre las ciudades y las revoluciones modernas: el valor intelectual que atesoran en su condición de centros urbanos, concedido por sus moradores o quienes las conquistan más allá de sus niveles de desarrollo o ubicación geográfica.¹

De aquellas urbes antiguas se retomó el precepto aristotélico, es decir, el valor intelectual que muchas ostentan para significarlas como produc-

tora de saberes desde los cuales se articulan sus propios esquemas de control social. Se trataba además de dotar a la ciudad o centro urbano de un prestigio intelectual donde la producción de las artes y las letras, junto al resto de las actividades sociales y económicas son esenciales.

La impronta aristotélica era la depositaria de los centros y focos de producción cultural como la iglesia, los mercados, el ayuntamiento, las universidades, las escuelas, los distintos centros e instituciones sociales, económicas y culturales. La modernidad le reasignó ese papel que tuvieron en la antigüedad. Venecia y Florencia sintetizan esa asunción renacentista. De ahí el hecho de que poseerlas en las revoluciones modernas tiene, junto con sus significados militares, una connotación cultural y un valor intelectual para quienes la detentan. Tomarlas forma parte de la estrategia militar de una guerra; junto con el hecho de conquistarla por sus recursos materiales, también es ostentar un centro cultural y político, lugar de atesoramiento de saberes.

El hombre que participa en la guerra la ve como un posicionamiento cultural que le brinda honor, mérito, superioridad intelectual frente al adversario. Para los intelectuales y dirigentes políticos la toma de la ciudad con impronta aristotélica es, además, el aseguramiento de un espacio físico y social para articular la nueva organicidad que aspiran instituir. Desde ella crea también el gobierno revolucionario que la dirige y proyecta.

El hombre moderno hace su vida política, social e intelectual de modo predominante en las ciudades. La urbanización de la vida es una constante histórica desde los últimos doscientos cincuenta años; fe de ello son los procesos migratorios universales conformados por grandes y periódicos desplazamientos humanos del campo hacia importantes centros urbanos y ciudades. Por diversas razones históricas vivimos desde hace mucho tiempo en una Era de urbanización.

Para conformar sus nacimientos y evoluciones históricas sus pobladores también crearon mitos de leyendas y relatos —verídicos o no— sobre sus orígenes y fundaciones, de sus personajes legendarios o populares que se integraron poco a poco al corpus de sus mitologías. De esa manera le dieron un sentido de pertenencia y permanencia a sus moradores, ciudadanos, configurando así una razón sociohistórica gestora de una relación entre el

¹ Otros muchos aspectos de la historia de las ciudades en Europa o América pueden ser analizados por el lector o interesados a través de disímiles textos especializados en el tema, pero esa labor supera los objetivos concretos de este breve artículo.

hombre, el tiempo y ese espacio urbano. Dicha razón contribuyó a que el estallido de la Revolución Francesa fuese en París, que la de Meiji incidiera en la vida de Kioto hasta transformarla en Tokio o que el proceso independentista latinoamericano tuviese varios epicentros ciudadanos como Caracas, Buenos Aires, Lima y otras urbes del Continente.

La colonización europea de América extrapoló varias de estas ideas y conceptos para la fundación de ciudades o núcleos poblacionales en el Nuevo Mundo. En el caso específico de los españoles, sus fundaciones urbanas estuvieron marcadas por intereses imperiales, la diversidad cultural de la península, la notable impronta árabe en ella y las culturas precolombinas que los imperios inca, maya y aztecas legaron después de ser dominados.

Las ciudades y centros urbanos en la modernidad americana surgieron y se desarrollaron entonces sobre la base de tales herencias culturales precolombinas y las complejas influencias y características del mundo europeo, estas últimas portadoras además de otras presencias civilizatorias.

Después de las fundaciones de las siete villas iniciales de la colonización hispana en la Isla (1511-1515), estas evolucionaron hasta convertirse en ciudades o centro urbano con distintos grados de urbanización e importancia dentro del esquema general del colonialismo español en la Mayor de las Antillas. Durante sus evoluciones entre los siglos XVI y primera mitad del XIX, ni los españoles ni los moradores criollos y cubanos desdeñaron ese componente aristotélico; lo mezclaron con una concepción cultural que permitió dar paso a una ciudad generada a partir de una plaza mayor (conocida comúnmente como Plaza de Armas) en cuyo derredor se encontraba la iglesia, el Ayuntamiento, la institución militar, o sea, las instituciones y representaciones del poder; a continuación se situaban las viviendas de las familias de mayores poderíos. Desde ese centro se irradiaba el crecimiento de la ciudad a través de trazados más o menos regulares.

Cuba también tuvo uno de sus puntos de inicio revolucionario en una ciudad: Bayamo. Apenas diez días después del tañir de Demajagua los dirigentes e intelectuales iniciales de la épica independentista buscaron y conquistaron una ciudad donde afianzar la emergencia de su nuevo mundo. En Bayamo, segunda de las villas fundadas por Diego Velázquez en noviembre de 1512, nació y tuvo su sede el pri-

mer gobierno de la Revolución de 1868; a lo largo de la misma esa intencionalidad no fue abandonada ni por estos ni por otros grupos de patriotas. En la región del Camagüey sus combatientes ubicaron en la pequeña urbe de Guáimaro la sede de la primera asamblea constitutiva de la revolución, donde fue electo un gobierno revolucionario y se redactó la primera constitución mambisa. A pesar de que quisieron mantenerla como ciudad-insigne de ese gobierno no pudieron sostenerla como tal. Desde mediados de la primera gesta insurrecta los mambises orientales, bajo el mando de Vicente García, concentraron parte de su accionar en tomar la ciudad de Las Tunas, aquella que a raíz de ese hecho fue llamada Victoria de Las Tunas.

Nuestra primera revolución moderna

La Revolución de 1868 fue un suceso moderno por las ideas políticas que se propusieron como ideales de realización. Es muy importante resaltar este carácter moderno como revolución del siglo XIX para comprender que Bayamo no solo es la ciudad germinal de las revoluciones en Cuba desde el punto de vista cronológico o cuantitativo, sino y sobre todo, porque el gobierno rebelde instaurado allí desarrolló un breve pero intenso accionar en leyes, medidas y actividades revolucionarias con un sentido visiblemente modernizador. Ese es a mi juicio uno de los principales valores históricos que siempre le ha reservado la historia a los bayameses: una capital revolucionaria con un gobierno de influjo moderno. Tal vez sea pertinente enunciar a modo de tesis las bases de ese carácter modernizador y así comprender mejor la idea anterior:

Fue moderna por la presencia de una intelectualidad revolucionaria que desde el mismo 10 de octubre le insufló a la contienda sus ideales más avanzados y progresistas, aunque todavía precisamos ahondar más en este aspecto; por ejemplo, no conocemos en toda su magnitud los aportes intelectuales que los jóvenes egresados universitarios ofrecieron a la revolución, como fueron los incorporados en la expedición del *Galvanic*, el 26 de diciembre de 1868.

En sus dinámicas sociopolíticas se articuló un poder político fundamentado en el tríptico de poderes ejecutivo, legislativo y judicial racionalizados por la Revolución Francesa como símbolo de progreso

histórico del momento. Esa realidad se hizo presente desde las propias aspiraciones que mostraron cada una de las regiones levantadas en armas, es decir, Oriente (10 de octubre del 68), Camagüey (4 de noviembre) y Las Villas (6 de febrero de 1869). No obstante, fue en la Asamblea de Guáimaro (10-11 de abril del 69) donde aquella aspiración política alcanzó sus mayores lauros. Allí, el creado poder tripartito de la revolución se asentó en un Presidente, una Cámara de Representantes y un sistema de leyes; por esto y otras razones, en Guáimaro nació la primera república cubana independiente. Pero dichas estructuras no fueron estables a lo largo de toda la contienda. Las discrepancias entre el legislativo, el ejecutivo y después con el aparato militar produjeron una pérdida gradual de sus capacidades. La Cámara vio reducida su membresía inicial de veinte miembros a ocho en el transcurso de la gesta; también se dio el hecho de que debido a la brevedad de las magistraturas de la mayoría de sus presidentes la efectividad de sus períodos presidenciales fueron reduciendo poco a poco su alcance político.

A un mismo tiempo el 68 generó una importante producción jurídica de alto valor revolucionario y moderno: dos constituciones (Guáimaro, abril de 1869 y Baraguá, marzo de 1878), un reglamento, una cuartilla educativa y siete leyes (estas por la Cámara). El ejecutivo de mayor tiempo en el cargo, el presidente Carlos Manuel de Céspedes con cuatro años y seis meses, dictó aproximadamente nueve circulares y cinco decretos. El 68 tuvo cuarenta y dos legisladores y siete presidentes en casi nueve años y medio de duración. Este sistema de leyes y sus legisladores significó un control más efectivo y abarcador de la revolución bajo una impronta de marcada modernidad política de la época. O sea, que tuvo una notable racionalidad jurídica como soporte modernizador de sus fundamentos ideológicos.

Otro elemento fue la ejecución de un pensamiento militar basado, en lo fundamental, en la guerra irregular. Si bien es cierto que ya ese método de lucha había sido practicado en diferentes y previos escenarios internacionales contra ejércitos regulares modernos, la adaptación al contexto cubano que hombres como Máximo Gómez, Antonio Maceo, Ignacio Agramonte, Calixto García y otros le introdujeron, le otorgó un moderno empleo frente a

uno de los ejércitos más avezados de Europa.

Sin lugar a dudas, el componente de mayor dimensión moderna del 68 fue la abolición de la esclavitud, que tras varias disposiciones jurídicas y proyecciones políticas fue decretada por la alta dirigencia mambisa en diciembre de 1870. El proceso de abolición en las filas insurrectas fue proyectado gradualmente en varios hechos y documentos: el Manifiesto del 10 de octubre rubricado por Céspedes; el Decreto de Bayamo sobre la abolición de la esclavitud del 27 de diciembre de 1868 del propio Céspedes; el Decreto sobre la esclavitud elaborado por los revolucionarios camagüeyanos el 26 de febrero de 1869 con una notable radicalidad desde su primer artículo; la Constitución de Guáimaro y, en especial, su artículo 24, el polémico Reglamento de Libertos presentado por la Cámara en julio del 69; finalmente, la Circular de Céspedes del 25 diciembre de 1870, máximo colofón de su consagrado pensamiento abolicionista. Tras un camino no exento de avances y retrocesos, este capital acontecimiento fue el más importante paso de avance social que logró la revolución. Sin embargo, al concluir la guerra, ni la abolición completa de la esclavitud para todo el país ni la independencia nacional fueron alcanzadas. En Baraguá se patentizó con creces la continuidad revolucionaria en aras de lograrlas en un futuro.

Bayamo, la antorcha encendida

Como centro urbano de cierta importancia en la región oriental de entonces, Bayamo no solo aportó el primer espacio conquistado para el quehacer insurreccional, sino además la proyección de un nuevo símbolo revolucionario en la intangibilidad de una mentalidad revolucionaria en formación. La comunidad imaginada de sus ciudadanos, patriotas y seguidores imaginó desde Bayamo una nación soñada.²

El señorío de Bayamo estaba permeado de un simbolismo cultural al comenzar la gesta del 68. El primer poema cubano *Espejo de paciencia* le hizo mención; la imprenta había llegado en 1855; po-

² Sobre la invención de la nación y las comunidades imaginadas son clásicos los textos del intelectual Benedict Anderson.

seía teatro, Parroquia Mayor y Sociedad Filarmónica; tuvo logias masónicas que fueron determinantes para el alzamiento insurreccional; bayameses fueron José Antonio Saco, Juan Clemente Zenea, Carlos Manuel de Céspedes, Tomás Estrada Palma, José Joaquín Palma, Francisco Vicente Aguilera, Francisco del Castillo, Pedro Figueredo y tantos otros destacados intelectuales del siglo.

Por otra parte, las ideas sociales y políticas que antecedieron al 68 en Cuba estaban preñadas de aspiraciones modernizantes. Varios fueron los métodos y caminos fraguados y debatidos por los intelectuales de la primera mitad de la centuria para concretarlas. En ellas se perseguía un mundo donde la esclavitud era para muchos un incómodo y triste legado del pasado reciente de la Isla como expresión de un sistema plantacionista, que desde los inicios de la década del cuarenta dio sus primeras señales de crisis estructural. Una sociedad sin esclavitud conllevaba de modo inevitable a una sustancial modificación de las relaciones sociales y de poder.

Jurídicamente los ex esclavos tendrían otra condición social. Desde ese punto de vista se convertirían en ciudadanos aunque los conceptos mentales de la colonia impidieron a plenitud esa realidad. Los espacios de sociabilidad y expresión serían también otros. De ese modo Cuba se adentraba cada vez más en los paradigmas modernos del siglo XIX. Así ocurrió de una manera más acelerada desde los años ochenta y noventa una vez concluida la primera guerra independentista.

No es desventurado decir que en Bayamo se experimentaron esas y otras aspiraciones modernas a escala primaria y fugaz, un mérito insoslayable para la pequeña urbe. Pero no se trataba solo de eliminar la esclavitud y la condición servil del negro en la Cuba esclavista. La consagración de Bayamo es más cimera si ubicamos la esclavitud como la punta del iceberg del colonialismo insular. El conjunto del problema histórico cubano era subvertir las estructuras coloniales en las cuales la esclavitud era su pilar más oneroso. Cambiar el modelo social tenía una dimensión revolucionaria y dialéctica mayor, un sentido del cambio superior. Es por ello que junto con la eliminación de la esclavitud era necesario crear una nueva cultura como fundamento de una sociedad diferente.

La cultura como conexión bidireccional con el

cambio revolucionario no es solo el arte y la literatura y la toma de las instituciones del poder hegemónico, es mucho más. Se trata de toda una concepción contrahegemónica por la libertad anticolonial. De allí el hecho de enfatizar que los hechos socioculturales ocurridos en Bayamo entre 1867 y 1869 fueron solo eslabones de un problema mayor: la cultura como fuente transformadora de la realidad social, como producción y reproducción de la vida a partir de sus complejas relaciones sociales, como subversión de una subjetividad histórica dada. ¿Y hasta qué punto esto fue logrado en la Revolución de 1868 en su conjunto para reafirmarla como tal?, creo que es algo no respondido aún por los historiadores cubanos.

Mientras tanto debemos amalgamar los conocidos hechos artísticos y los ajetreos conspirativos acaecidos allí entre 1867 y 1868, como la composición y orquestación del futuro himno nacional (melodía estrenada en la Iglesia Mayor el 11 de junio del 68 y que se conocía como *La Bayamesa*), el propio proceso conspirativo ciudadano con el Comité Revolucionario de Bayamo al frente, la entrada triunfal de los mambises el 20 de octubre de 1868, la fuerte impresión popular que causó Candelaria Figueredo cuando desde su caballo –vestida con los colores y atuendos de la Revolución Francesa– portaba una copia de la bandera enarbolada por Carlos Manuel de Céspedes en Demajagua y que pocos cubanos habían visto hasta ese momento, también la imagen enigmática de Perucho Figueredo escribiendo la letra del himno, los tres meses de gobierno revolucionario bajo la dirección de Céspedes y finalmente la quema de la misma antes que entregarla a los colonialistas el 12 de enero de 1869.

La mixtura de tales sucesos delineó la simiente mitológica de la pequeña ciudad que la asoció definitivamente a las revoluciones modernas en Cuba. En cada uno de esos hechos se combinó además la necesidad subjetiva de crear y recrear el mito de la probablemente primera ciudad mártir de una revolución en la Isla, precursora de un mundo moderno en eclosión.

Casi todos aquellos eventos tuvieron un denominador común: fueron sucesos culturales protagonizados o promovidos por intelectuales; y si bien la quema fue un acto militar, no dejó de tener sus connotaciones morales y políticas. Los principales

dirigentes iniciadores del alzamiento estaban allí y eran todos hombres de letras o estudios superiores, cuyas proyecciones revolucionarias se inspiraban en los modelos de modernidad más altos de entonces. Para ellos poseer Bayamo y darle vida a su gobierno político tenía un valor tan cultural como militar. Nótese que después del breve encuentro de Yara, Bayamo se presentó como la opción más necesaria para ellos. ¿Por qué no se consolidaron más y mejor como fuerzas militares en las zonas rurales del Valle del Cauto antes de tomar la ciudad? Junto con el significado militar, el honor cultural y el valor intelectual de la urbe, o sea, su impronta aristotélica, pueden argumentar la inmediatez de su conquista después del fracaso de Yara.

Por esas razones la pequeña Bayamo del 68 pudiera ser vista como una urbe de matices aristotélicos poseedora de insígnies valores culturales en la Cuba colonial de ese momento histórico, que los no pocos intelectuales revolucionarios participantes en su toma la consiguieron mostrar como una conquista militar y cultural. Ella simbolizaba un centro de producción cultural desde la cual se pondrían en práctica las nuevas proyecciones sociales imaginadas. Es sabido que el cabildo formado por los revolucionarios contaba con dos negros sin que todavía fuera abolida la esclavitud. Otra acción patriótica de innegable valor cultural fue la creación del periódico *El cubano libre*. El poder de la letra impresa, sus valías simbólicas para conformar opiniones, juicios, matrices de información e inducir saberes contrasistémicos, fueron valores no desdeñables en la intencionalidad que tuvo su nacimiento. Aquellos dirigentes sabían muy bien sobre el poder de la palabra porque anterior al 10 de octubre habían sido directores o escritores de varios periódicos editados en la propia ciudad.

Tal proyección cultural se consolidó como uno de los mayores valores de la ciudad hasta nuestro presente a inicios del siglo XXI. Todos sabemos que Bayamo es hoy la ciudad-cuna de la nacionalidad cubana. Y qué es la nacionalidad sino uno de los procesos culturales e intelectuales más complejos que estructura y explica la historia de una nación.

No obstante a aquellos acontecimientos libertarios, el desarrollo posterior de la guerra de 1868-1878 demostraría que no bastaba tener la ciudad en sus manos y producir un saber desde ella. Sería

preciso defenderla con un pensamiento militar, algo que para el 12 enero del 69 las fuerzas independentistas aún no habían desplegado del todo. La quema de la ciudad no fue una victoria militar, pero sí la determinación síquica y política de un Estado nacional en formación de llegar hasta las últimas consecuencias por conseguir la independencia. Ese día los bayameses se convirtieron en adelantados de una nación al proponer a su pueblo un camino ignoto hacia una nueva época moderna llevando en sus manos una antorcha encendida: su propia ciudad, Bayamo. ■

La Bayamesa

JOSÉ FORNARIS—FRANCISCO CASTILLO
CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES

No te acuerdas, gentil bayamesa,
que tú fuiste mi sol refulgente,
y risueño, en tu lánguida frente,
blando beso imprimí con ardor.

No recuerdas que un tiempo dichoso
me extasié con tu pura belleza
y en tus senos doblé la cabeza
moribundo de dicha y amor.

Ven y asoma a tu reja sonriendo,
ven y escucha amorosa mi canto,
ven, no duermas, acude a mi llanto.
Pon alivio a mi negro dolor.

Recordando las glorias pasadas
disipemos, mi bien, la tristeza
y doblemos los dos la cabeza
moribundos de dicha y amor.

La Santa Iglesia Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo

RAYNOR RIVERA LICEA



La Santa Iglesia Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo, (situada en la ciudad de Bayamo) es el templo principal de la Diócesis del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo, ubicada geográficamente en la provincia de Granma.

Este recinto sagrado, en cuyos cimientos duermen los vestigios del segundo templo católico construido en la Isla en el siglo XVI, fue declarado Monumento Nacional en la década de los años treinta de la pasada centuria, junto con otras importantes edificaciones del centro histórico urbano de la ciudad de Bayamo.

Arruinada por los terremotos de 1551, 1624 y 1776, y la quema de la ciudad en 1869, y siempre reconstruida con el auxilio de su feligresía y la

Mitra, las centenarias paredes de la otrora Parroquial Mayor acogieron relevantes acontecimientos de la historia de Cuba, a lo que se unen sus valiosos exponentes que constituyen joyas del patrimonio de la nación.

Entre estos hechos resultan los más significativos el estreno de *La Bayamesa* (actual Himno de Bayamo), compuesta por Pedro (Perucho) Figueroa Cisneros, en la celebración religiosa del Corpus Christi, el jueves 11 de junio de 1868; y la jura y bendición de la Bandera de Carlos Manuel de Céspedes, el 8 de noviembre de 1868.

El 9 de diciembre de 1995, el Papa Juan Pablo II, erige la Diócesis del Santísimo Salvador de Bayamo-Manzanillo, y la entonces Parroquial Ma-



yor asume la condición de Catedral, siendo su primer obispo Mons. Dionisio Guillermo García Ibáñez, actual Arzobispo de Santiago de Cuba.

El 17 de febrero de 2007, tras una década sometida a un proceso de restauración, es dedicada la Catedral. Meses después, el 25 de agosto de 2007, es consagrado y toma posesión su segundo y actual obispo Mons. Álvaro Julio Beyra Luarca.

Caminemos...

Al recorrer el templo, el visitante apreciará en primer lugar el Presbiterio, espacio sagrado donde se encuentra el altar de mármol de Carrara estilo toscano construido en 1919 por la Casa Manfredi, de La Habana. Sobre el altar se ofrece la Santa Misa, celebración que constituye “fuente y cumbre” de la vida cristiana. En el fondo está situado en políptico San Salvador de Bayamo, obra del artista de la plástica Cosme Proenza, donado en el 2001. Aquí puede observarse una imagen más moderna de “El Salvador” colocada en 1919 y cuatro pechinas con las imágenes de Moisés, Elías y los apóstoles Pedro, Santiago y Juan.

También puede contemplarse la imagen del Santísimo Salvador, de estilo barroco, tallada en madera en el siglo XVIII y resguardada por los patriotas bayameses antes de la quema de la ciudad en 1869. Este ícono representa a Jesucristo bajo la advocación del Salvador del mundo, patrono de la Catedral, la ciudad de Bayamo y la Diócesis de Bayamo-Manzanillo. Asimismo está la pila bautismal del siglo XVIII donde recibieron las aguas del Bautismo los principales próceres de la Guerra de los Diez Años; y la imagen de Ntra. Sra. de la Caridad del Cobre (1997), obra del holguinero Nicomedes Díaz Gijón.

El visitante podrá contemplar, además, dos vitrales con el Escudo de la Palma Real (Escudo Nacional) y uno de los escudos más antiguos de la villa de San Salvador de Bayamo, creación de los Studios Fernández (realizadores Juan Carlos y Alejandro Fernández), de La Habana (2003).

En el arco de la nave central está colocada la obra del pintor dominicano Luis Desangles (1861-1940), titulada *La Bendición de la Bandera de Céspedes en Bayamo* y concebida a solicitud de Mons. Félix Ambrosio Guerra, arzobispo de Santiago de Cuba, en 1919. Mide 8,5 m de largo por 4,5 m de alto. Se afirma que es la única de carácter patriótico colocada en el interior de un templo católico en América Latina y probablemente en el mundo.

También pueden apreciarse cuatro altares con sus respectivos retablos e imágenes, costeados por diferentes familias bayamesas durante la reconstrucción de 1919. El primero está dedicado al Sagrado Corazón de Jesús, el segundo a Santa Gertrudis, el tercero a San Francisco de Asís, y el cuarto a la Purísima Concepción y a San Roque. Fueron construidos con materiales corrientes, expresión de la pobreza que asoló la zona tras la quema de la ciudad y la Guerra de Independencia, pero poseedores de un inestimable valor espiritual y simbólico.

En derredor del interior del templo, está el Vía Crucis, integrado por 14 estaciones y donado por la familia del Mayor General de las Guerra de Independencia Francisco Maceo Osorio.

Igualmente se encuentran sobre dos peanas las imágenes de Santa Gertrudis y la Divina Pastora (o Madre del Divino Pastor). Esta última perteneció al colegio homónimo fundado por las Madres Capuchinas en 1921 y que funcionó hasta 1961, con grandes aportes a la educación de varias generaciones de la región del Cauto.

La capilla de Nuestra Señora de los Dolores

Mención aparte merece la Capilla de Nuestra Señora de Los Dolores construida entre 1733 y 1740, importante obra sacra del siglo XVIII. En ella se conserva un imponente retablo de estilo barroco laminado en oro presidido por un Crucifijo tallado en madera en el siglo XVII y la imagen de Ntra. Sra. de los Dolores, probablemente del siglo XIX y para quien posara la joven Ana María Tamayo y Tamayo, esposa de Pedro María de Céspedes, hermano menor del Padre de la Patria. Asimismo en la parte baja se halla el Cristo yacente en el sepulcro.

En la pared el visitante encontrará una reproducción de la pintura que se encuentra detrás del retablo. La integran imágenes monocromáticas alegóricas a la Pasión de Jesucristo, donde resalta la presencia de ángeles y arabescos. Asimismo la techumbre es un singular exponente del trabajo de ebanistería del siglo XVIII con la inserción de imágenes de la flora y la fauna cubana, primigenias expresiones del sentir como nación.

En este sitio se conserva además la pila bautismal del templo de San Juan Evangelista, construida en 1876. La Capilla sobrevivió milagrosamente al terremoto de 1766 y a la quema de la ciudad en 1869.

La Capilla del Santísimo Sacramento

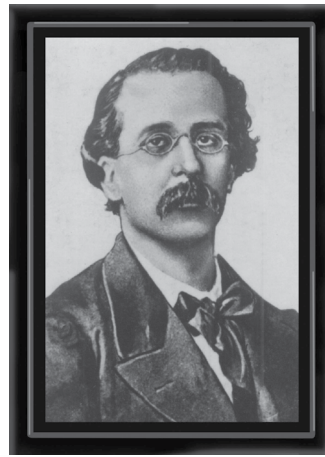
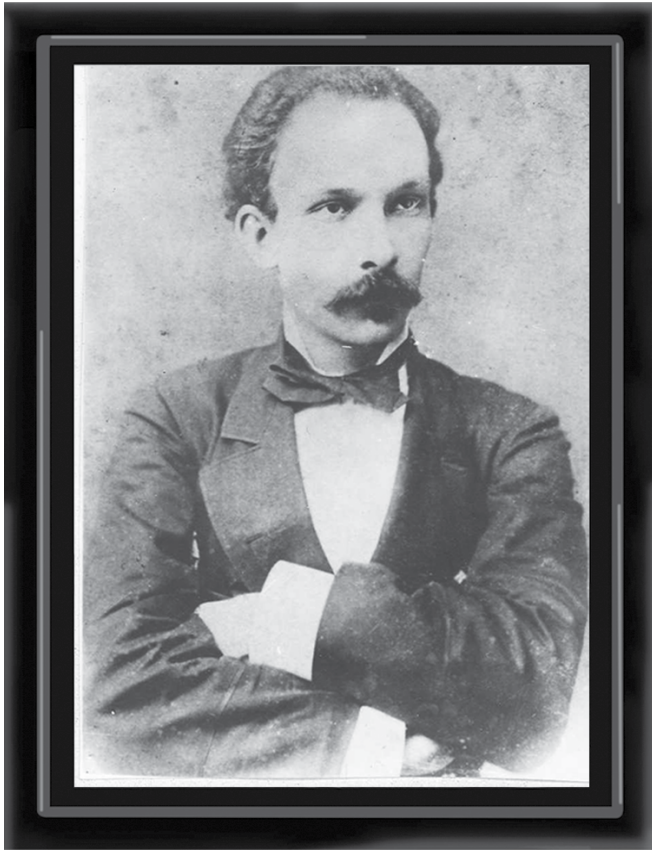
Otro sitio de insuperable valor espiritual dentro del recinto sagrado es la Capilla del Santísimo Sacramento, corazón vivo del templo. Espacio donde se halla el sagrario, obra de madera y bronce, que atesora el Santísimo Sacramento, Jesús vivo y verdaderamente presente en las especies eucarísticas. Para los católicos, que hacen memorial las palabras de Jesús en la última cena cuando tomó pan y dijo “Esto es mi Cuerpo”, el pan consagrado por el sacerdote en la Santa Misa, es Cristo mismo en cuerpo, alma y divinidad.

En este lugar se reserva el Cuerpo de Cristo para la adoración de los fieles y para ser administrado a aquellos que por enfermedad o vejez están impedidos de acudir a las celebraciones litúrgicas.

Aquí puede apreciarse también un Crucifijo de tamaño natural, tallado en madera en el siglo XVIII, extraído del recinto sagrado antes de la quema de la ciudad de Bayamo en 1869. Asimismo se conserva una pequeña sección de pintura del templo del siglo XIX.

La S.I. Catedral del Santísimo Salvador de Bayamo, por sus relevantes valores históricos y espirituales, constituye sitio imprescindible donde se tejen de forma extraordinaria la historia patria y de la Iglesia que peregrina en Cuba. ■

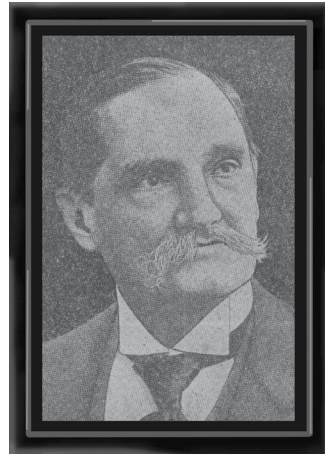




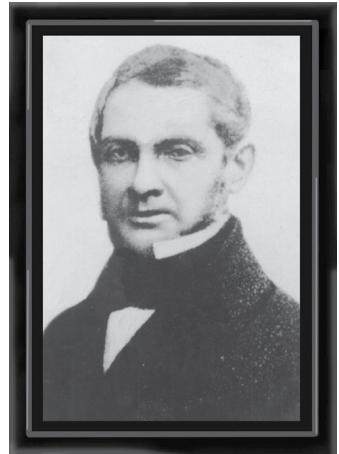
Juan Clemente Zenea



José Joaquín Palma



Tomás Estrada Palma



José Antonio Saco

José Martí: Bayamo y los bayameses

LUDÍN B. FONSECA GARCÍA

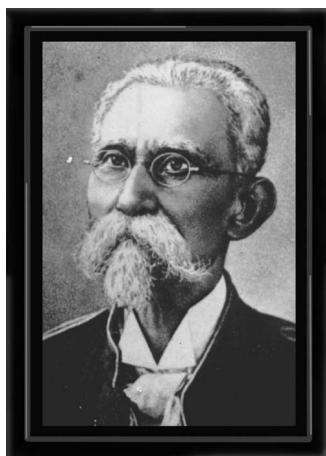
La ciudad de Bayamo y sus hijos están presentes en los escritos del Héroe Nacional José Martí desde adolescente, por los aportes trascendentes que realizaron al proceso independentista cubano. La prensa colonialista española fue su primera fuente de información. Durante su destierro entabló amistad con bayameses y en su madurez intelectual ocuparon un lugar privilegiado en la prédica que realizó para reiniciar la guerra.

En 1869, José Martí publica *El diablo cojuelo*, donde critica la libertad de imprenta y la represión decretada por las autoridades españolas; con ironía dice: “¿Antojábasele a usted ir a ver a una

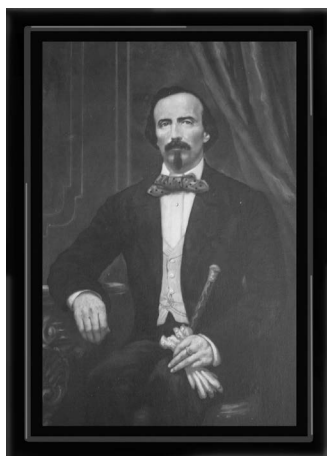
prima que tenía en Bayamo? –¡al calabozo!”.¹ Cuestiona las celebraciones que realizaban por la caída de la ciudad y los caseríos de Dátil y Hornos el 12 de enero, todos quemados por sus pobladores antes que entregarlos intactos al conde de Valmaseda. De este propio año es el soneto “¡10 de Octubre!”, en él escribió: “Del ancho Cauto a la Escambráica sierra, / Rué el cañón, y al bélico estampido, / El bárbaro opresor, estremecido, / Gime, solloza, y tímido se aterra”.² Estos escritos independentistas le costarán sufrir prisión.

¹ José Martí, *Obras Completas*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975, t. 1, pp. 31-33. En las obras del Apóstol hay más de 274 referencias a Bayamo y los bayameses, aquí se expone una muestra.

² J. Martí, *ob. cit.*, t. 17, p. 20.



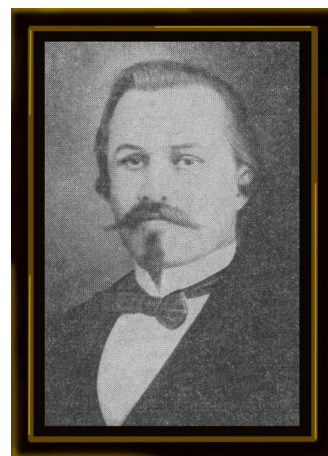
Máximo Gómez Baez



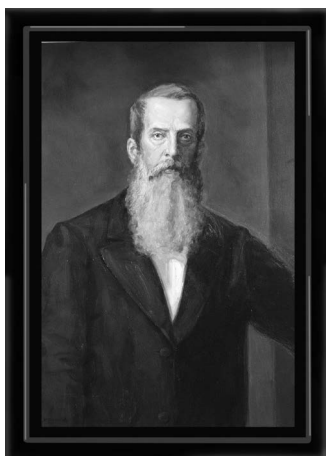
Carlos Manuel de Céspedes



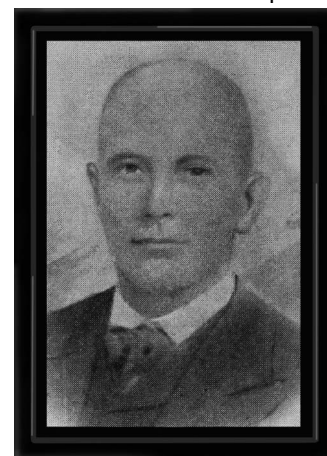
José María Izaguirre



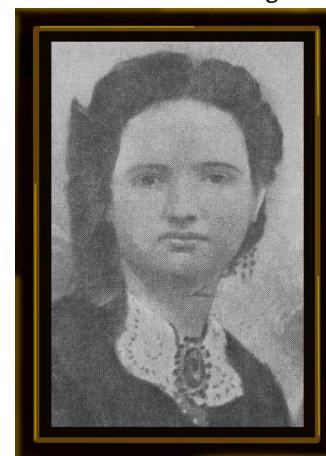
Francisco Maceo Osorio



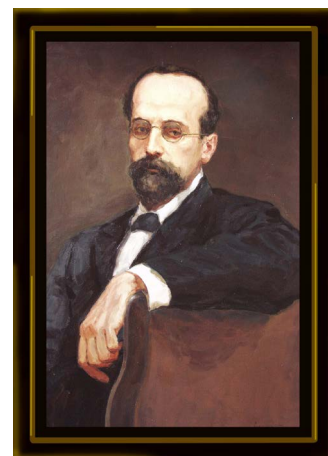
Francisco Vicente Aguilera



José Fornaris



Canducha Figueredo



Pedro Figueredo

En 1871 es liberado y se establece en España donde publica el folleto *La República Española ante la Revolución Cubana*, y encuentra eco la quema de la ciudad. La actitud bravía de los bayameses es argumento para persuadir al público español que la decisión de los cubanos de luchar por la independencia será a costa de los mayores sacrificios. Este hecho tiene sus antecedentes en la historia española y señala que “Como la Península quemó a Sagunto, Cuba quemó a Bayamo”.³

En 1871 los cubanos que luchaban con las armas en la mano atraviesan una situación difícil, el fin de la guerra no se vislumbraba y las necesidades eran cada vez más apremiantes. En diversos sectores de la emigración se planteaba buscar una solución. El bayamés Juan Clemente Zenea llegó

³ J. Martí, *ob. cit.*, t. 1, p. 91. El cartaginés Aníbal puso un cerco a la ciudad española de Sagunto. Sus pobladores resistieron e imposibilitados de continuar la lucha aceptaron negociar una capitulación. Las cláusulas eran inaceptables, arrojaron en una hoguera alimentada por el fuego de sus muebles todo el oro y las joyas que tenían. Las personas que no podían empuñar las armas se arrojaron voluntariamente al fuego, y los restantes buscaron la muerte combatiendo. Este acto heroico hizo que quedara en la historia como una ciudad que supo sostenerse, hacer frente al enemigo y morir sin rendirse.

al campo revolucionario con un salvoconducto español para contactar con los principales líderes, cuando partió fue capturado por los españoles que desconocen el documento y lo fusilan el 25 de agosto. El hecho genera polémica, los independentistas lo llaman traidor, los colonialistas insurrecto. En medio de la confusión José Martí sale en su defensa, el 7 de diciembre escribe el poema “Zenea”, y pone en boca del poeta las siguientes palabras: “¡Oh! ¡no lloréis así por mi partida! / Si clamaba mi sangre la balanza / De mi patria querida”.⁴

A partir de 1877 José Martí conoce la historia de Bayamo y los bayameses por sus protagonistas. En abril llega a Guatemala y se presenta al pedagogo José María Izaguirre,⁵ que había fundado la Escuela Normal. Martí es incorporado al claustro como profesor de los cursos de literatura y reside en su casa. El Apóstol resalta el trabajo educativo, loa las reuniones, los temas de la vida social que

⁴ J. Martí, *ob. cit.*, t. 21, p. 27. En la actualidad se reconoce la inocencia de Juan Clemente Zenea. Cintio Vitier: *Rescate de Zenea*, Ediciones Unión, Ciudad de La Habana, 1989.

⁵ En Bayamo era maestro. Se incorporó a la conspiración independentista que se inició en 1866 y después de la quema de la ciudad partió para la emigración.

se tratan, la música que se escucha, los discursos que se dicen, los cantos, y los poemas que se leen. En 1878 escribe “Gozo yo con que el que la haya establecido y recoja sus frutos de apostolado sea un cubano, amigo de los hombres: José María Izaáuirre”.⁶

En agosto de 1878 José Martí abandona Guatemala como protesta por la destitución de Izaáuirre como director de la Escuela Normal, se traslada a Tegucigálpa, Honduras y es atendido por José Joaquín Palma. Años después el poeta bayamés escribió un libro de poesías que envía a José Martí para que emita su criterio.⁷ En la contestación reconoce la originalidad, porque ha rehuido a la influencia europea, y señala: “Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset. Lloren los trovadores de las monarquías sobre las estatuas de sus reyes, rotas a los pies de los caballos de las revoluciones”.⁸ Ese propio año refiere cómo los jóvenes guatemaltecos se forman en un pensamiento moderno y reconoce a José Joaquín Palma como uno de los escritores más leídos, a quien atribuye “Vaáos ensueños de americanismos”.⁹

En 1879 José Martí está en Cuba y participa en una reunión de conspiradores convocada por el bayamés Pedro Martínez Freire.¹⁰ El 21 de marzo de 1881 escribió en Caracas, Venezuela, sobre la trascendencia que para la desaparición del poder colonial español en América tuvieron los acontecimientos ocurridos en Bayamo en 1868. Los mismos marcaron el inicio del fin de la esclavitud y del poder colonial español: “cayeron con fragor alegre sobre los yugos rotos de las bestias echadas a los montes a ser sustento de los bravos, las cadenas de los esclavos de Bayamo (dioses los yugos rotos de los hombres), –como que reanimado nuestro gran muerto se estremecía, seguro ya de su final victoria, su cárcel de oro y gualda”.¹¹

El 27 de noviembre de 1887 contestó a un artículo que malinterpretaba la excitación que había hecho a las fuerzas de Guatemala al movimiento y al trabajo. Señaló que lo importante no era engañarse sobre el significado de la independencia, sino que era necesario completarla y que su vocación era americanista: “He ahí mi oscura campaña. Amar a un pueblo americano, y, por tanto, mío, tan mío como aquel que el Cauto riega”.¹²

El 10 de octubre de 1888 José Martí publicó el artículo *Céspedes y Agramonte*. Hacía varios años que estaba enfrascado en este empeño, había solicitado información a Máximo Gómez sobre Carlos Manuel de Céspedes, enfatizaba en conocer las principales críticas que se le hacían y los argumentos que podía utilizar en su defensa. Analiza al Padre de la Patria desde que inicia la guerra, su nombramiento como capitán general y exalta su pensamiento democrático al sentar en la mesa de gobierno a españoles y cubanos, a blancos y negros.

El 10 de octubre se celebraba en la emigración con toda la solemnidad, se reunían participantes de la contienda del 68 y la Guerra Chiquita. Los retratos de Carlos Manuel de Céspedes y otros patriotas presidían las sesiones. En los banquetes de recepción se recitaban poesías y pronunciaban discursos aquellos que habían tenido un rol protagónico en los acontecimientos.

José Martí se convirtió en organizador de las celebraciones del 10 de octubre y personalmente cursaba las invitaciones a los oradores. El 26 de septiembre de 1888 escribió a Emilio Núñez que Tomás Estrada Palma hablaría y que “tendrá algo que decirnos esa noche. Prepárese, pues, que será sin duda lo suyo algo tan viril y sustancioso como lo de la vez pasada”.¹³ En Tomasito reconocerá una fuente de información valiosa: “De las luchas de otros días me ha contado Ud. tantas cosas”.¹⁴

El 24 de enero de 1889 José Martí valoró el pensamiento de prominentes cubanos de la primera mitad del siglo XIX. El bayamés José Antonio Saco está en la órbita martiana, no tuvo un pensamiento independentista, pero enfrentó al colonialismo español, fue deportado y murió en España. En Saco reconoce a un revolucionario en las artes, porque cuestionó el romanticismo en

⁶ J. Martí, *ob. cit.*, t. 7, p. 144.

⁷ En 1882 se publican en Tegucigálpa las *Poesías* de José Joaquín Palma, el autor reúne 64 poesías, escritas luego de la quema de Bayamo en 1869.

⁸ J. Martí, *ob. cit.*, t. 5, p. 95.

⁹ J. Martí, *ob. cit.*, t. 7, p. 149.

¹⁰ Nació en Bayamo en 1847. Fue jefe de la Brigada de Baracoa. Protestó en Baraguá y participó en la Guerra Chiquita. Alcanzó los grados de general de brigada. Murió en 1911.

¹¹ *Ibíd.*, p. 287.

¹² *Ibíd.*, p. 110.

¹³ J. Martí, *ob. cit.*, t. 1, p. 227.

¹⁴ J. Martí, *ob. cit.*, t. 4, p. 117.

la pintura y las letras, fue “incisivo” y “serio” por la forma en que escribió, siempre en polémica, en ataque y “no creía en parches andaluces ni positizos rubios para las cosas del país”.¹⁵ En Saco y otros pensadores cubanos ve la inmadurez de un pensamiento político cubano que coqueteaba con el reformismo: “¡Está aún tan cerca el día en que hombres como Saco y Varela, como Luz y Delmonte, como Carrillo y Osés, agradecerían, con una alocución que parece de hijos, la ‘Academia Cubana de Literatura’, que mandaba fundar Cristina!”.¹⁶

En la década de 1890 se acrecienta la labor política de José Martí para concretar el proyecto independentista cubano. Para aglutinar a los emigrados visita diversos espacios geográficos y las casas de los bayameses lo reciben gustoso, pasa allí temporadas y profundiza en el conocimiento de la historia de la ciudad. A Fernando Figueredo Socarrás expresa: “y a su casa me apegaba, como un hijo a la madre”. En esta carta escribe la frase más publicitada en la ciudad por su valor afectivo: “Vd. y yo somos bayameses, porque yo tengo de Bayamo el alma intrépida y natural, y los dos somos hijos de la verdad de la naturaleza”.¹⁷ Escribe a Emilio Núñez y le comenta que estaría unos siete días en Central Valley “juntando muchos hilos”.

El 10 de abril de 1892 es proclamado el Partido Revolucionario Cubano y José Martí publica un artículo en *Patria* donde rinde homenaje a los acontecimientos ocurridos en Guáimaro que dieron lugar al primer gobierno cubano y a la proclamación de la constitución. Aparecen todos los bayameses que concurrieron al nacimiento de la república: Carlos Manuel y Ramón de Céspedes, Francisco Vicente Aguilera, José María Izaquirre, Francisco del Castillo y José Joaquín Palma. La descripción física, forma de pensar y actuar demuestran un conocimiento que solo pudo adquirir en los vínculos establecidos con los bayameses.¹⁸

El 16 de abril de 1892 critica el racismo y resalta el pensamiento antiesclavista de la generación bayamesa que inició la guerra del 68. En el Liceo San Carlos hay confraternidad, los blancos, negros, hombres y mujeres, ancianos y jóvenes confluyen para clamar por la independencia de

Cuba y entregar dinero. En la institución estaba colocado el nombre de Francisco Vicente Aguilera y escribió “¡Anda de moda tener en menos a aquellos a cuya mesa comió como hermano el millonario heroico, el caballero intachable, el padre de la república, Francisco Vicente Aguilera! Pues para que esas modas mueran, cría y prepara el Liceo San Carlos”.¹⁹

La proclamación del Partido Revolucionario Cubano es motivo para que José Martí consagre varios artículos a bayameses. El 28 de mayo de 1892 escribe en *Patria* uno titulado *Cabaniguán*, reseña al soldado Pedro Gómez, hombre que residía en la finca de Francisco Vicente Aguilera cuando este llega el 7 de octubre de 1868 para organizar a los hombres que lo acompañarían en el alzamiento independentista; describe las características de la bandera con que entró Carlos Manuel de Céspedes el 20 de octubre de 1868 a Bayamo, y como la tuvo que ceder en Guáimaro para “que no pareciese prueba de su deseo de imperar sobre la república naciente”.²⁰

El 2 julio de 1892 sale de su pluma *El Colegio de Tomás Estrada Palma en Central Valley*, donde resalta el patriotismo de Tomás Estrada Palma quien fue el autor del decreto de muerte a los cubanos traidores y maestro de niños de diferentes nacionalidades. El Colegio es “una casa de familia donde bajo el cuidado de un padre se adquieren los conocimientos y prácticas útiles del Norte sin perder nuestras virtudes, carácter y naturaleza. Eso es el Colegio de Estrada Palma: la continuación de la patria y el hogar en la educación extranjera”.²¹

En 1892 reseña las actividades de la Liga de New York y señala que en la velada se cantó *La Bayamesa* y se recitaron poesías de José Fornaris, quien “fue el poeta de la noche, porque Benech se lo trajo todo en la memoria, con la pasión de quien ve en él, por sobre fas y sobre nefas, el pintor criollo y filial de la naturaleza de Cuba”.²² En el prólogo al libro *Los Poetas de la Guerra*, publicado en 1893, enaltece a los poetas José Joaquín Palma, Juan Clemente Zenea, y el *Himno patriótico cubano*, devenido en el Himno Nacional y cómo después de

¹⁵ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 282.

¹⁶ *Ibidem*, p. 147.

¹⁷ J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 294.

¹⁸ J. Martí, ob. cit., t. 4, p. 389.

¹⁹ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 353.

²⁰ J. Martí, ob. cit., t. 1, p. 472.

²¹ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 262.

²² J. Martí, *Ibidem*., t. 5, p. 255.

la toma de Bayamo, entre la nube de pólvora, la procesión seguía a la abanderada Candelaria Figueroa. El pueblo iba “cantando tras ella el himno que en el arrebato del triunfo, había compuesto el padre”.²³

En unos apuntes titulados *Manuel del Socorro Rodríguez* valora a este bayamés que desarrolló su obra en Colombia a finales del siglo XVIII y principios del XIX. Analiza su actitud cuando las tropas independentistas tomaron Bogotá y se convierte en republicano para no tener una actitud contraria a su patria adoptiva, pero que en el fondo era leal a la corona española. Lo caracteriza como culto, cortés, suave, puro, humilde, bondadoso. En su pensamiento político reconoce un “americano en el espíritu [que veía] personalidad de ente y cuerpo de pueblo propio, al que era, más que nación, solar de ovejas, a su propio cuidado abandonadas, y guardadas de lobos”.²⁴

En 1894 José Martí considera que llegó el momento de reiniciar la guerra en Cuba. Los informes que recibe lo incentivan. Al mayor general Máximo Gómez le dice que los hermanos bayameses Ismael y Joaquín Estrada estaban listos en Punta de Jagua. Se inicia la etapa final de preparación de la guerra, contar con dinero es cada vez más necesario y pide a José María Izaguirre que realice recolectas entre sus amigos en Managua y otros departamentos de Nicaragua donde residía, comentaba que era imposible realizar colectas públicas por el escándalo que produciría y lo perjudicial para la causa porque la denunciaría. Lo califica como “amigo de Céspedes”, y uno de los padres de la república. Izaguirre estaba en la pobreza, pero garantiza recursos. El 7 de julio escribe “¡si todos fueran como José María Izaguirre!”.²⁵

En enero de 1895 es retenida por las autoridades norteamericanas el *Lagonda*, embarcación que debía traer parte de los hombres que se incorporarían a la revolución en Cuba, y se decomisan cajas de armamento. En esos momentos difíciles escribe a Tomás Estrada Palma: “requiero su consejo [...] Es cosa tan urgente y grave que me atrevo a pedirle, que, si puede, me acompañe mañana sábado a New York por el tren de las ocho. En el tren

hablaremos mejor”.²⁶ El apoyo no se hizo esperar y el 25 de enero le comunica que partirá de inmediato y lamentaba no poder pasar por su casa, despedirse y agradecerle por la simpatía mostrada “que nunca he sentido tan noble ni tan cercana como hoy”.²⁷

La situación era compleja para José Martí y el 21 de febrero de 1895 escribió el poema *Serafín Sánchez*. La recia personalidad de Carlos Manuel de Céspedes aparece como un paradigma de lucha contra las adversidades y la desidia de muchos de los cubanos “¿Para quién, en estas Pascuas? / ¿Para quién, en esta hiel / Pensando en Carlos Manuel, / Compré un vapor en las Pascuas?”.²⁸

El 11 de abril de 1895 José Martí está en Cuba y se desplaza hacia el centro de la Isla. En las caminatas y descansos aprende de la historia de Bayamo y sus hijos. El generalísimo Máximo Gómez comenta acontecimientos trascendentes. El 22 de abril el dominicano refiere una conversación tenida con Carlos Manuel de Céspedes donde analizaron las dificultades surgidas en la contienda del 68 cuando los jefes militares estaban carentes de dirección, el estado de abandono en que estaban las tropas, y la falta de un plan de campaña. El 2 de mayo narró los hechos ocurridos en Tacajó, en 1869. Después de la quema de Bayamo se desconocía el paradero de Carlos Manuel de Céspedes y Donato del Mármol se declaró dictador. La mediación de varios jefes militares, entre ellos Gómez, logra que se respete la autoridad del hombre de Demajaúa.

El 7 de mayo de 1895 José Martí cita, quizás por última vez, a Bayamo en sus escritos. Al valorar los alzamientos ocurridos en diversas regiones de Cuba y del estado de la guerra escribió satisfecho “Se pelea mucho en Bayamo”.²⁹

El Apóstol por la independencia de Cuba se identificó con Bayamo y los bayameses por el papel preponderante que tuvieron en la contienda de 1868 y por el apoyo inestimable que dieron al proyecto revolucionario que desde la emigración organizó para hacer de Cuba una patria libre, por ese motivo son referentes constantes en su papelería. ■

²³ *Ibidem*, p. 231.

²⁴ J. Martí, ob. cit., t. 21, pp. 290 y 291.

²⁵ J. Martí, ob. cit., t. 3, p. 225.

²⁶ J. Martí, ob. cit., t. 4, p. 22.

²⁷ *Ibidem*, p. 35.

²⁸ J. Martí, ob. cit., t. 16, p. 364.

²⁹ J. Martí, ob. cit., t. 19, p. 232.

Bayamo: La llama de la libertad

RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Se iniciaba enero del año 1869 cuando el Capitán General interino, Blas de Villate y la Hera, más conocido como Conde de Valmaseda, al frente de unos 3 mil hombres con artillería, fusiles y abundantes municiones partió de Camagüey en dirección a Bayamo con el propósito de reconquistar la ciudad en manos de los patriotas insurrectos desde el 20 de octubre de 1868.

Donato Mármol, con varios millares de soldados bisoños, de los cuales solo unos 500 tenían algún tipo de arma de fuego, le presentó combate junto al río Saladillo y aunque el machete desempeñó un honroso papel se impusieron los cañones y los fusiles españoles. Fue un acto heroico que dejó una carnicería en las filas insurrectas tras un desordenado repliegue. La tropa española avanzó aceleradamente hacia Bayamo sin encontrar obstáculo. Esta derrota traía como inevitable consecuencia la pérdida de Bayamo y los bayameses, en asamblea pública, tomaron la decisión heroica de quemar su ciudad antes de abandonarla.

Fernando Portuondo, en su *Historia de Cuba*, apunta: “El 12 de enero de 1869 se realizó aquel tremendo sacrificio, que destruyó una de las poblaciones más antiguas y mejor construidas de Cuba”.

Valmaseda con su tropa entró a las ruinas aún humeantes de Bayamo y se vió obligado a ordenar la fabricación de barracas para poder guarecer a sus soldados.

Todavía hoy, a 144 años de aquellos hechos terribles y heroicos, al evocarlos recorriendo sus calles y plazas, accediendo a sus viejas casonas y respirando la historia que circunda y abraza a esta entrañable ciudad, suelta amarras el bajel de la imaginación que todos tenemos anclado en secreta bahía y comenzamos a escuchar el agudo tañer de todas las campanas a rebato, el relincho espantado de todas las bestias, el grito de las madres llamando a sus hijos, el llanto de los niños en medio del humo denso que dificulta la respiración; el crepitar de las techumbres ardientes preludiando el

desplome. Sentimos que Bayamo arde nuevamente por los cuatro costados y el calor nos quema las mejillas, vislumbramos una larga fila de combatientes con sus armas, de gente a pie, a caballo y en los más diversos carruajes abandonando la ciudad antes que rendirla a las armas de la Corona rapaz y opresora. Se van dejando atrás sus muertos y la ceniza de sus vidas. Y vuelven a escucharse, en la ciudad natal del Padre de la Patria y capital de Cuba libre durante casi tres meses, las estrofas cantadas de aquella marcha convertida ya, y para siempre, en patrimonio sagrado de la nación: no temáis a una muerte gloriosa / que morir por la patria es vivir. ■

La Bayamesa

SINDO GARAY

Lleva en su alma la bayamesa
tristes recuerdos de tradiciones
cuando contempla sus verdes llanos
lágrimas vierte por sus pasiones.

Ella es sensible, le brinda al hombre
virtudes todas y el corazón
pero si siente de la Patria el grito,
todo lo deja, todo lo quema,
ese es su lema, su religión.

1918

Céspedes y Martí: semejanzas que no son coincidencia

MIGUEL ANTONIO MUÑOZ LÓPEZ



José Martí no fue un taumaturgo, creado a sí mismo de la materia ignota de las constelaciones, como a veces pudiera interpretarse de ciertas lecturas desmedidas. El ideario del Héroe Nacional cubano surge como resultado de muchos años de estudio, y de una comprensión diáfana y profunda de las doctrinas de pensadores que le antecedieron, tanto en Cuba como allende sus mares. No solo bebió Martí de la profusa fuente teórica que representaban las obras de esos eruditos, sino que se inspiró, y mucho, en el ejemplo de abnegación y apego a las causas más justas de sus predecesores.

Ahora bien, si concordamos en que la gran meta de toda la vida martiana, aquella a la que consagró los mayores esfuerzos, sacrificando todos sus afectos y su ser material mismo, fue la independencia de Cuba; entonces debemos aceptar que tuvo un destacado prototipo en la figura de Carlos Manuel de Céspedes y del Castillo, Padre de la Patria y Emancipador de los Esclavos, quien nació exactamente 33 años, 9 meses y 10 días antes, en la culta y levantisca villa de San Salvador de Bayamo. Este podría ser el principal vínculo entre estos dos prohombres de la historia cubana, un lazo si se quiere espiritual, más que material,

habida cuenta de que no existen evidencias de que ellos se hayan conocido personalmente.

Efectivamente, antes que Martí, fue Céspedes el primer patriota cubano que diseñó un proyecto político revolucionario tendiente a transformar la estructura socioeconómica de la isla de Cuba, terminando de una vez y para siempre la inicua sujeción política de la colonia a su metrópoli. Basta leer las primeras frases del glorioso *Manifiesto de La Demajagua*, para entender la concepción radicalmente innovadora de su autor:

Viéndonos expuestos a perder nuestras haciendas, nuestras vidas y hasta nuestra honra, todo nos obliga a exponer esas adoradas prendas para reconquistar nuestros derechos de hombre, [...] No nos extravían rencores, no nos halagan ambiciones: solo queremos ser libres e iguales como hizo el Creador a todos los hombres. Nosotros consagramos estos [...] venerables principios: [...] creemos que todos los hombres somos hermanos, amamos la tolerancia, el orden y la justicia en todas las materias; [...] admiramos el sufragio universal [...]; deseamos la emancipación gradual y bajo indemnización de la esclavitud, el libre cambio con las naciones amigas [...]; la representación nacional para decretar las leyes e impuestos; y en general, demandamos la religiosa observancia de los derechos imprescriptibles del hombre, constituyéndonos en nación independiente.¹

Si se compara este texto fundacional de la revolución en Cuba, con algunas de las glosas políticas martianas más conocidas, como el caso del histórico *Manifiesto de Montecristi*, se encuentran inmediatamente concomitancias impresionantes. El documento, continente de las principales doctrinas que sustentaban al recién comenzado movimiento insurreccional del 24 de febrero de 1895, fue redactado el 25 de marzo siguiente, y contaba con las rúbricas del propio Martí y de Máximo Gómez Báez, Generalísimo del Ejército Libertador de Cuba. Veamos algunos de sus planteamientos:

¹ Enciclopedia Digital *Carlos Manuel de Céspedes* (Nivel Bibliografía Activa, subnivel Manifiestos), Museo Casa Natal Carlos Manuel de Céspedes, Bayamo, 2010; aput: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*. [Compilación de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo]. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, t. I, pp. 105-109.

La revolución de independencia, iniciada en Yara después de preparación gloriosa y cruenta, ha entrado en Cuba en un nuevo periodo de guerra, en virtud del orden y acuerdos del Partido Revolucionario Cubano en el extranjero y en la Isla, y de la congregación en él de todos los elementos consagrados al saneamiento y emancipación del país [...] La guerra no es [...] el insano triunfo de un partido sobre otro, o la humillación siquiera de un grupo equivocado de cubanos; sino la demostración solemne de la voluntad de un país [...] no es la tentativa caprichosa de una independencia más temible que útil [...]; sino el producto disciplinado de la resolución de hombres enteros.²

Se puede apreciar, amén de las lógicas diferencias derivadas de ciertas circunstancias histórico-sociales propias de la época (la esclavitud, por ejemplo, había sido legalmente abolida desde 1886; aunque los prejuicios racistas se mantenían plenamente vigente) y de las particularidades retóricas de ambos líderes, coincidencias doctrinarias evidentes: en primer lugar, tanto Céspedes como Martí declaran sin ambages que inician la guerra contra España por no tener otra salida, debido a la negativa tajante de la Corona hispánica a conceder al pueblo de Cuba sus derechos inalienables, y al estado de depauperación económica y corrupción moral en que el sistema de explotación colonialista había sumido al país. Ni uno ni otro eran aventureros irresponsables, sedientos de poder, fama o riqueza. Eran hombres cultos y éticos, preocupados noblemente por el bienestar de sus semejantes y empeñados en la regeneración de su patria.

En segundo término, se destaca el espíritu profundamente democrático de ambos líderes y su absoluta identificación con los anhelos de la mayoría del pueblo cubano. En los dos textos se transparenta la seguridad que los animaba, al lanzarse a la lucha armada contra un enemigo formidable, el pueblo los seguiría. La historia, árbitra suprema de todas las cuestiones humanas, les concedió a Céspedes y Martí el más justo veredicto: recordemos que el gran bayamés dio inicio a la primera guerra por la independencia en su ingenio La Demajagua, ubicado a unos 13 km de

² José Martí, *Obras Escogidas*, t. III, pp. 511-514.

la ciudad de Manzanillo, en la mañana del 10 de octubre de 1868, acompañado por 200 hombres (hasta 400, según algunas fuentes), de los cuales apenas 37 portaban armas de fuego. Sin embargo, a las pocas semanas, casi todo el Departamento Oriental estaba insurreccionado; y 4 meses después, las llamas de la revolución llegaban hasta la zona de las cinco villas. El conflicto, iniciado de manera inconexa y sin toda la preparación necesaria, se extendió por una década, debilitando considerablemente los lazos artificiales que ataban la Isla a su metrópoli y asestando un golpe de muerte a la ominosa institución de la esclavitud.

También la “guerra de Martí” (así podemos llamarla, con toda propiedad, pues fue Martí su gestor principal), a pesar de su mejor preparación y concierto, comenzó en unos pocos sitios del país, la mayoría de ellos localizados otra vez en el Oriente de la Isla, en la eternamente gloriosa fecha del 24 de febrero de 1895. Sin embargo, pocos meses después, y gracias a la exitosa campaña invasora efectuada por los caudillos Máximo Gómez y Antonio Maceo, el país entero ardía en el fuego de la conflagración independentista, y el pendón tricolor ondeaba en los campos, desde Baraguá hasta Mantua. Ninguno de los dos pensadores, Céspedes y Martí, logró ver la coronación de sus ingentes esfuerzos revolucionarios: el bayamés, caído en combate desigual contra numerosos soldados enemigos, en la remota Prefectura de San Lorenzo; el Apóstol, acribillado a quemarropa por las fuerzas españolas de Ximénez de Sandoval, en Dos Ríos.

Pero en uno y otro caso, el movimiento por ellos emprendido continuó, si se quiere, con mayor ímpetu. Si las experiencias libertarias no acabaron de la manera en que sus iniciadores habían previsto, se debió a la incidencia de multitud de factores de distinto orden, entre los que jugó papel no pequeño la hostilidad de los gobiernos norteamericanos hacia la revolución independentista de Cuba; oposición que se manifestó en el abundante apoyo material y político a España, durante la Guerra Grande; y en la intervención militar directa, cuando ya los patriotas cubanos tenían la victoria prácticamente en sus manos, durante la Guerra del ‘95.

Otro aspecto coincidente entre Céspedes y Martí, lo constituye su actitud abiertamente antirracista. Aunque hoy día pueda parecer un argumento nimio, debe tenerse en cuenta que el tema de la

esclavitud y la discriminación racial era el más grave problema social que afrontaba el pueblo de Cuba a mediados del siglo XIX, origen de incontables miserias materiales y morales que frenaban el desarrollo del país. No es casual que una de las dos principales demandas de los insurgentes cubanos en 1868, y cuya consecución fuera objetivo primordial de la guerra, consistiera precisamente en la abolición de la “ominosa institución” de la servidumbre africana. Por ello, encontramos en el accionar político de Céspedes, desde la mañana misma de La Demajagua, una preocupación constante por eliminar este mal nacional, y lograr la integración social de todos los cubanos. Suficiente argumento constituye la promulgación del famoso Decreto de Abolición Condicionada de la Esclavitud, promulgado el 27 de diciembre de 1868, en la Bayamo insurrecta. El primer párrafo de este documento, que a continuación reproducimos, es una declaración de principios a favor de la integración racial y la justicia social:

La Revolución de Cuba, al proclamar la independencia de la Patria, ha proclamado con ella todas las libertades; y mal podría aceptar la grande inconsecuencia de limitar aquellas en una sola parte de la población. Cuba Libre es incompatible con Cuba esclavista, y la abolición de las instituciones españolas debe comprender y comprende por necesidad y por razones de la más alta justicia, la esclavitud como la más inicua de todas. Como tal, se ha ya consignado esa abolición entre los principios proclamados en el primer manifiesto dado por la Revolución. Resuelta en la mente de todos los cubanos verdaderamente liberales su realización, en absoluto ha de ser el primero de los actos con que el país haga uso de sus conquistados derechos.³

Es cierto que, dentro de las filas revolucionarias, Céspedes recibió muchas críticas por parte del grupo denominado como los “idealistas doctrinarios”, pléyade de jóvenes juristas nucleados por la figura de Ignacio Agramonte y Loynaz, quienes le reprochaban su supuesta moderación

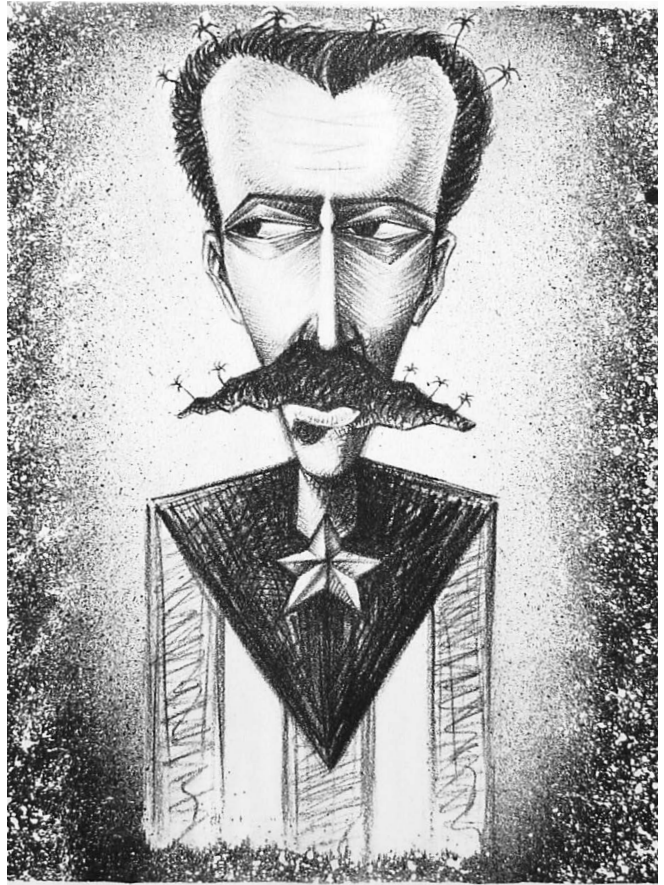
³ Enciclopedia Digital *Carlos Manuel de Céspedes* (Nivel Bibliografía Activa, subnivel Decretos), Museo Casa Natal Carlos Manuel de Céspedes, Bayamo, 2010; aput: *Carlos Manuel de Céspedes. Escritos*. [Compilación de Fernando Portuondo y Hortensia Pichardo]. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1982, t. I, pp. 139-141.

para enfrentar el problema de la esclavitud. Pero también lo es que el gran caudillo bayamés hizo lo más racional que se podía hacer en aquel momento: lograr la reparación de una injusticia histórica sin lesionar los intereses de muchos grandes hacendados cubanos que veían con preocupación la posibilidad de sufrir afectaciones económicas si los esclavos eran liberados por ley. Sencillamente, Céspedes intentó resolver la vieja cuestión abolicionista sin crear más enemigos a la revolución. Al mismo tiempo, se creaban condiciones propicias para la incorporación masiva de los negros liberados a las filas del Ejército Libertador, cuestión esta vital por el matiz sangriento y destructivo que tomaría muy pronto la guerra.

Durante el tiempo en que estuvo al frente del gobierno de la República en Armas, Céspedes dio sobradas muestras de su radical posición antirracista, tanto en su política constante de ascenso a altos grados militares de combatientes negros y mulatos, como en la derogación del extraño Reglamento de Consignaciones Forzosas a Libertos, promulgado por la Cámara de Representantes, que a muchos parecía una esclavitud disimulada. Luego de su deposición en Bijagual (27 de octubre de 1873), cuando fue, según sus propias palabras, “elevado a la envidiable condición de ciudadano”, su trato cercano y cordial con los negros y mulatos fue la mejor evidencia de su acendrado sentimiento humanista: con ellos, que antes de la guerra habían estado confinados al último escalón de la estructura clasista, compartía el otrora señor de vidas y haciendas, cama, comida, y sus escasas pertenencias.

La revolución, como una gran ola arrasadora de diferencias y privilegios, emparejaba en el infortunio y la lucha a ricos y pobres, negros y blancos, y a cultos e indoctos; ya que las balas españolas solo distinguían entre los verdaderos patriotas, alzados en armas contra el injusto régimen colonial, y los patriotas “de pacotilla”, sumisos al despotismo por cobardía o mezquindad.

Este sentimiento radicalmente antirracista fue, de similar manera, raíz del pensamiento y la actividad política del Maestro. Tanto en su abundantísima producción literaria, como en su intensa labor educativa y proselitista durante los amargos años del exilio, Martí fue un declarado defensor de la integración racial. Ejemplos demostrativos de ello los encontramos en textos tan hermosos como el artículo “Mi raza”, publicado por el periódico *Pa-*



Pieza de Reynaldo Pagán Ávila

tria, en New York, el 16 de abril de 1893. En el párrafo inicial, Martí expresa nítidamente su posición en torno a la cuestión étnica, al expresar: “Esa de racista está siendo una palabra confusa, y hay que ponerla en claro. El hombre no tiene ningún derecho especial porque pertenezca a una raza u otra: dígame hombre, y ya se dicen todos los derechos.”⁴

Es una declaración que replica, sino en la letra, sí en el espíritu, las concepciones cespedianas al respecto. Pero Martí continúa, con argumentos irrefutables, desmantelando la espuria teoría de la “guerra de razas”, esgrimida en Cuba, a un tiempo, por integristas españoles y cubanos timoratos, como razón de peso para abominar de la lucha emancipadora: “En Cuba no hay temor alguno a la guerra de razas. Hombre es más que blanco, más que mulato, más que negro. Cubano es más que blanco, más que mulato, más que negro. En los campos de batalla, muriendo por Cuba, han

⁴ J. Martí, *oc. cit.*, p. 203.

subido juntas por los aires las almas de los blancos y de los negros”.⁵

Pero también en su vida social y familiar, mostró Martí su total desprejuicio hacia los negros y mestizos, a quienes honró con su amistad y confianza plenas. Tales fueron los casos, por ejemplo, de Juan Gualberto Gómez y del general José Maceo, el “León de Oriente”, que estuvieron entre los colaboradores más cercanos del Apóstol durante la preparación de la “Guerra necesaria”. Como se puede apreciar, coincidencia plena entre ambos líderes revolucionarios.

Pero, más allá de la similitud en sus ideas y objetivos políticos, hubo circunstancias concretas en las vidas respectivas de Carlos Manuel de Céspedes y José Martí cuya coincidencia sobrecoge. Por ejemplo: ambos tuvieron que afrontar, siendo todavía muy jóvenes la oposición de sus respectivos padres a sus concepciones políticas, lo que conllevó, en los dos casos, a fuertes rupturas afectivas dentro de la familia. El padre del Hombre de La Demajagua, Jesús María de Céspedes y Luque, o Don “Chucho”, como se le conocía popularmente, era oficial de Milicias Españolas en Bayamo; y, aunque nacido en suelo cubano, siempre fue un integrista furibundo, amante de la realeza hispánica y sus pompas dominadoras. Al despuntar su primogénito como partidario de las ideas liberales y separatistas, es lógico pensar que surgieran resquemores y conflictos entre padre e hijo. Según el prestigioso historiador bayamés José Maceo Verdecia, al fallecer Don “Chucho”, en 1855, solo dejó a su primogénito una pequeña parte de la cuantiosa fortuna amasada por la familia, a pesar de que, por ley y por costumbre, le correspondía precisamente a Carlos Manuel la porción más grande de esta. Creemos reconocer en este episodio un signo claro del distanciamiento sentimental existente entre padre e hijo.

De igual manera, Mariano de los Santos Martí y Navarro, padre del Apóstol, pertenecía al aparato español de dominación política, ya que, al retirarse del ejército por incapacidad física, en 1862, fue destinado a la Jurisdicción de Matanzas, como Capitán Juez Pedáneo del partido de Hanámana. En el caso de Don Mariano, el conflicto padre-hijo fue si se quiere más agudo, ya que aquel era natural

de Valencia, y sentía, con toda legitimidad, que España llevaba la razón en su suprema disputa contra el pueblo cubano. Las amarguras que estos desencuentros de Céspedes y Martí con sus correspondientes padres los acompañaron toda la vida; y motivaron, quizás, una radicalización mayor de sus concepciones: roto el vínculo sanguíneo y de obediencia debida a sus progenitores, ya nada más se interpondría en sus futuros proyectos revolucionarios. Los dos tuvieron que hacer el mayor de los sacrificios: el del amor filial, seguro e inmediato; por el del amor patriótico, más genérico e inasible, pero más avasallador y gratificante que cualquier otro conocido.

Otro parecido escalofriante entre ambos próceres está en las peripecias y destinos finales de sus respectivos cadáveres. El itinerario seguido por sus mortales despojos fue accidentado: en el caso de Céspedes, su cuerpo sufrió tres enterramientos distintos. La primera inhumación se produjo el día 2 de marzo de 1874; y en ella participaron varios patriotas santiagueros comprometidos con la causa de la Independencia, entre ellos, Calixto Acosta Nariño, quien marcó el lugar con una piedra, para evitar que se perdiera su recuerdo, tal y como pretendían las autoridades españolas. Se encontraba ubicado en la fosa común número 2, cuartón G, del Cementerio General de Santa Ifigenia, en Santiago de Cuba.

La segunda inhumación fue efectuada en la noche del 25 de marzo de 1879; en ella participaron Calixto Acosta Nariño, protagonista también del primer enterramiento, sus hermanos Cayetano y Mariano, Luis Yero Buduén, Joaquín Navarro Aguilar y un esclavo, llamado José Caridad Díaz, que era celador del cementerio y fue el primero en reconocer los nobles huesos del prócer, al extraerlos de la tumba original. Antiguamente, la fosa estaba emplazada en el lote número 103, tramo B, de la santiaguera necrópolis de Santa Ifigenia. Finalmente, y gracias a los buenos oficios de don Emilio Bacardí Moreau, excelso patriota y primer Alcalde republicano de Santiago de Cuba, y a la contribución solidaria de todo el pueblo, sus restos fueron trasladados hacia el mausoleo mármoleo que hoy ocupan, en el año 1910.⁶

⁵ *Ibidem*, p. 204.

⁶ Eusebio Leal Splenger, *El diario derdido de Carlos Manuel de Céspedes*, Ediciones Boloña, La Habana, 1998, pp. 283-285.

De la misma forma, los restos mortales de nuestro Héroe Nacional sufrieron diversas vicisitudes luego de ser localizados y retirados del campo de batalla de Dos Ríos por las fuerzas españolas. Como se sabe, en el caso de Martí, los entierros fueron cinco.

El primero de ellos tuvo lugar en el cementerio de Remanganagua, el día 20 de mayo en horas de la tarde; el cadáver de Martí fue arrojado, sin ataúd, a una fosa de tierra, lo que para muchos resulta una muestra del desprecio del coronel Ximénez de Sandoval, jefe de la columna española que dio muerte al Delegado del Partido Revolucionario Cubano.⁷ El segundo se efectuó el 27 de mayo de 1895, en el nicho 134, galería sur, del cementerio de Santa Inígenia de Santiago de Cuba. El mando español, al percatarse de la trascendencia política que tendría la caída en combate del Apóstol, decidió comprobar con certeza si el occiso realmente era José Martí, y decidió exhumarlo para hacer la autopsia. Dicha operación se efectuó el 23, en la propia localidad de Remanganagua, luego de lo cual el cadáver fue trasladado a Santiago de Cuba.⁸ Allí, en el salón principal del Hospital Militar, fue exhibido el cuerpo del prócer, tal y como 21 años antes se había hecho con el de Céspedes.⁹

El tercer enterramiento ocurrió el 24 de febrero de 1907, motivado por obras de mejoramiento constructivo de la necrópolis santiaguera. El coronel del Ejército Libertador Federico Pérez Carbó, gobernador civil de esa localidad, concibió y promovió la idea de respetar el nicho donde se guardaban los restos de Martí y construir en el lugar un modesto monumento de estilo jónico,

que en su interior llevaría como póstumo recuerdo un ramo de flores y una bandera.¹⁰ El clamor popular por la erección de un monumento acorde con la altísima significación histórica y patriótica del Maestro, y los daños ocasionados por las intensas lluvias al panteón donde descansaban sus restos, dio lugar a la constitución, en 1947, del Comité Por una Tumba Digna del Apóstol Martí, promovido por el Club Rotario de Santiago de Cuba. Por ello, los sagrados restos fueron exhumados por cuarta vez, y trasladados al “Retablo de los Héroes”, lugar donde descansan los mayores generales Moncada, José Maceo y Flor Crombet, entre otros heroicos mambises.¹¹

Finalmente, en la tarde del 29 de junio de 1951, una vez culminadas las obras del proyecto para el monumento a José Martí, era extraído el osario con los restos del Retablo de los Héroes y depositado, en solemne ceremonia, en la que sería su quinta y definitiva morada. Al fúnebre acto asistieron las más altas autoridades militares y civiles de la República, entre ellas el presidente, Carlos Prío Socarras, así como tres sobrinos de Martí.¹²

Como puede apreciarse, muchas son las coincidencias entre estas dos figuras cimeras de la historia nacional cubana: Carlos Manuel de Céspedes, Padre de la Patria, y José Martí, Apóstol de la Independencia. A pesar de que no se conocieron personalmente, ambos recorrieron similares caminos, plagados de vicisitudes y sinsabores, pero ungidos por el bálsamo de sus convicciones, supieron afrontar todas las pruebas que la vida les presentó. Ambos cayeron luchando por el más bello de los ideales: la emancipación humana, pero vivirán para siempre en la memoria del pueblo de Cuba. ■

⁷ Carlos Manuel Marchante Castellanos, *Los cinco entierros de José Martí*. En: *Tribuna de La Habana*, sección *Historia*. Sábado, 19 de mayo de 2012, p. 6.

⁸ Ídem.

⁹ He aquí otra coincidencia: el cuerpo sin vida de Céspedes también había sido mostrado por los españoles, en triste alarde de victoria, o quizás con el fin de atemorizar al pueblo. En aquella ocasión, la grosera exhibición ocurrió en la Casa del Intendente de Santiago de Cuba, actual Museo de la Lucha Clandestina. Según cuenta el veraz Acosta Nariño, los visitantes que pasaron a ver el cadáver lo hicieron en medio de “un silencio respetuoso y solemne”.

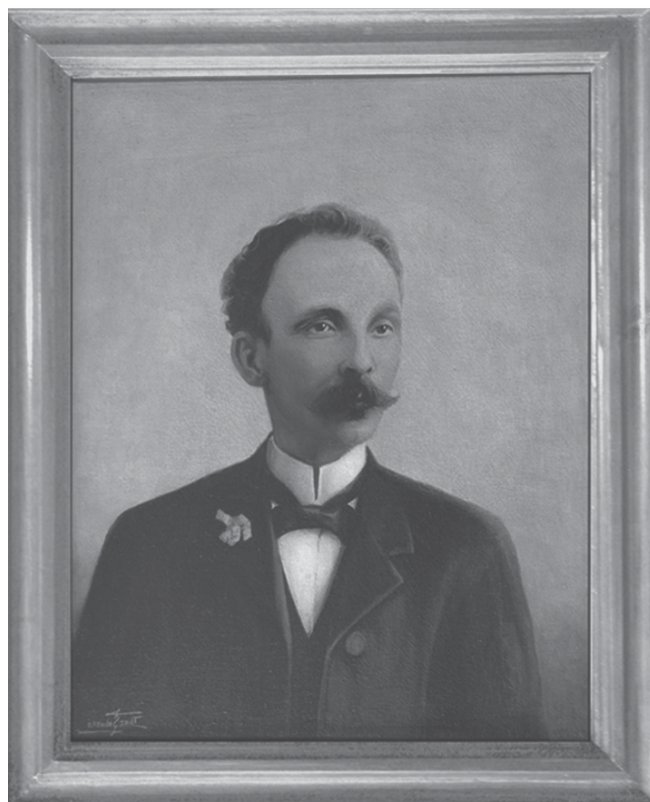
¹⁰ C. M. Marchante Castellanos, Ob. Cit., p. 6.

¹¹ Ídem.

¹² Ídem.

José María Izaguirre y José Martí: trascendencia de una amistad

LUIS MANUEL DÍAZ-GRANADOS BRICUYET



El joven José Martí llegaba a Guatemala, el 2 de abril de 1877, proveniente de México marcado por la nostalgia de su patria, el amor de su futura esposa Carmen, la ausencia de sus sufridos padres y de los verdaderos amigos. Su objetivo se orientaba a buscar nuevos caminos que le permitieran abrirse paso en su vida profesional y apoyar a la familia.

Allí sería recibido por el bayamés, revolucionario de la gesta del 68, José María Izaguirre, director de la Escuela Normal de Guatemala. De su primer encuentro con Martí, el experimentado

pedagogo lo describiría como un joven simpático, de evidente cultura, agradable y de fácil nivel de expresividad. Cuenta que al preguntarle sobre sus datos personales y sus actitudes para el magisterio respondió de manera resuelta y directa: “Soy cubano, vengo de México y me llamo José Martí”,¹ al escuchar el nombre, el director, instintivamente, lo relaciona con el autor del folleto *El presidio político en Cuba*, respondiendo este: “Sí, señor, yo soy el autor de ese folleto y el már-

¹ José María Izaguirre, “Martí en Guatemala”, En: *Yo conocí a Martí*, p. 92.

tir a quien se refiere.”² Aquel joven talentoso y de patriotismo evidente inspiró inmediatamente la admiración del veterano aceptándolo como profesor de Literatura en el seno de tan prestigioso claustro, al tiempo que lo acogía en su casa mientras encontraba alojamiento.

Martí estaba consciente que su actividad pedagógica en la institución guatemalteca constituiría un reto. La Escuela Normal de Guatemala desde su fundación había alcanzado una alta reputación por la excelencia y calidad de sus servicios educacionales, su notoriedad era conocida por toda Centroamérica, en ella se brindaba una exquisita educación unida a una actualizada instrucción de un claustro conformado por profesores de una alta experiencia en el magisterio y con métodos donde el alumno tenía la mayor carga de actividades y de protagonismo.

Esta concepción educativa de la institución es asimilada rápidamente por Martí pues logra visualizar allí el espacio idóneo para desarrollar algunas ideas didáctico-pedagógicas que ya habitan en su pensamiento, y que le preocupaban desde su estancia en México: “Viven las clases de la animación y el incidente. Necesita a veces la atención cansada un recurso accidental que la sacuda y la reanime (...) los conocimientos se fijan más, en tanto se les da de una forma más amena”.³

La Escuela Normal se había convertido en la aspiración de la época. Su director, que era considerado como uno de los iniciadores de la formación de maestros en Guatemala, defendía la concepción pedagógica de que los alumnos normales no aprenden solo para saber, por lo tanto el método de la institución se proyectaba a aprender para enseñar. Este centro además del alcance instructivo-educativo de las tareas curriculares, se hacía apreciar por la calidad e intención formativa de sus actividades de extensión cultural.

Reconoce Martí: “enseña la Escuela Normal, por práctico sistema de razón y propio juicio, a ser maestros; quinientos niños pueblan los salones del extenso Instituto Nacional; (...) dan instrucción realmente útil”⁴, destaca también el nivel de actualización de los currículos y de los equipamientos de las escuelas de Guatemala. En

sentido general afirmarí: “remunerarse bien a los maestros: no llega vapor que no venga cargado de útiles, (...) de aparatos astronómicos, de libros, de colecciones, de modelos. Se va a la Escuela Normal, y con espíritu de amor hispanoamericano se ve un notable instituto neoyorkino”.⁵

El 9 de mayo de 1877, casi un mes más tarde de comenzar a impartir clases en la Escuela Normal, la Secretaría de Instrucción Pública de Guatemala le expide también el certificado de autorización para ejercer como catedrático de Literatura Francesa, inglesa, italiana y alemana y de Historia de la Filosofía en la Universidad de esta ciudad, otra línea potencial de desarrollo de su magisterio, donde logra reconocer el alto nivel de actualización y exigencia de la mencionada institución.

En las agitados tareas de la Escuela Normal es de imaginar que Martí aprovecha su amistad con el director Izaquirre para estrechar vínculos con otro profesor del plantel: el bayamés José Joaquín Palma, renombrado por sus poemas, sus cantos a la patria y su accionar en los tiempos de la Revolución.

La afinidad y los diálogos entre ellos no se harían esperar, concretándose en útiles y provechosas conversaciones donde prevalecía el intercambio de libros y el análisis de las creaciones del poeta bayamés, así como el debate de acuciosos problemas que en el orden sociocultural aquejaban a la América. Más tarde en epístola de Martí a Palma, visiblemente emocionado, le expresa: “Gustan los pobres peregrinos de oír cerca de sí rumor del árbol lejano, ruido del patrio río [...] tú eres de los que leen en las estrellas, de los que ven volar mariposas, de los que espían amores en las flores, de los que bordan sueños en las nubes, tú eres un poeta indiscutible”⁶ y finalmente reconoce: “Yo soy tu amigo”.

Estos inseparables amigos y maestros bayameses: Izaquirre y Palma poco a poco le mostraron el camino para su introducción en los sectores intelectuales y culturales de Guatemala. A pocos días de su llegada lo hacen miembro de la Sociedad Literaria El Porvenir, abrigo intelectual de lo más selecto de la ilustración guatemalteca, donde, según el propio Martí se realizan “unas muy animadas reuniones de hogar donde a tiempo que

² Ídem.

³ José Martí, *Obras Completas*, t. 6, Editorial de Ciencias Sociales, 1975, p. 263.

⁴ J. Martí, ob. cit., t. 7 p. 154.

⁵ Ibídem, p. 156.

⁶ José Martí, “Carta a José Joaquín Palma”, en: *Epistolario*, t. 1, Editorial de Ciencias Sociales, 1993, p. 110.

se familiariza con la vida social los educandos, se hace buena música, se dicen discursos, se cantan correctamente bellas piezas y se leen a menudo buenos versos”.⁷

Allí Martí desarrollaría especial amistad con el general Miguel García Granados pensador guatemalteco de notable cultura “tan curioso en cosas de ciencia, que había llegado a formar una teoría nueva, fundada en muchos hechos, sobre la inteligencia, gobierno y lenguaje de las hormigas”.⁸ De igual manera recibió con interés otras conferencias sobre la inteligencia de los animales realizadas por el escritor y político Lorenzo Montúfar calificado por Martí como un hombre de “hermosa inteligencia” y que el propio Izaguirre más tarde al describir la actividad comentaría como un conferencista que “con abundante copia de hechos históricos y de razones pretendió probar la verdad de su tema”.⁹

Su asistencia a las tertulias de la Sociedad le permitió que su talento y su forma de ver el problema americano incitaran a la reflexión a sus participantes. Un punto reiterado en su oratoria fue la necesidad de abordar un “difícil problema, que demasiado lentamente se resuelve”¹⁰: revivir al indio, rescatarlo de la ignorancia y el olvido, de hacer justicia a su cultura, a su ciencia, a conservar su herencia cultural. Ello era expresión del hondo compromiso intelectual desarrollado por el cubano en relación al tema del indio americano.

Otro aspecto de especial importancia en sus temas fueron la grandiosidad y nobleza del pueblo que lo acogió como un hijo, la belleza y vitalidad de su naturaleza, sus ríos, selvas, animales y a la autenticidad de su cultura patrimonial y espiritual. Su estancia en estas tierras le fueron fortaleciendo su percepción de los procesos culturales como pilares identitarios para el desarrollo de las naciones latinoamericanas donde era preciso una reflexión integrativa de la problemática amerindia y de los valores autóctonos de cada uno de los pueblos de nuestra región. Ello tendrá su expresión más acabada en la percepción de lo que luego llamó Nuestra América.

Estos espacios sociales de debate cultural le permitieron ganarse la admiración de todos por su destreza en la oratoria, el 25 de julio del 1877, la Sociedad Literaria, le invita, junto al Ministro de Instrucción Pública, a pronunciar un discurso homenaje por la celebración del aniversario de la fundación de la Ciudad de Guatemala, de ella el propio Izaguirre lo elogia expresando: “El discurso de Martí fue el gran acontecimiento, y el nombre del orador voló desde entonces por toda Guatemala en alas de la fama como tribuno insigne. Un caballero lo confirmó con un apodo: Dr. Torrente, porque en efecto parecía un torrente que se despeñaba”.¹¹

Aquellas participaciones exitosas en las actividades de la Sociedad Literaria le permitieron fuera nombrado Vicepresidente de la misma, reconociendo que estas actividades extradocentes con los alumnos de la Escuela Normal, daban cuenta de “una educación generosa, tolerante y aplicable” que completaba las acciones políticas del Gobierno, evidencia total de las intenciones de su claustro de profesores de llevar una educación integral a sus alumnos y con ello una cultura pedagógica propia del maestro que luego daría sus frutos en la educación de niños y jóvenes. Este reconocimiento lo extiende a su director y amigo: “Gozo yo con que el que la haya establecido y recoja ya sus frutos de apostolado sea un cubano, amigo de los hombres: José María Izaguirre”.¹²

El afecto de José María por Martí se extendió rápidamente por toda la familia Izaguirre, ello le permite compartir amistad con los hermanos José Manuel, Clara y Margarita, todos ellos involucrados en actividades educacionales. En el caso de la maestra bayamesa Margarita Izaguirre se desempeñaba como directora de la Academia de Niñas de Centroamérica, centro orientado a lograr una formación integral y ciudadana de sus alumnas, espacio educativo donde Martí impartiría clases gratuitas de composición aportando a su buen desarrollo.

Para Martí el contacto con Izaguirre debió constituir una buena oportunidad para debatir sobre aspectos vinculados con las diversas concepciones pedagógicas que se divulgaban en aquel entonces. El director tenía en su trayectoria los

⁷ J. Martí, ob. cit., t. 7, p. 143.

⁸ J. Martí, ob. cit., t. 15, p. 401.

⁹ J. M. Izaguirre, ob. cit., p. 92.

¹⁰ *Ibidem*, p. 166.

¹¹ J. M. Izaguirre, ob. cit., p. 92.

¹² J. Martí, ob. cit., p. 144.

años de experiencia en la formación de muchos jóvenes del 68 en su Colegio San José (Bayamo, 1851), había participado como delegado en los debates del Congreso Pedagógico de Pennsylvania (1866), además de su práctica educativa intensiva en las asignaturas de Pedagogía, Deberes y Derechos Cívicos del Ciudadano, Nociones Generales de Agricultura e Historia. Martí por su parte traía consigo sus discrepancias con las concepciones dogmáticas, teóricas y falta de creatividad y objetividad de algunas de las prácticas pedagógicas que se aplicaban en los países europeos, así como las propias reconstruidas en tierras mexicanas sobre la instrucción pública, la enseñanza obligatoria y la atención en las aulas a la diversidad tanto de género como de la discapacidad. Debieron ser magníficos espacios de interacción, de fecundidad y retroalimentación pedagógica para ambos.

Reconoce Martí la influencia educativa de Izaguirre y la importancia de todo el quehacer magisterial en su formación pedagógica, de esa época son las concepciones educativas martianas en relación a la necesidad de desarrollar una educación popular, de crear hábitos de la lectura en los niños y jóvenes como primer paso en el ascenso cultural de los mismos y el convencimiento de que la escuela tiene una importancia capital para el sostenimiento de la identidad cultural, el patriotismo y el desarrollo de verdaderos hombres que aporten al progreso del país, sobre ello diría: “Una escuela es una fragua de espíritus: ¡ay de los pueblos sin escuela! ¡ay de los espíritus sin temple!”¹³

El escenario educativo guatemalteco sirvió de laboratorio para la aplicación práctica y la consolidación de muchas de sus ideas pedagógicas. Al publicar, en 1878, el folleto *Guatemala*, describe sobre su estancia en estas tierras: “Yo llegué meses hace, a un pueblo hermoso, llegué pobre, desconocido, fiero y triste [...]. El pueblo aquel, sincero y generoso ha dado abrigo al peregrino humilde. Lo hizo maestro, que es hacerlo creador”.¹⁴ El héroe cubano dejaba acuñada así la importancia que tuvieron las instituciones pedagógicas de este país en su formación como maestro.

Este reconocimiento a su progreso como maestro también fue resaltado por su director Izaguirre

donde destaca los altos niveles de profesionalidad pedagógica demostrada. Valoraciones al respecto así lo acreditan: “Ha pasado un año. Martí ha continuado desempeñando sus clases, y sus lecciones han sido cada día más interesantes y provechosas”.¹⁵ Pero no solo la certificación llega de la autoridad de la institución, sus discípulos tampoco perdían oportunidad en profesarle sus más sinceras felicitaciones, sirvan los siguientes fragmentos de una extensa carta colectiva redactada por sus alumnos para constatar este merecimiento:

La Universidad de Guatemala se ha vestido con todas las galas de su ciencia para colocarnos al frente de sus cátedras de literatura extranjera y de historia de la filosofía. [...], nosotros os escuchamos, temerosos de romper con el solo aliento aquellos finísimos hilos de oro con que tejéis la delicada urdimbre de vuestros razonamientos y cuando desplegadas las alas de Cóndor trepáis a la región de la filosofía y de la literatura, nos sentimos electrizados y estallamos en la conmoción incontenible que causa la admiración por la elocuencia.¹⁶

La amistad Izaguirre-Martí fue creciendo en la misma proporción en que ambos hombres se iban conociendo, al decir del maestro bayamés: “Nuestra amistad se ha ido estrechando de tal modo, que se ha transformado en cariño fraternal”,¹⁷ por ello no es de extrañar que aquellas conversaciones no solo servirían de intensa nutrición didáctico-pedagógicas, sino que el joven Martí aprovechara la oportunidad para evocar otro campo de interés: rescatar todo el caudal de recuerdos, anécdotas e información del veterano durante su participación en la guerra del 68.

Estos intercambios seguramente le permitieron a Martí apropiarse de primera mano de los acontecimientos relacionados con la primera guerra, escudriñar sus remembranzas como delegado en la Asamblea de Guáimaro, sus impresiones acerca del carácter volcánico y la energía revolucionaria del Padre de la Patria, su experiencia como redactor del periódico mambí *El cubano libre*, sus estrategias en la recaudación de dinero para

¹³ J. Martí, ob. cit., t. 7, p. 156.

¹⁴ *Ibidem*, p. 116.

¹⁵ J. M. Izaguirre, ob. cit., p. 92.

¹⁶ Luis García Pascual, *Destinatario José Martí*, Editorial Abril, 2005, p. 46.

¹⁷ J. M. Izaguirre, ob. cit., p. 92.



las expediciones dentro sus funciones como delegado en la emigración, entre otras vivencias que ofrecía aquella fuente viva. Ello posteriormente le sería decisivo en la reconstrucción de los sucesos de la Revolución y en la aprehensión de una visión histórica única que le servirían en la redacción de importantes ensayos sobre la epopeya iniciada en La Demajaúa.

La proyección de esta tarea de trascendente contenido ideológico ya había sido vislumbrada en carta al autor del himno de Guatemala, su amigo José Joaquín Palma, recomendándole: “Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés [...], nosotros tenemos héroes que eternizar, heroísmos que enaltecer, y admirables pujanzas que encomiar”.¹⁸

En el mes de noviembre del 1877, la sociedad guatemalteca se estremece con el desarrollo de

los acontecimientos relacionados con la conspiración Rosario negro del coronel Kopeski contra al presidente Justo Rufino Barrios y su familia. Aquella intentona golpista desató medidas de contragolpe que generaron el miedo, la tiranía y los abusos con el pueblo llegando a expresiones inauditas. Ante este escenario sociopolítico tan complejo Izaguirre y Martí junto a los profesores redactan un manifiesto repudiando la intentona golpista y las pretensiones desestabilizadoras del país, pero al mismo tiempo manifiestan su inconformidad con algunas de las medidas y métodos autoritarios utilizados por el gobierno.

El ambiente político-social de fin de año es hostil y muy tenso, pero Martí también tiene otra gran inquietud en el alma: la angustia de no tener a Carmen a su lado. Ella lo espera impaciente en México, y ya no es posible dilatar más su casamiento, por lo que solicita nuevamente la ayuda de Izaguirre. Este comprende su estado emocional y lo autoriza por un mes para cumplir tan anhelado sueño.

El 15 de enero de 1878, recomienza las clases en la Escuela Normal, la felicidad y la paz habita en su alma, con su amada Carmen sobre sus hombros anda más aprisa y más veloz. Ella le aviva el espíritu y lo hace fuerte, pero los fantasmas del golpe de estado, los celos profesionales y las intrigas todavía sobrevuelan y ensombrecen los cielos de todos aquellos que proyectan aires de renovación y democracia. Las sombras oscuras se ciernen sobre la Normal y en ese ambiente el director Izaguirre es destituido injustamente de su cargo. Enterado Martí del suceso, lleno de angustias, le escribe a su amigo mexicano Manuel Mercado: “airado contra la cobarde forma en que destitúan de la Dirección de la Escuela a un cubano inteligente, honrado y amoroso, renuncié de mis cátedras allí [...] que tenía como única retribución y único medio para mi vida”.¹⁹

El bayamés conociendo de la decisión del compatriota le alerta: “no haga usted semejante locura. Si el sueldo que aquí goza es el único con que cuenta para mantenerse y mantener a su esposa. ¿A qué queda usted atendido si renuncia?”,²⁰ la repuesta fue inmediata y resuelta: “Renunciaré,

¹⁸ J. Martí, “Carta a José Joaquín Palma”, en: *Epistolario*, ob. cit., t. 1, p. 110.

¹⁹ J. Martí, “Carta a Manuel Mercado. 20 de abril 1878”, en: *Epistolario*, ob. cit., p. 119.

²⁰ J. M. Izaguirre, ob. cit., p. 92.

aunque mi mujer y yo nos muramos de hambre. Prefiero esto a hacerme cómplice de una injusticia". El héroe cubano está convencido de haber actuado siempre con toda transparencia y lealtad y sabe que tarde o temprano su forma de pensar también tendrá detractores. Otra vez en carta a su amigo Mercado reflexiona sobre su labor allí: "¿Qué mal les he hecho? Explicar Filosofía con sentido, a par que nuevo, mesurado; explicar Literatura; dar conferencias sobre el estado actual de las Ciencias Naturales; publicar un libro en que con amor y calor, para ellos nuevos, revelo sus riquezas desconocidas".²¹

Como si fuera poca tanta crudeza sentimental de aquella compleja situación política-social, un mes después, otro acontecimiento atentaba contra el ya difícil escenario emocional del alma martiana: fallecía la joven María García Grando, con quien idílica y respetuosamente desde su llegada a esa ciudad mantenía sensibles y románticos lazos de amistad. Ese día en los últimos momentos de su sepelio y solo frente al féretro de la Niña de Guatemala, dos de sus grandes amigos: Palma e Izaiguirre servirían de apoyo sentimental para soportar ese instante de consternación.

El 27 de julio de 1878, a lomo de mulo, parte Martí de la Ciudad de Guatemala para cruzar los ríos y montes en busca de Livingstone, luego Honduras y de ahí embarcar a La Habana. Lleva por dentro la angustia de dejar amigos que lo amaron, la gratitud de aquella ciudad que permitió reconstruirse como maestro, y la esperanza de un futuro mejor al lado de la querida Carmen con seis meses de embarazo.

Por otra parte, el maestro Izaiguirre, continuó haciendo pedagogía en Guatemala, esta vez fundando el Colegio Cosmopolita y luego al frente de la Escuela Normal en la ciudad de Chiquimula. Cuatro años después también abandonaría el país con rumbo a Nicaragua para desarrollar otros importantes y fundacionales desempeños pedagógicos: crea la Escuela Normal, escribe libros y artículos sobre la guerra cubana y la educación, al tiempo que alterna con sus ocupaciones como representante de la República de Cuba en este país, luego en 1897 culmina la obra *Elementos de*

Pedagogía, uno de los primeros libros de Pedagogía escrito por un cubano.²²

Nunca más volverían a verse aquellos dos grandes amigos, pero la Guerra Necesaria logró mantenerlos unidos. En Mayo de 1894, desde Nueva Orleans, vuelve Martí a solicitar el apoyo de José María Izaiguirre esta vez no será en el campo de la pedagogía sino para poner de manera inmediata y urgente toda su capacidad político-conspirativo para garantizar en Nicaragua los recursos financieros necesarios para la avanzada final por la Revolución. Un mes más tarde, en otra misiva, desde un hotel de paso en Panamá, ultimando las ideas contenidas en la carta anterior lo califica como uno de los padres de la Revolución y de la República, recordándole la gran influencia que todavía goza entre los cubanos y lo útil que sería en esta etapa final de la gesta liberadora, así como de la imprescindible discreción en el trabajo de organización y recolección de recursos.

Luego, llegando a New York, Martí actualiza a José Dolores Poyo (Julio, 1894) de las dificultades por la que transita el proceso de reorganización de la Guerra, le significa la utilidad de contar con revolucionarios como José María Izaiguirre que aún sin muchos recursos que aportar estaban dispuestos a seguir en la avanzada de la contienda insurrecta y le expresa esperanzado: "si todos fueran como José María Izaiguirre –pobre estoy– me dijo por cable –pero escríbame antes de irse, yo quiero con todas mis fuerzas contribuir".²³

Ya anticipadamente Martí había correspondido aquellos gestos de lealtad, compromiso y cariño de Izaiguirre, anunciándole: "Mi amigo muy querido, [...] yo voy a morir, si es que en mí queda mucho de vivo. Me matarán de balas o de maldades. Pero me queda el placer de que hombres como usted me hayan amado".²⁴ Exactamente un año después, el Mayor General José Martí, caía en combate en los campos de Cuba, cuando balas enemigas atravesaron su cuerpo para ascenderlo a la inmortalidad, pero llevaba la convicción de que una gran inmensidad de hombres, al igual que José María Izaiguirre también lo amarían. ■

²¹ J. Martí, *Obras Completas, (Edición Crítica)* t.5, CEM, La Habana, 2001, p. 306. A Manuel Mercado. Guatemala, 20 abr. [1878]

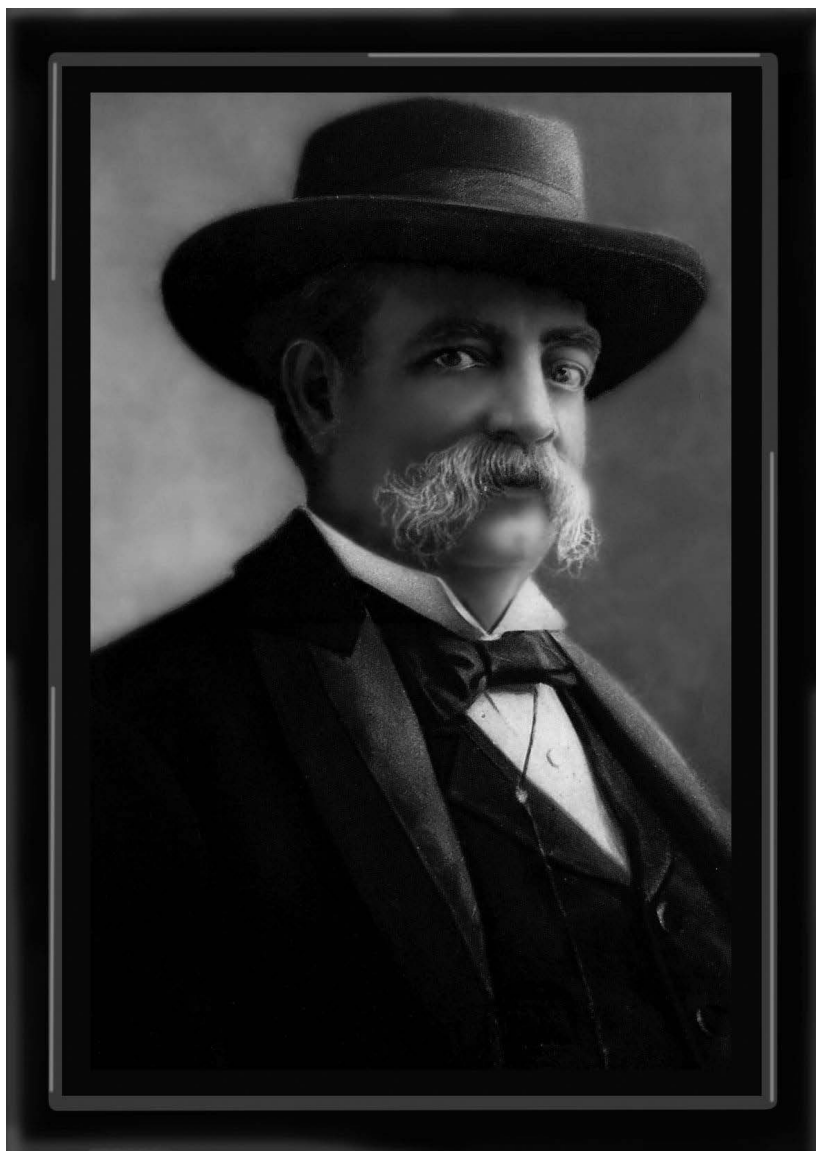
²² Zenaida Álvarez Roche, *La contribución de José María Izaiguirre a la educación cubana*, Tesis en opción al grado científico de Doctor en Ciencias de la Educación, La Habana, 2004.

²³ J. Martí, ob. cit., t. 3, p. 225.

²⁴ *Ibidem*, p. 192.

José Joaquín Palma desde la mirada de José Martí

MAURICIO NÚÑEZ RODRÍGUEZ



La amplia y multitemática obra periodística de José Martí esboza no solo los intereses informativos propios de un reportero. También hay en ella una “marcada intencionalidad” a partir del afán del periodista por mantener informado a los pueblos latinoamericanos de todo el acontecer sociopolítico y cultural que se estaba

gestando en Estados Unidos, si nos referimos a la etapa de aproximadamente 15 años que vivió allí y a la alta colección de crónicas que dirigió a varios de los periódicos más importantes del Continente.

En la variedad discursiva y estilística que caracteriza a su prosa periodística hay numerosas piezas dedicadas a personalidades sobresalientes

de la política, la sociedad, la creación artística y literaria y la ciencia de América.¹ Se trata de aquellos individuos que despertaban en él singular admiración por sus cualidades personales, intelectuales, creativas o por el contrario, también se detenía en aquellos que eran portadores de rasgos hacia las cuales sentía profundo rechazo. Esa era su forma esencial de conocer a las sociedades.

Sin embargo, no existe una pieza con estas características dedicada al poeta y patriota José Joaquín Palma Lasso. No es desde su labor periodística sino en su epistolario donde se halla una misiva al poeta (fecha en Guatemala, 1878) expresando su admiración y respeto después de leer su volumen de *Poesías*. Esta carta se publicó posteriormente formando parte de la introducción a la edición que apareció en Honduras en el 1882 con prólogo de Ramón Rosas y textos de Marco Aurelio Soto, Adolfo Zuñiga y Antonio Zambrana.² En ella Martí hace una pormenorizada caracterización del compatriota. Es una semblanza al estilo de las que le dedica en su periodismo a otras personalidades.

También su reconocimiento hacia Palma emerge en numerosos trazos en el entramado de sus creaciones al referirse a su obra, a su conducta de patriota ejemplar, a su labor de bibliotecario o la mención de Palma en el “Prólogo a los poetas de la guerra”. Referencias que complementan y amplían su perspectiva en torno al “bayamés errante” –como lo definió Martí.

Detengámonos sobre todo en la carta fechada en 1878. Desde el mismo inicio se evidencia una identificación plena de José Martí: “Palma amigo”³ son las entrañables palabras con las que Martí se dirige al poeta después de haber leído el conjunto de sus poemas. Al final de la carta, en la despedida, reitera su cercanía: “Tu amigo José Martí”.⁴ Al repasar el extenso epistolario

de José Martí, se podrá corroborar que esta forma amistosa y cordial en el trato, el autor las reserva solo para las personas más queridas y apreciadas. Más adelante le expresa en el texto de la carta: “Te devuelvo tu libro de versos: ¡no te lo quisiera devolver! Gustan los pobres peregrinos de oír cerca de sí, en la larguísima jornada, rumor del árbol lejano, canción del propio mal, ruido del patrio río. ¡Bien hayan siempre los versos, hijos del recuerdo, creadores de la esperanza”.⁵

Son múltiples las razones que acercan a ambas personalidades: son patriotas, cubanos, poetas, emigrados, periodistas, maestros, diplomáticos y el destino les deparó un andar itinerante por el Continente, entre otras ideas afines que pudieran deslindarse. Pero el texto de la significativa carta de Martí a Palma se detiene no solo en expresarle su empatía como ser humano y patriota sino que hace gala de su agudeza como crítico y deslinda en el proceso creativo de Palma, cuatro horizontes esenciales:

a) Sus fuentes de inspiración: “Nobles son, pues, tus musas: la patria, la verdad, los amores”;⁶ b) otro de los horizontes que apunta Martí se refiere a las características estilísticas de su creación poética: “¿Quién no te ha dicho que tus versos susurran, ruedan, gimen, rumorean? No hay en ti fingidos vuelos, imágenes altisonantes, que mientras más luchan por alzarse de la tierra, más arrastran por ellas sus alas de plomo. No hay en ti las estériles prepotencias de lenguaje, exuberante vegetación vacía de fruto, matizada apenas por solitaria y, entre las hojas, apagada flor. En un jardín, tus versos serían violetas. En un bosque, madreselvas. No son renglones que se suceden. Son ondas de flores”.⁷

c) En otro momento del mismo texto de la carta Martí define a Palma desde el punto de vista creativo: “Tú eres honrado, crees en la vida futura (...) Tú naciste con la lira a la espalda, el amor en el corazón, y los versos en los labios”⁸ y añadido, además, otra idea anterior del propio Martí en cuanto a la condición de poeta de su

¹ Ver el volumen *Martí biógrafo: facetas del discurso histórico martiano* de los autores Luis Álvarez Álvarez, Matilde Varela Aristigueta y Carlos Palacio Fernández. Editorial Oriente, Santiago de Cuba, 2007.

² José Joaquín Palma Lasso, *Poesías*, Tip. Nacional, Tegucigalpa, Honduras, 1882.

³ José Martí. *Obras completas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1991, t. 5, p. 93.

⁴ *Ibidem*, p. 96.

⁵ *Ídem*.

⁶ *Ídem*.

⁷ *Ídem*.

⁸ *Ídem*.

entrañable amigo. Le asevera, Palma: “Hay poetas discutidos. Tú eres un poeta indiscutible”.⁹

d) Establece, también José Martí, el radio de acción de la creación lírica de Palma de una manera sintética y sencilla, pero llena de significación al considerarlo como un “poeta del hogar, poeta de la amistad, poeta de la patria”.¹⁰ Con solo tres sustantivos: “hogar”, “amistad” y “patria” dibuja el amplio horizonte de recepción del mensaje lírico de sus versos.

Martí reconoce en Palma, además, ser hijo legítimo de la ciudad de Bayamo, una urbe ya conocida desde entonces por la hidalguía, el valor y la autodeterminación de sus hijos: “Tú naciste en Bayamo, y eres poeta bayamés. No corre en tus versos el aire frío del Norte; no hay en ellos la amargura postiza del Lied, el mal culpable de Byron, el dolor perfumado de Musset” al compararlo con la obra de otros poetas universales. Los motivos auténticamente americanos en la creación de Palma son exaltados una y otra vez por Martí.

La admiración hacia Palma, Martí la vuelve a expresar once años después, ahora desde Nueva York —a propósito de la visita de Palma y de su hija Zoila América Ana a la ciudad—. Entonces lo define de manera muy sutil y delicada como “el poeta que ha sabido poner en sus versos toda la ternura de su corazón y el fuego inextinto de un patriotismo puro”¹¹ y reconoce que “no en Cuba solo, sino en toda nuestra América, se leen sus serenatas, que suenan a guzla, y las décimas en que recuerda y predice nuestras glorias, y sus cantos valientes al progreso, y las estancias de fina y aérea composición, donde ha logrado aprisionar en palabras la música errante que vuela por lo invisible”.¹²

En este artículo de 1889, Martí supone que para Palma el dolor del exilio puede ser menos duro por haber encontrado en Centroamérica espacios que le sirven de asidero, generaciones de poetas jóvenes que admiran y aprecian sus versos. Quizás pensando en su experiencia personal de continuo peregrinar.

También Martí lo define más adelante como “el bardo bibliotecario”¹³ al referirse a su labor como director de la Biblioteca Nacional de Guatemala y a su afanosa búsqueda de nuevos títulos en librerías y bibliotecas durante su estancia en la ciudad de Nueva York para llevar de regreso a Guatemala: “Allá vuelve ahora, contento, porque ha hallado para su biblioteca más riquezas, riquezas modernas”.¹⁴

La amistad hacia Palma también nuestro Apóstol la expresa en un breve poema que le dedica en el dorso de un retrato que le entrega:

A José Joaquín Palma
Vencedor de los dulces ruseñores,
A ti esta efigie el alma entera lleve
¡Como un pájaro herido el alma mueve
A un jazmín malabar lleno de flores.¹⁵

En más de un ocasión José Martí parafraseó ideas de Palma para expresarse y ello solo sucedía con autores de su más alta consideración. Desde las páginas del periódico *Patria* en 1894, Martí brindaba la noticia de la muerte del periodista ecuatoriano Federico Proaño en palabras del admirado poeta. “‘Anoche dejó de existir nuestro queridísimo amigo Federico Proaño: tengo el alma desgarrada: usted sabe que lo queríamos tanto’. Así anunció José Joaquín Palma, el poeta cubano que solo ama a los justos, la muerte del incisivo periodista ecuatoriano”.¹⁶

Es conocido que en sus *Cuadernos de apuntes*,¹⁷ José Martí iba coleccionando anotaciones, proyectos futuros, apreciaciones al paso, estudios por hacer, libros por escribir, autores a los que pensaba estudiar con más profundidad. La obra poética de Palma formaba parte del proyecto de libro *Los poetas jóvenes de América* junto a Gutiérrez Nájera, Darío, Mirón, Peza, empeño que la vida no le permitió concluir. Sin lugar a dudas, la admiración hacia la obra de Palma se mantuvo en el universo del autor de *Nuestra América* por siempre.

⁹ *Ibidem*, p. 94.

¹⁰ *Ibidem*, p. 96.

¹¹ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 160.

¹² *Ídem*.

¹³ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 161.

¹⁴ *Ídem*.

¹⁵ J. Martí, ob. cit., t. 17, p. 191.

¹⁶ J. Martí, ob. cit., t. 8, p. 256. *Patria*, 8 de septiembre de 1894.

¹⁷ J. Martí, ob. cit., t. 18, p. 287.

Palma es un autor en quien Martí reconoce una creación en función liberadora, atributo que para él reviste de importancia cenital. Quizás por ello la última referencia a Palma en la obra de José Martí me parece muy rebeladora. Se trata de los *Diarios de campaña* de José Martí. Esos apuntes que lograba hacer en los descansos en el camino, muchas veces de noche. Era mayo de 1895, días antes de su muerte. En plena manígia, Martí recordaba un pensamiento de Palma sobre Carlos Manuel de Céspedes.

En el prólogo a la antología *Los poetas de la guerra* —donde están incluidas piezas de Palma— Martí expresa: “Hay versos que hacen llorar, y otros que mandan montar a caballo”¹⁸ al tratar de valorar esencialmente la colección de obras reunidas en el volumen. Una zona de la poesía de Palma responde a esa afirmación.

La personalidad de Palma desde la perspectiva de José Martí está sintetizada de manera extraordinaria en esta carta en la que dibuja, con prosa brillante y encendida, al hombre y al creador en un viaje a su esencia humana y poética. Una carta que bien pudiera considerarse como un poema en prosa y no debía ser de otra manera porque es el diálogo de un poeta desde la pupila de otro poeta. Es una mirada plural, abarcadora, integral al autor bayamés, pletórica de admiración estética y patriótica.

Palma es una personalidad con sentido de pertenencia a varios países. Diría que es un autor que pertenece a Centroamérica y el Caribe. Ese es el radio de acción de su quehacer. Ese es el espectro de su obra: Centroamérica, el Caribe, América.

Es de esos hombres que vivieron apegados a valores éticos de paz, justicia e igualdad social. Palma forma parte de la tradición quijotesca del continente americano de finales del siglo XIX y principios del XX, una tradición que continúa sumando nombres en el siglo XXI. ■

¹⁸ J. Martí, ob. cit., t. 5, p. 231.

Monumento a José Joaquín Palma en Bayamo





Ficcionalando a Bayamo

ÓSCAR LOYOLA VEGA

Ha sido un año de mucho calor, este de 1868. Desde los inicios se sabía que iba a serlo, de hacer caso a los viejos, para los que un invierno con poco fresco presagía un verano de altas temperaturas. Ni siquiera se siente algo de brisa, una vez concluida la siesta habitual que hace languidecer a la población en las primeras horas del mediodía. La frescura de los patios interiores no logra vencer el ardor del sol oriental, a pesar de que los esclavos domésticos riegan las flores y echan agua sobre las lajas centenarias. El bochorno se extiende de la tarde a la noche, oscura, densa, agobiante,

empeñada en no refrescar a los ciudadanos. El calor y la monotonía de la cotidianidad se imponen en la prestigiosa villa de San Salvador del Bayamo.

Los pobladores continúan sus vidas casi de idéntica manera a como lo hicieron sus padres y sus abuelos. Segundo núcleo urbano del Departamento Oriental, sus escasos 6,500 habitantes se conocen ampliamente, que no en balde coinciden en los pocos espacios públicos existentes. No es raro ver en las viejas calles a negros esclavos con grandes canastas pregonando mercaderías, puestos a “vender” por sus amos, no demasiado exi-

gentes ni en exceso crueles. Algún que otro día de la semana los campesinos de los contornos, abrumadoramente mestizos y en su gigantesca mayoría libres, se pasean por la villa trayendo sus mercancías, al compás de graciosos pregones afinados en tres culturas. El olor a sudor de los humanos, mezclado con las emanaciones de los caballos, puercos y vacunos que en gran número se observan, contrasta con los olores sutiles derivados de las flores que sirven de base principal a los productos cosméticos con que las bayamesas tratan de realzar su proverbial hermosura. La violeta, la rosa, el jazmín, el vetiver, el heliotropo, rudimentariamente procesados, destacan la frescura de jóvenes como Adriana Figueredo, o la distinción innata de damas como Luz Vázquez.

Para los hombres blancos y con algunos estudios que pueden blasonar de patricios, se hace cotidiano –un costumbre, en lenguaje de campo– recorrer las haciendas, los potreros, los sitios, las vegas, las “puntas”. En ellas, a la par que se conversa con mayorales y capataces sobre el estado de la producción, se disfruta de un refresco de frutas “del país”, principalmente de melón, guayaba o papaya, o se degusta una champola, una naranjada o una limonada. Tanto en la villa como en los campos, el tema del nuevo impuesto establecido por España surge y resurge, clara expresión de las profundas diferencias entre los “hombres de la tierra” y el lejano gobierno de Madrid. A pagarlo “con hierro”, que no con oro, comienza a escucharse en el monte. A sacárselo de encima de una vez por todas, se susurra en la intimidad de las casas de la añeja población. Ideas tales han venido extendiéndose desde el año del Señor de 1867 entre diferentes sectores urbanos, golpeados con fuerza por la “facultad de imponerle tributos y contribuciones a su antojo”, que la monarquía española se ha abrogado con Cuba.

Y las reuniones de las familias principales, en las cálidas noches, ya no son solo para hacer música, como ha sido habitual. Las niñas siguen mostrando sus dotes de pianistas y cantando bellas composiciones nacionales y europeas, mientras los jóvenes las contemplan arrobados y les voltean las hojas de las partituras, cruzando con ellas ardientes miradas que no logran escapar de la férrea vigilancia de las atentas mamás. Los caballeros, puros en mano, aparentan conversar de temas intrascendentes como es común desde siglos pa-

sados. Pero la atmósfera es densa: ni en las casas ni en las sociedades se deja de respirar un aire enrarecido, precursor de fuertes vientos. Y no pocos de los hombres asistentes a los bailes y saraos nocturnos, ante un singular apretón de manos, permanecen reunidos sosteniendo conversaciones muy serias, que alterarán la historia de la siempre “fiel” isla de Cuba. Se toman acuerdos, se debate y diseña el futuro. Los mejores hijos de la orgullosa villa de San Salvador harán que el calor aumente como jamás se ha visto desde 1513.

La prensa que llega de la capital de la colonia, para la aristocracia local no es motivo de tranquilidad en los ámbitos económico o político. Antes bien, resulta preocupante conocer que el gobierno español se sostiene en forma precaria, como consecuencia de las luchas internas desatadas por los acontecimientos del mes de septiembre, que expulsaron del trono a la decadente monarquía borbónica de Isabel II. La experiencia de los bayameses, al igual que de los otros cubanos, indica que de Madrid, gobierne quien gobierne, nada bueno puede esperarse, aunque los “septembriños” hagan tímidas declaraciones sobre futuras e insustanciales reformas que con mesura se implantarán en la lejana Isla. *¡Viva Cuba española!*, es la divisa sostenida por todos los componentes del espectro político de la Península, inclusive los republicanos, que pudorosamente disfrazan su aquiescencia con especiosos argumentos. *¡Fuera los godos!* es la expresión que sintetiza los anhelos del patriciado ciudadano. Sus miembros de mayor prominencia ya han dado pasos sustanciales para hacerla realidad.

Continúa la vida en la centenaria villa sin alteraciones sustanciales en apariencia de la cotidianidad, a no ser la sorpresa producida por una pieza vibrante, hermosísima en su sonar, compuesta por Pedro Figueredo y orquestada por el maestro Manuel Muñoz, que se escucha en la Iglesia Parroquial Mayor en el mes de junio. Por su estructura, diríase un himno de guerra que insuflase a los bayameses la convicción de que “morir por la patria es vivir”. El alto mando español no se llama a engaño: tal composición no parece tener objetivos sacros. Los campos, poco a poco, se deslindan. El profundo amor por la tierra en que se ha nacido, habitual en los lugareños desde el ya lejano siglo XVII, comienza a transformar la tranquila y sosegada vida de la antigua capital del comercio de rescate antillano.

Por más esfuerzos que se hagan para evitarlo, los rumores corren por las calles de la cálida población. A no pocos llama la atención que Pedro Figueredo, Francisco Maceo, Fernando Fornaris, Lucas del Castillo, Jorge Milanés, José Joaquín Palma, Ramón Céspedes y sobre todo, Francisco Vicente Aguilera, junto con varios más, salen al campo con demasiada frecuencia, en estancias que a veces duran días y días, y de las cuales regresan cubiertos de polvo, con las cabalgaduras agotadas, protagonistas de largos recorridos. Se les ha visto hablar con los campesinos, en rara familiaridad y voz muy queda. Y no falta quien diga que han estado en muchos poblados de la jurisdicción contactando con figuras locales de relieve, entre las que se destacan Donato Mármol y Calixto García en la zona de Jiguaní, y un abogado bayamés harto conocido, ahora radicado en su ingenio Demajaúa, a la vuelta de Manzanillo, don Carlos Manuel de Céspedes. Se afirma que las conversaciones se han extendido hasta los antiguos miembros del ejército español oriundos de Santo Domingo y radicados ha poco en los campos del sur oriental, en particular los hermanos Francisco, Félix y Luis Marcano, y un rudo campesino arrendatario con negocios de madera, de nombre Máximo Gómez.

Entre las cosas que se comentan, con cuidado, por supuesto, está el rumor de que “Perucho” Figueredo no viajó a la villa de San Cristóbal por razones personales, sino para conversar con los jefes azucareros del Occidente, y lograr que estos diesen su apoyo a un levantamiento anticolonial. Se dice que José Morales Lemus, después de consultar a sus colegas, aconsejó a Figueredo tener calma y esperar a que el general Ulises Grant asumiera la presidencia de los Estados Unidos, ya que a este se le atribuían criterios antiespañoles, lo que podía utilizarse en beneficio de Cuba sin llegar a una solución de carácter militar, tortuosa manera de decir que los esclavistas habaneros no aprobaban y no encabezarían un movimiento armado. Bajito, muy bajito, se habla con orgullo de que los bayameses, con su proverbial energía, han decidido no aceptar la sugerencia de los reformistas capitalinos. La agoría de la Patria no lo permitiría.

Se rumora también que las logias masónicas establecidas en varias localidades de diferentes jurisdicciones centro-orientales tienen entre sus propósitos una firme proyección anticolonialista sustentada en una ideología libertaria. Para nadie

es un secreto que la logia *Estrella tropical*, fundada en Bayamo a mediados de 1867, opera como un fuerte centro de patriotismo, y sus principales miembros a duras penas ocultan su desafección a España. De la misma manera sucede con *Buena Fe*, creada en Manzanillo en la primavera de 1868, y en cuya reunión inicial estuvo presente “Pancho” Aguilera, como si se tratase de un intento por unificar los trabajos realizados por los patriotas de ambas jurisdicciones. Las sesiones masónicas, llamadas “tenidas” por los iniciados, enmascaran con notable éxito la reunión posterior de los interesados en hacer la patria libre.

A tal grado llegan los comentarios que todos conocen que no pocas de entre las bayamesas están al tanto del “laboreo” independentista de los miembros masculinos de sus familias. Y no tan solo de que lo conocen, sino de que lo comparten e impulsan. Durante las reuniones en casas particulares, las mujeres desempeñan el importante rol de vigilar a los españoles que transitan por las calles; de avisar a los hombres el movimiento de las tropas ibéricas; de estar muy atentas fingiendo variadas distracciones en el salón principal, mientras los complotados se reúnen en habitación más discreta; de apoyar, en suma, el trabajo conspirativo (dícese) que se realiza en sus propios hogares. Es sabido de antaño que las hijas del Bayamo, águedas y enérgicas en su femineidad, si sienten “de la patria el grito”, no ceden ante los hombres a la hora de los mayores sacrificios. Y en el cálido otoño de ese año esperan con ansias el momento de demostrarlo.

Bien informados, una notable cantidad de vecinos asegura que las cosas han llegado a extremos tales que Pancho Aguilera, Perucho Figueredo y “Pancho” Maceo han dejado constituido, desde el año 67, un órgano conspirador que responde al nombre de Comité Revolucionario de Bayamo, integrado por figuras principalísimas de la localidad, y del cual ellos son los dirigentes. El fin último del Comité es organizar un levantamiento armado contra la metrópoli, cuando se crea conveniente. De ahí los andares de sus integrantes por campos y pueblos cercanos, en amplia labor proselitista y de propaganda. Se dice con alegría que entre los complotados hay patriotas provenientes de todas las profesiones, sean estas intelectuales o “mecánicas”, y que los hombres de campo constituyen mayoría abrumadora, sin importar el color de la

piel. Y, algo inaudito, no sin estremecimientos se rumora que algún cabecilla de renombre considera que “Cuba libre es incompatible con Cuba esclavista”, en clara alusión a la necesidad de hacer efectiva la abolición de la esclavitud.

El nuevo gobierno de Madrid desea mejorar sus relaciones con los muy ricos propietarios de la capital insular, agriadas por la monarquía borbónica desde 1837. Para esto cuenta con los excelentes vínculos familiares de sus miembros relevantes con importantes sectores de la aristocracia habanera, en particular Francisco Serrano y Domingo Dulce, amplios conocedores de la importante Antilla. Pero primero debe sustituir al capitán general Francisco Lersundi, más que monárquico, isabelino, quien blasona de que su lealtad –su intransigencia cerril– llega “hasta el mismísimo trono de Dios”, actitud que impide el acercamiento de los septembrinos madrileños a los poderosos esclavistas habaneros, cercanos aún en ciertos negocios a Isabel, y sobre todo a María Cristina. Los medianos y pequeños grupos de propietarios y hacendados radicados en las villas del interior de mayor fuerza y prestigio (Trinidad, Sancti Spíritus, Puerto Príncipe, Cuba, Bayamo) en grados diferentes no son favorables a una avenencia que juzgan innecesaria con la Península, a fines ya de la séptima década del XIX. De entre ellos, la resistencia mayor se concentra en la capital del Camagüey y en la segunda villa en anti-

güedad, San Salvador. La solución a los problemas de la tierra amada no puede venir de España, es juicio casi unánime. Para lograrlo trabaja con afán, en aquel asfixiante verano que parece no terminar, el Comité Revolucionario de Bayamo.

Contra todo lo que pudiera creerse, habida cuenta las diferencias regionales y las distintas expectativas, va siendo del dominio público que los líderes complotados de diversas jurisdicciones se han reunido en la polvorienta finca de San Miguel del Rompe, en agosto, para confrontar opiniones y aunar esfuerzos, en tenida masónica



Ruinas del antiguo Cementerio de Bayamo

convocada bajo el pomposo nombre de “Convención de Tirsán”. Bayameses, manzanilleros, tuneños, holguineros y portoprincipeños, en rústico rancho apartado de caminos y veredas, han conversado ampliamente sobre la necesidad de que los cubanos asuman las riendas de sus destinos, poniéndose al frente de un gobierno insular. Las sosegadas proyecciones –demasiada cautela, para aquellos tiempos– de los hijos del Camagüey y de los prohombres de San Salvador contrasta con la energía y la firmeza de los líderes de Manzanillo y Tunas. Sin haber logrado acuerdos de trascendencia en San Miguel, han vuelto a reunirse para continuar los trabajos patrios ahora en septiembre, en otra finca tunera llamada Muñoz. Y los complotados del Bayamo se enteran con cierta sorpresa de que los portoprincipeños exigieron una “igualdad” de representación entre ellos y los orientales, por lo que a Muñoz solo asistirían los camagüeyanos y los bayameses, cuyo Comité local se convirtió así en el Comité Revolucionario de Oriente, si bien otros rumores (que hay múltiples versiones) hablan de que el órgano se denomina Junta Revolucionaria. Inmersa parte importante de su población en los preparativos de un alzamiento anticolonial, no se entiende mucho, en la añeja villa, la preocupación “civilista” de los hermanos del Centro. Aunque hay abundante confusión en lo que se dice de los acuerdos tomados en Muñoz, tampoco se entiende demasiado la idea de una posposición del alzamiento hasta que culmine la zafra, avanzado el año entrante. ¿Quién guarda un secreto en Cuba durante meses y meses?

Pasan los días y el calor no aminora, en los inicios de un octubre de densidad notable. Con la frente perlada de sudor, los gentiles bayameses comentan un rumor nuevo, fortísimo, increíble: cerca de la villa de Holguín, en El Mijial, Luis Figueredo, connotado antiespañol partícipe de la conspiración anticolonial, se encuentra ya alzado en armas, a raíz del ahorcamiento de un cobrador de impuestos que pretendía se pagara la onerosa contribución. Las noticias dicen que junto a él se hallan cien hombres bien equipados “dispuestos a todo”. Y sin haber desaparecido aún tamaño rumor, otro run run se expande a velocidad inaudita: en el pequeño bosque de La Esperanza, por la zona de Manzanillo, Juan Fernández Ruz y Ángel Maestre, que rato ha no disimulan su impaciencia,

han reunido un grupo de hombres notables de la región para intentar, ¡Qué locura! un ataque a la villa del Guacanayabo, que desate la lucha anticolonial en varias jurisdicciones. Por si fuera poco, ya hace varios días que ha llegado la confirmación, a través de personas informadas que provienen de Santiago (de Cuba, al decir popular) a pesar de que no ha sido muy divulgada por la prensa, de que en la isla de Puerto Rico se ha producido un levantamiento armado contra España en la región de Lares, a mayor precisión, el día 23 del mes anterior. Demasiadas noticias, en verdad, para una tranquila villa.

No extraña entonces ver a Perucho ir y venir de su ingenio Las Mangas, ni saber que Pancho Aguilera concentra decenas de hombres, libres y esclavos, en su enorme hacienda Cabaniguán; tampoco asombra demasiado escuchar que la impaciencia de los complotados de Manzanillo ha obligado al máximo jefe del Comité a trasladarse a su potrero Santa Gertrudis, en el que se dice ha sostenido una larga entrevista con Carlos Manuel de Céspedes, para tratar de que los seguidores de este aminoren sus arrestos. Se cuenta que Aguilera realizó un encuentro con los conspiradores manzanilleros en el Ranchón de los Caletones, propiedad de un notable independentista, “Titá” Calvar, y que les prometió convencer a los otros grupos constituidos para adelantar el alzamiento y centrarlo a fines del mes de diciembre. Y los más informados propalan la noticia –no comprobada– de que apenas unas horas atrás, el 6 de octubre, hubo una nueva reunión de los independentistas de Manzanillo, efectuada en el ingenio El Rosario de Jaime Santisteban, sin la presencia de don Pancho, y en la cual se aprobó adelantar el estallido armado, esta vez para mediados del propio octubre, y que –¡sorpresa mayor!– el abogado Céspedes había sido designado jefe supremo del futuro pronunciamiento, lo que fue comunicado a Aguilera, quien se refugió en su hacienda dispuesto a ayudar “en lo que fuere menester”. Ha llegado a decirse que un grupo de patriotas está concentrado en La Caridad de Macaca, finca de Pedro de Céspedes, hermano menor de Carlos Manuel, esperando órdenes. Y con tantos rumores, y con tantos decires, y con tantas noticias, y con tanto calor, hasta las piedras que adoquinan las calles de la cubanísima villa se preguntan: ¿Qué sucederá mañana, Santísimo Señor, el diez de octubre del año 1868? ■

Acontecimientos



Honda quiere rendir merecido tributo a quien fuera y será siempre un amigo entrañable de Cuba. Aunque no nació en esta Isla, es también nuestro, el Comandante Hugo Rafael Chávez Frías. Martiano de corazón, batallador incansable

a favor del socialismo, destacó por su condición de precursor de la integración latinoamericana y caribeña. Los siguientes trabajos ilustran la importancia de la continuidad de su pensamiento en nuestro Continente y el mundo.



Con Bolívar, Martí, Fidel y Chávez por la integración latinoamericana y caribeña

ARMANDO HART DÁVALOS

La muerte del Comandante Presidente Hugo Chávez Frías nos ha dejado un legado inmortal y su figura se agiganta y lo proyecta para la historia como fiel discípulo y continuador de Bolívar, como uno de los grandes próceres de nuestras luchas emancipatorias a lo largo de dos siglos.

Fundador del ALBA y de la CELAC, fue un batallador incansable a favor del socialismo, como garantía de la perdurabilidad de las conquistas económicas, políticas y sociales impulsadas por la Revolución Bolivariana, orientadas siempre a favor de los humildes, de la dignidad de los pueblos originarios, del desarrollo de la cultura y del arte.

Los cubanos lo sentimos siempre como un amigo verdadero y solidario, cimentada en una entrañable amistad con Fidel y con Raúl.

Llevaba a Martí y su pensamiento en lo más profundo de su corazón y en numerosas ocasiones se refirió a sus ideas sobre la necesaria unión de los pueblos de Nuestra América. No fue casual que la UNESCO decidiera otorgarle el Premio Internacional José Martí.

Estamos obligados a tomar su pensamiento, junto al ideario de Bolívar, de Martí y de Fidel para desarrollar acciones en el plano político, con fundamentos filosóficos y educativos, para hacer conciencia

y movilizar a los más amplios sectores en Cuba, América Latina y el Caribe y en todo el mundo para fortalecer la integración de nuestros pueblos y abrir cauce a la lucha por la paz y evitar así la extinción de la Humanidad y de toda la vida en nuestro planeta.

Estamos conscientes de que todos los imperios, en el momento de fenecer o en el proceso final de su existencia emprenden acciones desesperadas para tratar de detener lo inevitable.

Por primera vez en la dilatada historia del hombre existe el peligro real de que nuestra especie no pueda sobrevivir a causa de una catástrofe ecológica de enormes proporciones o de guerras devastadoras que rompan el equilibrio, cada vez más precario, que hace posible la vida sobre el planeta Tierra.

No hay nadie excluido de este gran problema, tenemos, pues, que hacer un esfuerzo por cooperar desde diferentes ideologías o credos para salvar a la familia humana, incluyendo a todas las demás especies que nos acompañan en nuestro planeta.

En la actualidad, estamos obligados a desarrollar nuestras acciones en un mundo afectado por la profunda crisis del sistema capitalista y de los fundamentos de la moderna civilización que dijo defender.

Esa crisis tiene un carácter civilizacional que abarca, no solo la economía, sino todas las esferas de la sociedad. Uno de sus aspectos más dramáticos lo es sin duda la crisis económica que hoy afecta a buena parte de las principales economías capitalistas del mundo. Lo que comenzó en el plano financiero ha hecho metástasis en la economía real con su alto costo para los que menos tienen. Las guerras de agresión contra Irak, Afganistán y Libia, los focos de tensión en Siria, Irán, el Medio Oriente y la península coreana, forman parte de una maquinaria de guerra en marcha que constituye una grave amenaza para la supervivencia de nuestra especie.

Son signos evidentes de los conflictos que viene generando un sistema irracional que está provocando el calentamiento global, el deshielo de los polos, la desertificación, el agotamiento del petróleo y del agua, haciendo depender la supervivencia del capitalismo de la destrucción del planeta.

La lucha por la paz y los esfuerzos por sumar a ella al mayor número de hombres y mujeres de todo el planeta se han convertido en una tarea de primer orden.

Es un reto que concierne a todo ser humano, cualquiera sea su edad, raza, sexo, ideología o creen-

cia religiosa a que hagan uso de su "facultad de asociarse", como dijo José Martí, para que nos unamos y pasemos a la acción a fin de salvar a la humanidad de esa catástrofe irreversible y abramos el camino a soluciones sensatas que propicien un mundo mejor en el que el bienestar, la justicia social y la equidad tengan un verdadero alcance universal.

Solo con una visión integradora, de dimensión mundial, podrán enfrentarse con éxito los dramáticos retos que en la actualidad tiene ante sí el mundo en su conjunto.

Hoy más que nunca está presente aquel pensamiento martiano expuesto en el visionario ensayo Nuestra América: "Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras repúblicas".

Es la idea en la que han insistido Fidel, Correa y Chávez, entre otros, la idea de la autoctonía de las soluciones que necesitan nuestros pueblos y que constituye el fundamento del socialismo del siglo XXI. América Latina y el Caribe cuentan con una tradición patriótica e intelectual que se expresa en sus próceres y pensadores y que con su acento utópico –entendido no como algo irreal sino como posible hacia el futuro– y su vocación hacia la integración puede aportar las claves filosóficas que necesita el siglo XXI. Es decir, la continuidad en nuestra centuria del pensamiento bolivariano y martiano.

Para ello, desterremos definitivamente los ismos que debilitan la actividad creadora del hombre y consideremos a los sabios, llámese Aristóteles, Newton, Marx, Einstein, o Che Guevara, no como dioses que todo lo resolvieron adecuadamente sino como gigantes, que descubrieron verdades esenciales que son puntos de partida para descubrir otras verdades que ellos, en su tiempo, no podían encontrar. Tomemos, con espíritu ecuménico, lo mejor de todos los pensadores que han exaltado el humanismo y la utopía universal del hombre y levantemos, frente al materialismo vulgar y ramplón, los valores éticos que necesita la humanidad hoy.

El Comandante Presidente Hugo Chávez continúa vivo y actuante entre nosotros y estamos obligados a mantener en alto y defender, con mayor fuerza que antes, las banderas que él defendió con tanta pasión e inteligencia y estudiar su pensamiento junto al de Bolívar, Martí y Fidel para enfrentar con éxito los colosales desafíos que tenemos por delante. ■

Esbozo sobre Chávez y una ciencia política de enfoque sur

THALÍA FUNG RIVERÓN



Los pueblos liberados por Simón Bolívar tenían de común la dominación colonial de España¹ y como colonizados los grupos sociales tendían a unirse en la magna tarea; pero asimismo a transitar de un bando a otro, ante intrigas políticas o por diversas causas, ya que no tenían la cohesión propia de las clases constituidas. La tarea de

los libertadores era en extremo compleja porque la población de los pueblos americanos era muy diferente. Por su procedencia incluía peninsulares e incluso de otros estados, criollos, pueblos originarios, los esclavos traídos de África, con sus diferencias económicas, sociales, raciales, étnicas, y, en consecuencia, políticas, lo cual hacía difícil aglutinarlos, no obstante, se logró realizar las luchas emancipadoras, porque aquellas, quedaban opacadas para la gran mayoría, por la necesidad imperiosa de la consecución de la libertad política y económica para los americanos del sur. El conseguir su unión en las guerras emancipadoras fue un trabajo político

¹ Contra la agresión europea, de forma inmediata, se alzaron los pueblos los que fueron vencidos por la superioridad técnica de los colonizadores. En Cuba, se produjeron las acciones de Hatuey, procedente de la nominada Española y los aborígenes cubanos. Tanto uno como los otros prefirieron la muerte a la sumisión.

arduo, en el que solo los más destacados, principalmente los líderes de las campañas militares, pudieron conseguir la primacía y la estabilidad en el mando. No es de extrañar que las luchas emancipadoras tuvieran como ente aglutinador la idea de libertad portada por un caudillo que rememoraba, en cierto grado, las comunidades primeras. No eran sociedades asentadas durante siglos, sino formadas por inmigrantes diversos, en los cuales los pueblos originarios habían sido avasallados, despojados de sus derechos por los colonizadores, y era difícil que sintieran la lucha contra una metrópoli que se encontraba allende los mares, cuando los gobernantes locales eran su verdadero enemigo cercano. No obstante, los libertadores lucharon con denuedo y decisión y, a pesar de la fortaleza de las tropas europeas, obtuvieron victorias en batallas notables para la historia de la América y del mundo, de la cual Ayacucho es el paradigma, donde se selló la independencia de América del Sur.

Pero el sentimiento del colonizado en los distintos grupos sociales formó un cemento ideológico en la cultura de los pueblos de la América que Martí calificaría como “Nuestra”. En ese concepto se unen el pensamiento de los próceres de la independencia de América del Sur y de José Martí, término que también había sido develado y asumido por Lenin que lo incorporó con justo derecho a la teoría marxista y lo puso en práctica y extendió en el llamado a unirse de los pueblos oprimidos del mundo.

José Martí captó la esencia de la nación cubana que se formaba en el proceso de la guerra, su pluralidad en sujetos por sus identidades de procedencia: principalmente, peninsulares, cubanos, criollos, esclavos, coolíes chinos, incluso haitianos y jamaicanos; por su procedencia clasista y su ubicación laboral, la sociedad cubana se estructuraba en terratenientes, burgueses, principalmente entre estadounidenses y españoles se concentraban las grandes propiedades; obreros urbanos y del campo; campesinos medios, pequeña burguesía, funcionarios, empleados, campesinos pobres, desposeídos en general. Para producir la unidad imprescindible a la guerra necesaria que tendría como objetivo la emancipación de Cuba de la metrópoli, Martí evalúa como el obstáculo que habría que resolver en primer lugar, sin dilación, y que debía concentrar todas las fuerzas. Ello implicaba que había que dejar las otras cuestiones conflictuales para cuando se liberara la nación o lo que Lenin llamaría la contradicción principal o rectora del sis-

tema, aquella que lo rige, que requería de una cultura política de la eliminación de todas las formas de colonización, elemento que posee su vigencia hasta hoy, lo que valoriza el aporte de Martí y de Bolívar en el necesario camino de la lucha por una independencia plena.

Ante la no existencia de una clase obrera numéricamente fuerte en la mayoría de los países latinoamericanos, se hacía más necesario un organismo que fuera capaz de aglutinar, integrar, unir a las fuerzas y sentar la estrategia del cambio y las tácticas que le son inherentes.

En efecto, las masas oprimidas requieren de una estructura capaz de favorecer la cultura política sobre los problemas del Estado, de la gobernabilidad, de la soberanía, de la constitucionalidad, de la legalidad y la legitimidad, donde se imbrican la política y la juridicidad, y, de modo principal, la necesidad estratégica y táctica de elaborar las políticas conducentes a la liberación de la Patria. Martí concibe dicha estructura como un Partido que represente los ideales y diseñe los complejos modos de comportamiento necesarios a la emancipación y, en especial, a la conducción de la guerra necesaria. La conjugación necesaria de las tácticas que deben utilizar los diversos grupos sociales en función de la emancipación, muestra el papel cada vez más creciente de la organización política en la lucha de los pueblos oprimidos. Y la unicidad del Partido se concibe por: a) la pluralidad de grupos en que se estructura la sociedad cubana colonizada que requiere de un instrumento que aúne las fuerzas en función de la organicidad de la lucha, b) el hecho de que solo una institución de tal naturaleza, podría asumir la dirección del proceso revolucionario y proporcionar un elemento más de unidad con lo que se favorecería la legitimidad del proceso de lucha.

Esta concepción martiana es válida para los pueblos oprimidos, colonizados, no solo para los latinoamericanos, por cuanto sería contradictorio aumentar la complejidad, diversidad y hasta antagonismo existente en sus estructuras sociales y étnicas con pluralidad de organizaciones políticas que lejos de favorecer la unidad, propicien la posible conflictualidad lo que conduciría a la debilidad en la consecución de sus objetivos verdaderamente emancipadores políticos y sociales.

La concepción del Partido que uniría todas las fuerzas revolucionaria es un aporte teórico y práctico de Martí, ya que dada la situación de Cuba,

necesitada de un mando unido para la guerra emancipadora, pues los cambios sociales internos y externos en una sociedad no simplificada como las existentes en Europa, demandaba que plurales partidismos no desviarán a los sujetos revolucionarios de sus objetivos primarios, porque la emancipación no se constreñía a romper el vínculo estatal dependiente con la metrópoli, sino asimismo favorecer la independencia en sus aspectos políticos, económicos y sociales.

Al crear la mayoría de los sistemas políticos del capitalismo latinoamericano, siguiendo el pragmatismo del imperialismo estadounidense, se forma una cultura política en las fuerzas armadas, que intenta erradicar el sentido patriótico en los hombres que las integran, lo que fue característico en los países excolonizados y neocolonizados, a los efectos de que se formaran sus miembros en una pretensa neutralidad que respondiera a las necesidades de estabilidad, gobernabilidad, legalidad, así como a la reproducción ampliada del estado y del gobierno en cuestión del sistema político capitalista dependiente, lo que se extendió progresivamente en la América Latina y el Caribe. En función de ello, el gobierno de Estados Unidos convenía con los gobiernos de los países centroamericanos, caribeños y, posteriormente, con los suramericanos la entrega de armas y entrenamiento para sus tropas, en especial, para sus cuadros de mando, de lo cual la famosa Escuela de las Américas es el ejemplo más notable. Se les enseña la represión en las formas más diversas, desde las absolutamente cruentas, pasando por la amenaza y el chantaje, hasta algunas más sutiles como la proscripción por motivos ideológicos, la exclusión por causas diversas, todo lo cual realizan conforme a las circunstancias y a los sujetos, y en lo que Estados Unidos invirtió recursos importantes, en particular, en el establecimiento de bases militares.

En Cuba, el Movimiento 26 de Julio había derrotado la creencia popular devenida en elemento de la cultura política “Se puede hacer una revolución con el ejército o sin el ejército; pero nunca contra el ejército”. En el caso de Chávez, tendría, contrario *sensu*, que derrotar la aprensión del pueblo, sobre la base de experiencias que recorrían toda América Latina, de ser un oficial de las fuerzas armadas y, en consecuencia, también sustento del sistema político existente en Venezuela, su elemento represivo por excelencia. Aunque en Cuba, oficiales honora-

bles y llenos de amor patrio también se irguieron contra la tiranía batistiana y en defensa de la Constitución de 1940 mancillada y violada –de lo cual el levantamiento insurreccional de la Marina en la ciudad de Cienfuegos es un ejemplo imperecedero– el líder indiscutible para todos y, en especial, para el pueblo cubano, era el joven dirigente de un movimiento de la sociedad civil, Fidel Castro. Luego, tocaba a Chávez una tarea también compleja, desbaratar la cultura política arraigada de que del elemento de poder constituido por las fuerzas armadas, no podían surgir los líderes de una insurrección contra el *status quo* neocolonial y neoliberal de sujeción extrema al Departamento de Estado de Estados Unidos y encabezar y realizar la revolución verdadera que no solo cambiara el techo de América Latina, sino que restaurara el sueño de Bolívar y San Martín, se extendiera por toda la América del Sur y por unas Antillas que tuvo el precedente de revolución social antiesclavista en Haití y la revolución nacional-liberadora y socialista de Cuba.

Pero si Cuba había sido objeto de los apetitos de los gobiernos estadounidenses desde antes de su instauración como estado por su doctrina geopolítica de que aquella constituía límite natural de Estados Unidos, poseedora de grandes bahías de las que carecía “su” sur, cruce entre dicho país y América Latina, y otros argumentos del mismo tenor; Venezuela era su reserva natural de petróleo y agua, por lo que había que lograr con la instrumentación de los gobiernos de turno, la despolitización patriótica de su población y, en especial, del elemento de gobernabilidad de mayor poder constituido por sus fuerzas armadas. En ese proceso de desnacionalización y de pérdida del concepto de Patria, un momento importante, era el olvido no solo de los sueños bolivarianos, sino de Bolívar mismo, del padre de la Gran Patria Americana del Sur del Río Bravo. Martí y Bolívar devenían contendientes vivos, a pesar de que la cultura política formada y acentuada progresivamente por la dominación también ideológica durante el siglo xx del estado que Martí califica de “el Norte revuelto y brutal que nos desprecia”, era reducirlos a estatuas y a fechas conmemorativas.

La semilla de Bolívar iba a tener un suelo fértil en aquel niño pobre, increíblemente sensible, familiar, inteligente, alegre, presto a la sonrisa y a la risa, cantor, que carecía de zapatos para ir a la escuela, arañero, descendiente de etnias plurales, plural él

mismo, blanco, negro, indio, mestizo, en fin, latinoamericano, humano sentimental, católico verdadero, amoroso con el pueblo, soldado, patriota que aúna el pensamiento político estratégico del objetivo socialista y la reflexión de las tácticas necesarias a iniciar una revolución y luchar por el cambio de un sistema político acendradamente burgués y derechista, a partir del empleo también de los propios instrumentos políticos y legales en que se sustentaba.

Por América Latina, en particular, después de la II Guerra Mundial, un objetivo a desarrollar en la cultura política exportada por los Estados Unidos es la sumisión al imperialismo –no sin rechazos, en primer lugar, por los partidos comunistas, los movimientos progresistas, extendidos progresivamente a los movimientos sociales y a las masas en la antiglobalización capitalista–, lo que ha tenido su manifestación más cotidiana en la proclamada excelencia del “americanway of life” y en el distanciamiento entre las masas populares de sus naciones y las fuerzas armadas de sus estados. Chávez enfrenta dos prospectivas: a) Siguiendo los intentos de otros revolucionarios como Velasco Alvarado, como Caamaño, como Torrijos, no considerar a las fuerzas armadas como un todo conservador del *status quo* del sistema político imperante, sino utilizar los elementos más auténticos y progresistas de dicho instrumento del Estado para producir un cambio patriótico, de sentido bolivariano, para intentar rescatar la nación venezolana, lo que lo llevó, *ab initio*, a utilizar la vía armada, b) la necesidad de socializar, de nuevo, las ideas de Bolívar, de la Gran Colombia, de la Patria Grande, para lo que necesita el concurso del pueblo venezolano y extender la socialización de dichas ideas por la América de Martí. Ambas no eran no solo incompatibles, sino imprescindibles la una para la otra, y requerían de instrumentos políticos eficaces y con nuevos sentidos porque eran situaciones no estrenadas ni en Venezuela, ni en América Latina.

Tenía a su favor la herencia de los próceres latinoamericanos, en especial, de Bolívar, del más ético y humanitario de los generales, Antonio José de Sucre, de nuestro José Martí, todos los cuales se sintieron unidos, por sus orígenes continentales, por su colonización por las potencias europeas, por sus lenguas latinas, por sus culturas del Sur, por los ideales de la Revolución francesa peculiarizados en su asentamiento en América, por su expoliación por la República imperial del Norte, y por sus ideas más

identificadas con la naturaleza no humana, ante un entorno más vivo, de flora y fauna propias, con espacios aún vírgenes; pero en general, alimentados por las ideas anticolonizadoras, liberadoras, antimperialistas a favor de los más vulnerables, de los obreros, de los campesinos pobres y medios, de la pequeña burguesía, incluso de la parte más nacional de las burguesías, y el sentir comunitario del hombre y su Pacha Mama de aquellos pueblos originarios, algunos de los cuales han sobrevivido hasta hoy. Pero fundamentalmente, Chávez se duele no solo de los sufrimientos de la población de la América Latina y el Caribe, sino a nivel planetario de ese sujeto global conceptualizado por Fidel Castro, “los pobres”.

La prospectiva de Hugo Chávez pronto trascendió la Gran Patria Americana. África no le era ajena, era especialmente próxima, tampoco los países asiáticos, los países árabes, las nuevas potencias emergentes, en fin, junto al sujeto global constituido por los pobres, en defensa de las ideas de la justicia para los que han vivido y viven sin justicia, los de abajo, su objetivo político devino global, del Sur político. Su objetivo épico era crear un mundo mejor; pero no descuidó su propio pueblo desposeído, habitante de un país inmensamente rico, de lo cual se beneficiaban solo los círculos de poder, y que era robado, masacrado por dictaduras, algunas como la de Pérez Jiménez, abiertas, otras enmascaradas como las existentes bajo la democracia representativa, y en función de dicha estrategia nacional y latinoamericana, creó un organismo² que se comunicara con todo el pueblo, concretándose en el Movimiento de la 5ta. República, y que le permitió educar a los no ciudadanos, a los no registrados, a integrantes de los pueblos originarios, y para ello, comenzó con la gran campaña de socialización y elevación que significa aprender a leer y escribir y con atisbos de una nueva sociedad, por el cuidado masivo por el gobierno de la salud del pueblo.

Eigió un camino propio y adecuado a la situación de Venezuela, un movimiento social, plural, que se planteaba como objetivos el rescate para todos los venezolanos de los inmensos recursos

² El cientista político Juan Miguel Díaz Ferrer destaca el carácter electoral de la revolución bolivariana y es cierto que, después de haber fracasado su intento por la vía armada, eligió esa vía, como la única posible en la Venezuela de los 90 del siglo xx, a pesar del fracaso en la permanencia en el gobierno del presidente Allende, precisamente por la traición de las fuerzas armadas chilenas.

explotados o no de un país que no solo es rico en el presente, sino que puede devenir especialmente poderoso prospectivamente, ya que muchas de sus posibilidades y potencialidades habían quedado como “reserva” para el futuro de la globalización neoliberal. Ese camino propio transitaba por el papel patriótico de las fuerzas armadas bolivarianas y por la educación en la cultura política progresista de las masas populares que recibían día a día, nuevos grupos, individuos, que incorporaba a las mujeres de todos los sectores, también a los indios a las luchas cívicas y revolucionarias, por el incremento de la autoestima de sí mismos y de la nación, por la ubicación de Venezuela en el papel que le correspondía en el concierto de naciones latinoamericanas y en su papel mundial, al salir del aislamiento a que la habían condenado los círculos de poder de Estados Unidos que, en la práctica, representaban su política exterior.

Chávez puso a Venezuela en su prospectivo papel mundial, escuchada en Naciones Unidas, reconocida e incluso reverenciada, en otros mundos políticos: asiáticos, árabes, africanos. No era ya el país que mundialmente se reconocía por haber alcanzado varias veces la notoriedad de “Miss Universo”; Chávez hizo de la revolución bolivariana un proyecto feminista.

El crecimiento de las ideas y de la instrumentación de Chávez no concluyó con el Movimiento 5ta. República. Pronto se convenció que una mayor organicidad y difusión de la ideología bolivariana, tenía que seguir la idea fructífera del hombre más universal de Cuba, José Martí, y así se decide a fundar el Partido Socialista Unido de Venezuela, donde estuviera presente la necesaria unidad que permitiera aglutinar y organizar por los fines políticos principales a la mayoría de las masas populares y que se estructura de forma tal que pudiera recorrer la sociedad en ambos sentidos, de arriba hacia abajo y viceversa, así como pudiera educar a las masas en los problemas del poder, no solo en el proceso electoral, sino también en la toma de decisiones, lo que tendría expresión en las filas militares; pero orgánicamente también en los anteriormente excluidos.

No descartó tampoco la idea de integrar todas las fuerzas revolucionarias en un partido único,

como hizo Martí;³ aunque dicha política no fructificó, la unidad en el comportamiento electoral y de toma de decisiones en el proceso de rescate de la independencia de Venezuela y la transición propia al socialismo se sostuvo por todas las fuerzas progresistas.

Ahora bien, la idea de la Gran Colombia no permaneció fuera de la estrategia de ese héroe militar de mil batallas civiles, fue la cultura política que intentó diseminar en los pueblos latinoamericanos y caribeños; pero conocedor de las etapas por las que había que transcurrir el macroproceso, integró, apoyó, aplaudió todos los movimientos y procesos integrativos progresistas de la América Latina, además de establecer relaciones bilaterales positivas con países a nivel planetario, UNASUR, MERCOSUR, ALBA, CELAC, llevan la impronta y el patrocinio de Chávez, en sus marcos renacía América Latina y el Caribe; pero siempre atento a los más desfavorecidos, Haití estuvo en su preferencia primera. Cuba lo sintió y lo siente como propio, lloró su partida como a un hijo y a un revolucionario muy querido; pero desde el principio, a partir de la intuición política de Fidel Castro, conoció de su grandeza que hoy lo sitúan al lado de aquel a quien Martí rindió especial tributo, a la izquierda de Simón Bolívar y entre los grandes héroes de América Latina, el Caribe y los pobres del mundo.

Chávez aporta a una ciencia política nueva, la especificidad de una visión latinoamericana de la estrategia y tácticas políticas en la creación de un mundo nuevo, sin sumisiones a los dictados de una potencia extranjera; pero comparte con el enfoque universal del Sur político, el punto de partida condicionante del denominador común de los pobres, de los sujetos de abajo, los desposeídos, los sometidos, los colonizados física y espiritualmente, que reclaman la inversión de la dominación y que se proyectan hacia la creación de una sociedad socialista, como la más ética, la más solidaria, la que se reconoce en la naturaleza no humana, y por todo ello, la única verdaderamente humanizada. ■

³ Se piensa erróneamente que Lenin propuso la necesidad del partido único, porque el Partido bolchevique devino en único Partido, lo que fue un resultado histórico del abandono de los socialrevolucionarios de derecha de la unidad revolucionaria. Por supuesto, los antagonistas de clase, como los kadetes no podían formar parte de un subsistema revolucionario del que solo querían la proscripción.



El vacío que nos deja Chávez

ISABEL MONAL RODRÍGUEZ

Cuando la noticia llegó nos anonadó a todos. A la primera reacción de dolor siguió la necesaria reflexión. Su pérdida es enorme para las luchas emancipatorias y por la justicia social, tanto respecto el proceso venezolano como también en su dimensión continental y planetaria.

Todos, y en primer lugar su propio pueblo y sus compañeros del bregar cotidiano, comprendemos que la lucha continuará y que no habrá espacio para el desaliento. Pero la reflexión madura no puede dejar de aprehender en toda su dimensión que su desaparición resulta, en realidad, un golpe devastador. Su ausencia se hará sentir, de manera singular, en el bregar por la continuidad y profundización de los cambios emprendidos en nuestra región y en los

empeños por establecer un nuevo equilibrio del mundo; un objetivo este que, en su visión, debe conducir a la quiebra de la actual unipolaridad imperialista. Continuar las luchas y los esfuerzos implica, en primer lugar, tomar también plena conciencia que no tenerlo a nuestro lado hará las tareas aún más difíciles y complicadas, y que echaremos de menos su aguda visión y guía.

Era un líder extraordinario para las batallas por la segunda independencia de nuestro Continente; esa por la que Martí clamó una vez con gran pertinencia y anticipación de futuro. Ahora ya no se podrá contar con su valentía y su liderazgo, ni con su capacidad para influir y convencer a otros o simplemente para transmitir el consejo oportuno.

Ni contaremos tampoco con su habilidad para encontrar o crear los escenarios y las condiciones de acuerdos y entendimientos. Fue una figura de batallar y agrupar, a la vez; ese esquivo don de desdoblamiento contradictorios. Los sueños de nuestro Continente demandan de manera particular, –debido a las muy peculiares y específicas condiciones en que hoy se desenvuelve– de esas raras virtudes suyas, precisamente porque gran parte de lo que se avanza y logre, depende de habilidades como las suyas para unir voluntades, concitar acuerdos complicados, llevar al entendimiento y la acción conjunta a fuerzas sociales, gobernantes y líderes de ideologías diversas. A veces, inclusive, estos actores sociales representan una amplia variedad de tendencias, pero sin cuya acción conjunta y entendimiento, la integración regional –más allá de la dimensión económica–, y el sueño de la unidad misma de nuestros pueblos sería imposible de alcanzar.

La acción creativa y abierta de Chávez ha sido decisiva en los logros obtenidos hasta ahora, en parte afianzando las formas de integración existentes, pero sobre todo en el establecimiento de otras nuevas y más profundas como el ALBA o la CELAC. Esta última ha representado un punto de llegada, un objetivo alcanzado, pero que solo se encuentra en sus inicios; y por ello es, así mis-

mo, un punto de partida. Notaremos igualmente su ausencia, en los enormes e ingentes esfuerzos y maneras necesarias para mantenerla y hacerla progresar.

Las fuerzas de los cambios progresistas o de izquierda en nuestro Continente han ido copando posiciones en los últimos lustros. Pero sabemos bien que en esta “época de cambio” –como la llama Correa– los propios procesos en curso son variados y de ritmo diverso. Perduran, así mismo, fuerzas y gobiernos de derecha, las cuales pueden inclusive regresar a gobiernos hoy ocupados por las corrientes populares, y así modificar el actual mosaico favorable de tendencias y poderes.

Y queda todavía ante nosotros, con gran presencia opresora y destructora, el imperialismo: el gran enemigo a enfrentar permanentemente en el camino que queda por recorrer. Y nuevamente sentiremos con nostalgia la ausencia de su valentía, de su sentido del momento oportuno y del avizorar los movimientos pertinentes.

La América Latina avanza hoy en una larga carrera cotidiana; no se trata de una carrera de velocidad sino de resistencia, apropiada al momento y las condiciones actuales.

Alcanzar el éxito sin su acompañamiento es, sin duda, uno de nuestros más grandes retos. ■





Apuntes históricos de las colecciones de Arte Cubano del Museo Nacional de Bellas Artes

CORINA MATAMOROS TUMA

A la memoria de Rodríguez Morey

Un cubano ilustre, el reputado arquitecto Emilio Heredia Mora (1872-1917), descendiente del gran poeta José María Heredia, hizo un llamado público el 1ro. de noviembre de 1910 en el diario *La Discusión* para recabar apoyo oficial de instituciones públicas, privadas, y la colaboración general, con el fin de realizar el antiguo sueño de un museo. En el lapso de dos años, numerosas instituciones civiles y religiosas, así como artistas y coleccionistas, donaron, prestaron o depositaron en el futuro museo lo que sería el núcleo inicial de sus colecciones.

Todo tipo de objeto fue brindado y aceptado, sin que en sus inicios se proyectaran líneas de colección ni se vislumbrara perfil museal alguno. La mayoría de los donativos eran de carácter histórico –tenían que ver con los cubanos sobresalientes y mártires de la independencia– pero también con la arqueología, la etnografía, las artes, los archivos, la historia natural y el mobiliario. Entre las donaciones importantes de ese periodo cabe mencionar la efectuada en 1912 por la Academia de Pintura de San Alejandro, que cediera parte de su Galería Didáctica. Esta había sido creada a mediados del siglo XIX a partir de un lote de óleos comprados en 1841, en París, por Pedro de Alcántara Téllez Girón y Pimentel, Príncipe de Anglona, quien fuera Capitán General de la Isla de Cuba entre 1840 y 1851. Con esta primera donación de San Alejandro y otra similar de 1927, se conformó uno de los núcleos más antiguos de pintura europea

del Museo. Otro tipo de donación frecuente fue la de conventos e iglesias, quienes ingresaron obras de carácter religioso. También artistas contemporáneos donaron piezas de su producción, tales como Leopoldo Romañach, Antonio Rodríguez Morey, Aurelio Melero, y otros. Asimismo se conoce que la Audiencia de La Habana transfirió, entre 1912 y 1915, objetos de cultos afrocubanos entre los que se encontraban vasijas, collares de orishas, tambores sagrados, un traje de íreme, etc.¹

De manera que cuando se anuncia el Decreto no. 183 del 23 de febrero de 1913, ya la sociedad había contribuido con el empeño recolector, y el Museo se inaugura oficialmente el 28 de abril de ese mismo año gracias a esas prestaciones públicas y a la voluntad del Arq. Heredia. Su primera sede estuvo ubicada en parte del edificio conocido como Antiguo Frontón, en la calle Concordia, esquina a Lucena, en el centro de la ciudad. Pero no duró mucho, pues en 1915 el Ayuntamiento de La Habana reclamó el emplazamiento y la joven institución no pudo sino trasladarse al nuevo lugar que se le asignó en 1917. Se trataba de la Quinta de Toca, situada en la Avenida de Carlos III, que representó, a pesar de todo, un local más adecuado. No obstante, la nueva sede necesitó modificaciones que fueron costosas y que mantuvieron cerrada la institución hasta finales de año. Durante el siguiente se produce un nuevo cierre y no es puesto a servicio público hasta el 20 de mayo de 1919. En 1917 fallece el arquitecto fundador,

¹ Olga López Núñez, *Estudio sobre las colecciones del Museo Nacional 1912-1959*. (Informe de trabajo), mar., 2000 (inédito).

Heredia, y en 1918 es nombrado como Director Antonio Rodríguez Morey.

Morey había nacido en Cádiz en 1872 y había estudiado en la Escuela de Pintura y Escultura San Alejandro, en La Habana. Dedicó casi cincuenta años de su vida al Museo Nacional. Aún hoy, pasados los años, hay pocas zonas del trabajo especializado de la institución que no recuerden sus desvelos, que no tengan sus huellas directas o que no nos auxilien todavía. El primer sistema integral de inventario, el *Diccionario Biográfico de Autores Cubanos*, su impecable documentación y sus archivos, son parte esencial de la historia del Museo. Hasta su muerte, ocurrida en 1967, Rodríguez Morey fue el director tesonero y emprendedor que libró innumerables batallas por el mejoramiento de una institución que aún le debe honores.

En 1923 el Museo vuelve a enfrentarse a una circunstancia nefasta: el Estado vende la Quinta de Toca a la orden religiosa Hermanos Lasalle y el Museo sufre una nueva amenaza de desalojo. Esta vez, sin embargo, la audacia de Morey aplazó el ultimátum por varios meses. Ante la alerta de que las colecciones serían confinadas al campamento militar de Columbia, el Director reparte al personal del Museo y a dos estudiantes, entre los que se encontraba Julio Antonio Mella –nuestro gran líder revolucionario– los fusiles de la Primera Guerra Mundial que tenía entre sus exponentes, protagonizando con ello un acto de valentía único en defensa del patrimonio.

A la inhóspita e inadecuada casa familiar donde habían tenido su escuela los Hermanos Lasalle, en la calle Aguiar 108½ en la Habana Vieja, fueron a colocarse finalmente las variadas e irregulares colecciones del Museo, en un insólito y deslucido hospedaje de treinta años. El 6 de febrero de 1924 reabre sus precarias trece salas una entidad polivalente que incluía un inventario digno de una *chambre de merveilles*: objetos coloniales, reliquias de hombres célebres de Cuba, historia (incluía una sala dedicada a Máximo Gómez), etnografía, arte cubano colonial y contemporáneo, copias de cuadros célebres, obras de grandes maestros, clásicos de la antigüedad, pintura extranjera, artes decorativas, lápidas conmemorativas, cañones del ejército español y diversas armas de la época colonial.

Las colecciones, por su parte, sufren también la carencia de presupuestos estatales. En muy escasas ocasiones se otorgan créditos para adquirir obras. Con exiguos e inestables fondos, el Museo adquirió algunas piezas de pintores contemporáneos españoles en los años 20, y obras de la

colección de arte del comerciante italiano Salvador Buffardi, procedentes de la Galería de los Marqueses de Montferrato. También se adquirió la colección de setenta y tres aguafuertes de Francisco de Goya, en una edición de 1799.

Paralelamente no ha dejado de producirse en todos estos años una contienda arquitectónica en busca de espacios para el Museo. El 15 de noviembre de 1946, el Director Rodríguez Morey escribe para la publicación *Redención* un revelador artículo titulado “*Treinta años de Vía Crucis para nuestro Museo. Breve relato de sus vicisitudes y tropiezos*”. Una vez más se refiere al establecimiento en la Quinta de Toca y a las promesas de adquirirla para guardar allí solo lo relacionado con la historia, y construir un edificio que se dedicara a las bellas artes; al acuerdo de 1925 de establecerse en el Convento de Santa Clara y que igualmente se derrumbó ante la instalación de la Secretaría de Obras Públicas en el lugar; a las tres veces que se había convenido adaptar el Mercado del Polvorín sin que llegaran a término los estudios y proyectos realizados; al compromiso incumplido de construir un edificio para el Instituto de Segunda Enseñanza de La Habana y darle al Museo el que este ocupaba; a la proyectada Plaza Cívica en la que se programaría un edificio para el Museo; a la promesa de edificar un Palacio de las Comunicaciones y ceder así el Convento de San Francisco para la institución.

Desde 1925 se había elegido un lugar para el Museo, que es, por cierto, el mismo en que se asienta hoy el que atesora las colecciones de Arte Cubano del Museo Nacional. Dentro de los numerosos proyectos arquitectónicos que durante años se presentarían para la institución sobresalió, en 1925, el del famoso dúo Evelio Govantes y Félix Cabarrocas. Su principal mérito radicaba en el aprovechamiento de los portales con arcadas romanas y del patio central con jardinería, de uno de los mercados coloniales más importantes y mejor emplazados de la ciudad: la Plaza del Polvorín o Mercado de Colón, como se le conoció posteriormente. En 1947, finalmente, se autoriza la edificación en el lugar del Palacio de Bellas Artes y Museo Nacional, según las modificaciones del Arq. Manuel Febles Valdés –Ministro de Obras Públicas entre 1948 y 1952– al ya histórico proyecto de Govantes y Cabarrocas. Y de hecho se comienzan a restaurar las arcadas. Pero sorprendentemente, en 1951, ante un gran revuelo de opiniones, ceden los acuerdos anteriores, junto con las recién restauradas arcadas, frente al nuevo proyecto de Alfonso Rodríguez Pichardo. Esta propuesta tenía como aspiración

importante, la de integrar las artes plásticas con la arquitectura –hecho singular en La Habana de ese momento– incorporando esculturas monumentales en el espacio exterior que dialogan con el entorno, así como relieves y otras esculturas interiores y en el patio central. El proyecto suscitó juicios tan dispares como el del Arq. Bens Arrate, deplorando el fin de las bellas arcadas coloniales, y el del ilustre Alejo Carpentier, quien se felicitaba de que se levantara un moderno museo americano.²

Así pues, en la convulsa década del 50, luego del cuartelazo en que usurpa el poder, la tiranía de Batista “trata de rodearse de una aureola de aquiescencia popular y para ello viabiliza con fines propagandísticos algunas necesidades reales”.³ Y una de ellas era, sin dudas, la del Museo Nacional, hacinado durante treinta años en una casa de familia. Por un paradójico camino viene a solventarse pues, en los más duros años de represión batistiana, el anhelo de cultura que representó siempre el proyecto del Museo Nacional. El Decreto Ley del 26 de febrero de 1954 crea oficialmente el Patronato de Bellas Artes y Museos Nacionales.

Según ha escrito Jorge Rigol, otro gran intelectual y artista que honró con su trabajo al Museo, el tan ansiado Palacio de Bellas Artes se inaugura en 1954 con un suceso controvertido: la II Bienal Hispanoamericana de Arte. Dedicada al centenario martiano, copatrocinada por España y mejor conocida como la Bienal franquista, esta exposición “motivó la repulsa y abstención de la casi totalidad de artistas plásticos cubanos de significación”.⁴ Como respuesta fue organizada la respetada muestra *Plástica Cubana Contemporánea. Homenaje a José Martí*, en el Lyceum de La Habana, y reconocida como la Anti-Bienal, donde participan numerosos e importantes artistas contemporáneos.⁵

Durante unos años, el edificio alberga no solo al Museo Nacional, sino al Instituto Nacional de Cultura (INC), que era entonces una dependencia del Ministerio de Educación.⁶ Esta institución, dirigida por

Guillermo de Zéndegui, y cuyo Director artístico era el conocido pintor Mario Carreño, contaba como asesores con destacados intelectuales del período, entre los que se encontraban Juan José Sicre, Lydia Cabrera y René Herrera Fritot, entre otros.⁷ El Instituto había estado llevando adelante una labor de adquisiciones orientada fundamentalmente al arte contemporáneo cubano. Proveniente de las obras premiadas en los Salones Nacionales de Bellas Artes y de otras compras realizadas por “comisiones responsables”⁸, lo cierto es que habían logrado una especie de “pinacoteca de la producción nacional”⁹, con nombres como Carlos Enríquez, Abela, Arche, Lam, Mariano, Carreño, Amelia, Ponce, Diago, Gattorno, y otros muchos representantes de nuestra vanguardia artística. Con estas valiosas obras, el INC conformó la Sala Permanente de Artes Plásticas de Cuba. Esta sala comprendía pintura, escultura y grabado, y era mayoritariamente *moderna*, aunque también incluía autores académicos. No era, sin embargo, una sala histórica; no tenía pintura colonial ni abarcaba toda la evolución de la plástica cubana. En 1957, el Instituto transfiere al Museo obras claves de la pintura cubana, como *El rapto de las mulatas* y *El Rey de los campos de Cuba*, de Carlos Enríquez; *Las beatas* y *Los Niños* de Fidelio Ponce; y *La carta* y *Mi mujer y yo*, de Jorge Arche, entre otras.¹⁰ Desde el punto de vista del coleccionismo, podría decirse que este conjunto, al pasar al fondo del Museo Nacional, complementa grandemente los tesoros de este último con un perfil contemporáneo que hasta entonces no tenía.

Con el triunfo de la Revolución cubana en 1959, triunfa también la gran tradición de pensamiento y acción emancipatorios que había nacido en los albores mismos de nuestra nacionalidad. No es fortuito, por tanto, que a la Revolución esté ligado indisolublemente uno de los cambios trascendentales en la vida relativamente joven del Museo Nacional. A cuarenta y seis años de fundado, un evento de política y de cultura lo compulsa a cambiar su concepción museológica polivalente, convirtiéndose con ello en un museo de arte. El éxodo masivo de la burguesía nacional a inicios de los años sesentas, sacó a luz pública un cuantioso tesoro artístico poco conocido; un

² Alejo Carpentier, “Un nuevo museo americano”; 26 de mayo de 1957. En: *Letra y Solfá: Artes Visuales 3*. Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1993, pp. 213-214.

³ Jorge Rigol, “Síntesis Histórica del Museo Nacional de Cuba”. En: *Museo Nacional de Cuba. Pintura*. La Habana; Leningrado: Editorial Letras Cubanas/ Editorial de Artes Aurora, 1978.

⁴ J. Rigol, ob. cit.

⁵ *Plástica Cubana Contemporánea: Homenaje a José Martí*. Lyceum de La Habana, 28 en., 1954 (catálogo).

⁶ Las autoras agradecen la entrevista de la investigadora Natalia Bolívar, en nov. 1999, que fue muy importante para comprender los cambios ocurridos en el Museo entre los años 1955 y 1964.

⁷ Tomado del machón de la *Revista del Instituto Nacional de Cultura*, no. 1 (1), dic., La Habana, 1955.

⁸ *Revista del Instituto Nacional de Cultura*, no. 1, dic., La Habana, 1955, p.1.

⁹ Editorial de la *Revista del INC*. Ob. cit.

¹⁰ O. López Nuñez, ob. cit.

caudal enorme de obras y objetos de arte que no eran de disfrute extendido y que conformaban los bienes de la clase dominante y de los grupos de poder. Aisladas, enterradas, escondidas en sótanos, tapiadas por paredes improvisadas, fueron surgiendo de la oscuridad una enorme gama de objetos de arte, pinturas, grabados, joyas, tapices, muebles y esculturas de toda estirpe, dejados atrás por la avalancha migratoria. El recién creado Departamento de Recuperación de Valores del Estado, se encargó de dar cuenta de este acervo a través de diversas exposiciones públicas.¹¹ El Museo Nacional, a la cabeza del cual se mantiene la respetada figura de Rodríguez Morey, se ve beneficiado por esta recuperación de obras de arte. Los importantes depósitos de colecciones particulares que se encontraban en el Museo desde 1955, formarán parte de ahora en adelante del patrimonio que el Museo custodia.¹²

Esta acumulación de obras rescatadas viene a sumarse al espectro ya muy amplio de colecciones que el Museo atesoraba y que comprendía, como se ha dicho, la historia, la arqueología- con una sala indocubana-, la etnografía, las artes decorativas, las artes plásticas, la numismática y otros tesauros. De esta saturación de sus perfiles museológicos surge la afortunada concepción de transferir los fondos de arqueología, historia y etnología hacia otras instituciones, de manera que el Museo se convierte, exclusivamente, en una institución de arte. Las artes decorativas fundaron un museo de igual nombre. Otras colecciones de historia y arte conformaron el Museo Napoleónico, el Museo de Armas y el Museo Nacional de la Música respectivamente. Ya en 1963, cuando se celebra el cincuentenario de la institución, se dice en un texto de la exposición conmemorativa: “De ahí que este cincuentenario tenga una significación mucho más honda que la de la suma aritmética de los años transcurridos. Coincide con el instante en que, trazadas las pautas generales de la política cultural del gobierno revolucionario y estructurados los organismos destinados a llevarla a cabo, la actividad del museo adquiere su justa dimensión”.¹³ Y era, justamente, un momento clave en que cuajaron para el Museo toda una serie de importantes

objetivos, acunados por la coherencia y vocación popular de la Revolución.

Conformado ya con sus Salas de la Antigüedad (Colección Lagunillas), las Salas Europeas y la Galería Cubana, el Museo se sumerge en la vida cultural del país. Un importante conjunto de exposiciones transitorias comienza a organizarse a partir de entonces. Se destacan, particularmente, las retrospectivas de Amelia Peláez, Portocarrero, Víctor Manuel, Carlos Enríquez, Mariano y Pogolotti durante los años 60 y principios de los 70, las que contribuyeron a establecer la valoración crítica sobre la obra de estos autores, colocándolos a la altura que merecían sus trayectorias, no totalmente conocidas por entonces. Ya en los años 80, las retrospectivas de Umberto Peña, Raúl Martínez, Servando Cabrera Moreno, y Alfredo Sosabravo, continuaron este camino de estudio y reflexión museológica en los maestros modernos.

No hubo prácticamente suceso relevante en la plástica que no tuviera acogida en el Museo: el ya mítico Salón 70, los Salones de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, los Salones de Paisaje y de Premiados, y las tres primeras ediciones de la Bienal de La Habana, para citar algunos. La cultura universal, por su parte, tuvo una gran acogida en nuestra institución. Piénsese, por ejemplo, en muestras colosales como *Retrato de México*, *El arte de las tracciones en la tierra búlgara*, *Tesoros del Perú*, *Tapices franceses*, entre muchas otras. Más recientemente, las muestras personales de Rauschenberg, Orozco, Miró, Picasso, Equipo Crónica y otras tantas, han prolongado una tradición que se abrió siempre a múltiples intereses culturales.

Durante las primeras décadas del siglo xx fuimos un museo polivalente: la historia, la arqueología, la etnografía, las artes decorativas y las artes plásticas formaban un conjunto azaroso y desdibujado. El impulso de la Revolución del 59 lo lleva a alcanzar su perfil de museo de bellas artes. Y el aumento callado de sus colecciones lo transforma hoy, con este proyecto, en un gran complejo museal, donde las colecciones cubanas y universales se perfeccionan y expanden para ofrecer al público una oportunidad realmente valiosa de experiencia e interacción artística con un patrimonio que no solo nos habla desde el pasado, sino que participa en la construcción de la cultura actual y con ello, en la del futuro.■

¹¹ Luis Rogelio Bravet, “Un tesoro de las mil y una noches”. En *Bohemia*, no. 55, 25 oct., La Habana, p 43.

¹² La Colección del Conde de Lagunillas contó desde su entrada al Museo con un estatus de depósito permanente. El Legado Carvajal, ya mencionado, es una donación.

¹³ *Museo Nacional. 1913-1963 Cincuentenario del Museo Nacional*. Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1963 (catálogo).

Este texto es una versión del que apareció inicialmente en el Catálogo: *Museo Nacional de Bellas Artes. Colección de Arte Cubano*; AMBIT SERVEIS Editorial, S.A. 2001.



Belén, un colegio para élites*

LOURDES CABRERA PEREDA

El Colegio de Belén fue fundado en La Habana por la Compañía de Jesús¹ en el año 1854, y su existencia se extendió hasta 1960. Desde entonces figuró entre los más famosos centros educacionales durante los periodos colonial y republicano y, posteriormente, en el primer año de la Revolución. Por su importancia en la sociedad cubana de la época, resulta de interés abordar las estrategias y métodos utilizados por la institución en la formación de la élite profesional e intelectual de la burguesía.

* Estas valoraciones forman parte de la Tesis de Diploma presentada por la autora en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana en julio de 2012 tutoriada por la Msc. Yamilet Hernández Galano.

¹ Fue fundada por San Ignacio de Loyola en 1540 con el objetivo de combatir el protestantismo cismático. Su voto de obediencia se limitó al Papa. Su función principal en el Nuevo Mundo fue la de evangelizar a los no cristianos.

La educación en El Colegio abarcó los dos primeros niveles de instrucción, la primaria y la segunda enseñanza. En él, los jesuitas pusieron especial dedicación en impartir clases a los hijos de las familias adineradas, tenían a su favor el prestigio alcanzado en algunas ciencias, particularmente, la Meteorología. La propia institución poseyó un conocido Observatorio Meteorológico cuyo parte fue publicado por renombrados diarios, entre ellos *El Diario de la Marina*; también contó con un Museo de Historia Natural y modernos laboratorios. Aún así la educación resultante, según los criterios de algunos historiadores, fue más erudita que científica, debido a que los ignacianos memorizaban en exceso y halagaban

los sentidos y la imaginación.² Este método de enseñanza escolástico, muy extendido en la Compañía, fue denominado Ratio Studiorum.

A pesar de las deficiencias, el Colegio de Belén devino centro de enseñanza de referencia para los jóvenes de las élites dominantes, cuyas familias buscaban modelos educativos afines a su posición social, al respecto el historiador Enrique Sosa expresó: “Estudiar en una instalación jesuita fue (y en no poca medida sigue siendo) garantía de preparación superior para enfrentar con éxitos los asuntos del mundo”.³

Sin embargo, el grueso de los estudios históricos sobre el tan afamado centro educativo se ubica en el periodo colonial, mientras que su labor durante la etapa republicana, apenas ha sido tratada por la historiografía. Dada la significación que continuó ostentando, en la educación de la burguesía durante la república, este acercamiento se detiene en su influencia en la formación de una parte de élite profesional e intelectual de la burguesía, entre los años 1925 y 1940.

Nos interesa la etapa porque en 1925 el plantel se trasladó de su sede inicial en La Habana Vieja hacia la localidad de Marianao. El desplazamiento estuvo condicionado por la decisión de la Iglesia Católica de recuperar el terreno perdido en el control de la educación de las nuevas generaciones, procedentes de las clases dominantes y para frenar la fuerza que cobraba el Estado en la impartición de la enseñanza media y universitaria a través de la Carta Magna de 1901. Otra razón por la cual decidimos abordar su estudio en el periodo (1925-1940) es porque hemos utilizado como fuente activa la revista *Belén*.⁴ Un análisis anterior al marco temporal escogido es sumamente difícil, por no existir ninguna publicación periódica de este tipo,⁵ ni otra documentación que nos permita valorar su evolución.

En la república El Colegio se convirtió en una importante fuente de formación de intelectuales, técnicos, científicos y políticos que nutrieron a la “inteligencia” de la burguesía y conformaron una parte de la élite profesional. Gracias a rigurosos mecanismos de selección y al diseño de planes de

estudio que contribuyeron al desarrollo de perfiles profesionales acordes a los intereses de las familias más acaudaladas.

Se debe destacar, además, que con el objetivo de lograr una buena formación académica, los estudiantes fueron vinculados a diversas actividades: excursiones promovidas a la Estación Agronómica de Santiago de las Vegas,⁶ experimentos en los modernos laboratorios de la institución y concursos de oratoria en la Academia Avellaneda.

Durante esta etapa la educación pública se encontraba en un estado deplorable. El número de escuelas resultaba insuficiente para satisfacer las necesidades de la población, a lo que debe añadirse que la mayoría de los locales destinados a la enseñanza primaria no eran construidos para ese fin, o sea, se trataba de casas escuelas, donde la falta de luz y estrechez eran las notas dominantes. Tal situación hizo que el pedagogo Ramiro Guerra en la década del veinte afirmara:

...la República ha gastado más de cien millones de pesos en la enseñanza pública y sin embargo, nuestras ciudades no cuentan con más edificios escolares que los pocos construidos por un gobierno extranjero de 1900 a 1902. Los doscientos mil hijos del pueblo que figuran en las estadísticas escolares van camino a la escuela a amontonarse en locales estrechos, calurosos, sin ventilación y sin luz, a veces sucios, y a veces húmedos, malsanos y pestilentes.⁷

La realidad descrita por el educador cubano no incluyó a los grandes planteles de educación privada Belén, La Salle, Escolapios, los que contaron con óptimas condiciones para la preparación de sus alumnos. Se debe destacar, que el sistema de enseñanza privada fue empleado principalmente por la burguesía, quien teniendo en cuenta la deficiencia estatal acudió a la privatización escolar como solución más conveniente a sus intereses de distinción, con el resto de los demás sectores sociales.

Precisamente, en el año 1925 El Colegio de Belén amplió sus instalaciones con la construcción en la localidad de Marianao de un nuevo edificio, el más

² Enrique Sosa y Alejandrina Penabad, *Historia de la educación en Cuba*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2010, t. 1, p. 11.

³ E. Sosa y A. Penabad, ob. cit., p. 10.

⁴ En el año 1938 la revista comenzó a denominarse *Ecós de Belén*.

⁵ La revista *Belén* comenzó a publicarse en 1926.

⁶ Centro de índole experimental que tenía como fundamento todo lo relacionado con la agronomía en sus infinitas ramificaciones en lo que se refiere a la cría y mejora de los animales. Fue una institución del Estado. (*El libro de Cuba*, Impreso en los talleres del Sindicato de Artes Gráficas, La Habana, 1925, p. 364.)

⁷ Ramiro Guerra, “Los problemas del niño”, en *Cuba Pedagógica*, Año 1920, no. 10, t. 8, p. 489.

lujoso de todas las edificaciones escolares realizadas en Cuba hasta la fecha.⁸ Si en los 71 años en que residió en La Habana Vieja la matrícula fue aproximadamente de 370 alumnos,⁹ la nueva instalación permitió en albores del curso 1925-1926 el acceso a 600.¹⁰

Tuvo el privilegio de contar con magníficas condiciones porque estaba diseñado para formar a los hijos de los miembros de la mediana y alta burguesía cubana, quienes buscaban una buena preparación docente, de la que muchas veces carecía la escuela popular por la falta de recursos. Aunque otro de los móviles fundamentales de su predominio en la educación de la élite, lo constituyó el temor existente a la mezcla de razas y clases en los planteles públicos por parte de sus miembros.¹¹

Situado en el reparto de Buena Vista generó grandes expectativas en el seno de la sociedad habanera, muchos expresaron opiniones favorables sobre él. En *El Libro de Cuba* se decía:

Allí sobre la elevada altiplanicie se levanta majestuoso, excelso, amplio, plétórico de sol, aire y luz el nuevo Colegio de Belén, en sustitución del antiguo. Nada se ha escatimado, todo se ha mejorado. Posición magnífica, libre del bullicio febricitante de la urbe; amplios corredores y galerías sin fin [...] y para que nada falte, a pesar de la distancia de La Habana, las múltiples vías de comunicación que con ella la unen hacen del nuevo colegio, un plantel de enseñanza ideal, quizás único en su clase, en todo el admirable conjunto de circunstancias que lo rodean, embelleciéndole.¹²

Por otro lado, el *Diario de la Marina* opinaba:

El Colegio de Belén es para las familias garantía de instrucción científica de educación moral y religiosa y de formación patriótica [...]. De manera que

si en lo material el colegio es grande, mucho mayor es en lo espiritual, como institución educativa. Para un pueblo cualquiera, por grande y fuerte que sea, un colegio como el de Belén representa un factor positivo de cultura y de progreso; para Cuba es además, un motivo de orgullo y de esperanza.¹³

La movilidad de otras capas sociales hacia zonas exclusivas de la burguesía, por ejemplo, El Vedado, trajo como consecuencia que muchos de sus miembros se preocuparan por buscar zonas residenciales capaces de ofrecer, a quienes las frecuentasen o habitasen, toda clase de comodidades. Buena Vista era, sin dudas, un lugar que brindaba confort y paz lejos del bullicio de la urbe capitalina. Acerca de sus áreas colindantes la revista *Belén* se prestigiaba así: “Todos reconocen lo deliciosas que son las inmediaciones del Colegio de Belén, y hasta se asegura por esta razón, que la ciudad que a todo trapo se está levantando dejará atrás al Vedado”.¹⁴

A pesar de estar situado en un lugar menos céntrico, las múltiples vías de comunicación: el Tren Eléctrico de Zanja, la carretera de Marianao y la Calzada de Puentes Grandes, hicieron del Colegio un lugar de fácil acceso.

Gracias a su construcción, los jesuitas renovaron sus instalaciones y las hicieron más atrayentes para los hijos de las familias adineradas, quienes buscaban, esencialmente, centros docentes modernos y exclusivos, capaces de brindar una formación integral que permitiera enfrentar con éxito el futuro en una sociedad altamente jerarquizada, en la que contar con una esmerada educación representó una mayor oportunidad de triunfo. Mientras que para los ignacianos, admitir más discípulos en sus aulas, significó el poder transmitir sus postulados a las futuras generaciones, al hacerlas fieles partidarias de la educación religiosa.

Emprender la construcción del nuevo Colegio constituyó, a inicios de la década del veinte, una prioridad para los ignacianos quienes mandaron los planos para su construcción a Roma, donde fueron aprobados en el mes de junio de 1921 por el General de la Compañía de Jesús Wlodimiro Ledochowsky. La primera piedra fue colocada en mayo de 1923 por el Obispo de La Habana, Monseñor Pedro G. Estrada.

⁸ Toraya de las Cuevas, *500 años de construcciones en Cuba*, Servicios Gráficos y Editoriales Chavín, Madrid, 2001, p. 193.

⁹ *El Colegio de Belén en el sexagésimo aniversario de su fundación y en el centenario del restablecimiento de la Compañía de Jesús*, Imp. y Papelería Rambla Bouza y CA., La Habana, 1914, p. 12.

¹⁰ *Anuario del nuevo Colegio de Belén. Curso Académico de 1925-1926*, Imp. Rambla Bouza y CA., La Habana, 1926, p. 86.

¹¹ Arturo Montori, “La educación”, en *El libro de Cuba*, ob. cit., p. 544.

¹² *El Libro de Cuba*, ob. cit., p. 615.

¹³ *Anuario del nuevo Colegio de Belén. Curso académico de 1925 a 1926*, ob. cit., p. 235.

¹⁴ *Belén*, noviembre/1927, Año II, no. 7, p. 353.

Entre las dependencias más importantes que poseía estaban: los Gabinetes de Física, Electrotecnia e Historia Natural, los modernos laboratorios de Química, Físico-Química y de Biología, tres bibliotecas la General, la Cubana y la del Observatorio, con un total de 35 190 volúmenes.¹⁵ A su vez, también contó con la Capilla Doméstica, la enfermería de los alumnos y los campos de juegos. Un diseño tan ambicioso dejaba entrever cuán grande fue el proyecto de enseñanza que los discípulos de San Ignacio emprendieron en la capital habanera; lo que evidencia como, en poco tiempo, llegaría a convertirse en el preferido por las familias poderosas, las que no dudaban en mandar a sus vástagos a instruirse allí.

Para administrar un centro educativo de tales dimensiones existió una directiva cuyo orden jerárquico fue el siguiente: el rector, un procurador, un prefecto, un secretario, dos padres espirituales, un director y un vicedirector del Observatorio, todos de origen español. El rector, figura principal y encargado de la dirección del plantel, se vinculaba directamente a los alumnos a través de sus charlas sobre la moral cristiana,¹⁶ el procurador administraba las finanzas, los dos padres espirituales tenían como misión fundamental dirigir las Congregaciones Marianas¹⁷ y el director del Observatorio con su ayudante se dedicaban a las observaciones atmosféricas diarias.

Ser estudiante de Belén implicó una política de selectividad para el ingreso. De lo que se deriva la significación social que tuvo para las familias más ricas el poder enviar a sus hijos a él, es decir, los mecanismos de selección contribuyeron a la propia distinción del alumno.

De acuerdo con el tiempo de permanencia, existían tres categorías de discípulos: pupilos, semipupilos y externos. Los pupilos eran aquellos que permanecían en él a tiempo completo, por lo general eran estudiantes de otras provincias o de la propia capital cuyas residencias quedaban alejadas, mientras que los semipupilos entraban al centro de 7:30 a 8 de la mañana, almorzaban en él y salían a las 7:30

p.m. Por último, los externos, eran los que una vez terminadas las clases iban directo a sus casas. Los que más dinero tenían que ingresar eran los pupilos, porque a los gastos de la matrícula se les añadían otros como el uso de dormitorios y la alimentación recibida durante su estancia en el recinto.¹⁸

La suma de dinero que se debió pagar para matricular fue aproximadamente de 50 dólares.¹⁹ Teniendo en cuenta que en el año 1934 el salario mínimo en las zonas urbanizadas era de 30 pesos para el trabajador promedio,²⁰ se llega a la conclusión de que solo podían acceder al centro los varones pertenecientes a la mediana y alta burguesía. Por otro lado, el pago de la matrícula no incluyó la entrega de libros, ni uniformes. Los uniformes de diario y de gala, generalmente, eran comprados en la famosa tienda El Encanto. En cuanto a los libros de texto el precio podía variar de 1 a 7 pesos, según la importancia de la asignatura, lo que encarecía aún más la permanencia en el centro escolar.

Ahora bien, no bastaba con tener el capital suficiente para poder acceder a él. La segregación racial imperante entre los miembros de la burguesía, partidarios de teorías discriminatorias como el Darwinismo Social que justificaba las desigualdades al considerar la existencia de razas superiores, impidió la entrada de personas “de color”. Contaba un antiguo alumno que, cada vez que preguntaba el por qué no habían allí alumnos negros le respondían: “bueno, realmente [...] son muy pocos, y un niño negro aquí, entre tantos niños blancos, no se va a sentir bien”.²¹

Según relata Fernando Delgado Pérez, antiguo trabajador del colegio,²² una vez cuando los alumnos fueron a una excursión a la playa, iba junto a ellos un empleado negro encargado de servirles el almuerzo y ayudar en otros quehaceres. El mismo, llevó con él a su hijo, lo que causó el asombro de

¹⁸ *Ecós de Belén*, julio-septiembre/1940, Año III, no. 22-24, p. 7.

¹⁹ Fidel Castro, *Fidel y la religión. Conversaciones con Frei Betto*, Oficina de publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1985, pp. 141-142.

²⁰ Carlos del Toro, “Algunos aspectos económicos del movimiento obrero cubano (1933 – 1958)”, en *La República neocolonial. Anuario de estudios cubanos*, La Habana, 1994, t. I, pp. 256-257.

²¹ F. Castro, ob. cit., p. 139.

²² Comenzó a trabajar en el plantel jesuita en 1942 a la edad de 17 años. Los datos que se ofrecen fueron obtenidos a través de una entrevista realizada el día 20 de noviembre de 2011, en el Instituto Técnico Militar José Martí, antiguamente Colegio de Belén, donde trabaja actualmente.

¹⁵ *Belén*, junio/1929, Año IV, no. 16, p. 814.

¹⁶ Uno de los rectores que más desarrolló las charlas sobre la moral cristiana fue el Reverendo Padre Ramón Calvo (1938-1940). [*Belén*, noviembre/1938, Año I, no. 5, p. 11.]

¹⁷ Tenían como patrona principal a la Virgen María. En Belén existían dos, una a la cual pertenecían los estudiantes de primera enseñanza y que, además, tenía por patrono a San Estanislao y otra para los estudiantes de bachillerato cuyo patrono era San Luis Gonzaga.

los educandos. Poco tiempo después del regreso de los muchachos, los padres disgustados comenzaron a llamar a los jesuitas para preguntar si ellos ya aceptaban alumnos negros.

Teniendo en cuenta tal testimonio, puede afirmarse que estudiar en la institución fue una prerrogativa con la que contaron solo unos pocos hijos blancos de los miembros de la burguesía, quienes tenían a su favor el capital suficiente para pagar los gastos y cuyos padres pretendían, además, formarlos bajo los postulados de la moral cristiana, lejos del laicismo imperante que, según la opinión de sus progenitores, había provocado el resquebrajamiento moral de la sociedad en su conjunto.

El plantel tuvo como misión fundamental el fin de la educación y formación completa del niño, en lo referido a la moral y lo intelectual. En este sentido el profesor jesuita Manuel Focaya expresó: “El Colegio de Belén busca la educación integral de la niñez y juventud cubanas, modelando la personalidad del alumno con todas sus facultades [...]”.²³ Ante esa tarea, se elaboraron los diversos planes de estudio que comprendían los dos niveles de enseñanza: la primaria y el bachillerato. Por lo general, los estudiantes ingresaban a la institución a los cinco años de edad y finalizaban los estudios con 16, permaneciendo durante casi diez años de suma importancia en la formación de los adolescentes.

Los planes de estudio tuvieron en cuenta cuatro pilares primordiales: la educación moral vista en su doble aspecto, religioso y cívico; la educación académica, científica y literaria; la educación física y, por último, la educación artística.

La educación moral fue imprescindible. En cuanto a la Instrucción Cívica se necesitaba que los estudiantes conocieran el funcionamiento de las principales instituciones republicanas, el desarrollo de las mismas y los deberes y derechos de los ciudadanos de un estado. Sobre la relevancia de esa asignatura el entonces Inspector de Escuelas Normales de la república, Ramiro Mañalich afirmó: “La Cívica es el arte del buen ciudadano”.²⁴ En cuanto a la educación re-

ligiosa sin la existencia de principios cristianos en la mente, era imposible lograr el desarrollo de valores humanos como la piedad y el amor al prójimo.

Por otro lado, la educación académica fue estricta, de ahí la exigencia a los alumnos de aprobar todas las asignaturas para poder pasar de grado, de lo contrario debían repetir el año. Las materias impartidas fueron numerosas, en el nivel primario abarcaron 9 disciplinas, entre ellas: Aritmética, Lectura, Escritura, Historia Sagrada. En los cursos preparatorios se impartían, Gramática, Geografía, Historia de Cuba e Historia de América. Mientras que en el bachillerato si bien se mantenían muchas de las asignaturas se añadían otras, por ejemplo Matemática, Física, Instrucción Cívica y Química.²⁵ Existieron además dos cursos especiales de preparación para los futuros universitarios, los que incluyeron Prácticas de Química, Biología y Preparaciones Microscópicas.²⁶

Entre los principales aciertos con respecto a la enseñanza experimental estuvo la creación en 1929 del Museo Científico de Industrias Cubanas.²⁷ El museo tenía instalado un facsímil de la fábrica de cerveza La Tropical y una vitrina donde se representaba la industria del tabaco. Ambas instalaciones diseñadas en pequeña escala, brindaron la posibilidad de mostrar de manera simulada a los estudiantes los procesos productivos de las dos industrias. Su construcción fue posible gracias a la cooperación brindada por el Sr. Gelats presidente de la industria cervecera y al Sr. Peño Pita presidente de los tabacaleros.²⁸

La práctica de ejercicios físicos fue también muy importante. Los jesuitas siempre fueron partidarios de la realización sistemática de deportes, pues el poseer un cuerpo robusto y sano posibilitaba, de acuerdo con sus concepciones, un mejor desarrollo de las capacidades intelectuales. Desde luego, en El Colegio existieron magníficas áreas deportivas las cuales consistían en tres campos de fútbol, tres de tenis, dos de baloncesto, cinco de béisbol, dos saltos de garrocha y una pista.²⁹ La distribución de los campos deportivos, sin dudas, favoreció al béisbol, pues según las palabras del historiador Félix Julio Alfonso:

²³ Manuel, S. J. Foyaca, “Memoria del curso escolar 1941-1942”, en *Ecos de Belén*, julio-agosto/1942, Año V, no. 46-47, p. 2.

²⁴ Ramiro Mañalich, “Extremos que debe abarcar un moderno programa de enseñanza en materia de Instrucción Cívica”, en *Haciendo Patria*. Conferencias sobre nuestros problemas educacionales pronunciadas en el Club Rotario de La Habana durante el periodo social de 1924 a 1925, edit. cit., p. 54.

²⁵ *Belén*, enero/1927, Año II, pp. 55-56.

²⁶ *Anuario del nuevo Colegio de Belén. Curso académico de 1925 a 1926*, ob. cit., p.136.

²⁷ *Belén*, marzo/1929, Año IV, no. 15, pp. 779-782.

²⁸ *Ídem*.

²⁹ *Belén*, junio/1929, Año IV, no. 16, p. 814.

“Con la llegada de la República, el béisbol adquirió su carta de ciudadanía plena [...]”.³⁰

La educación artística se impartió, generalmente, a través de las Clases de Adorno. En ellas se podía aprender a tocar instrumentos musicales como el violín y el piano. También se celebraron en días señalados –Día de los Santos Inocentes–³¹ representaciones teatrales sobre pasajes de *La Biblia* en los que los alumnos solían hacer gala de sus dotes artísticas.

El método principal de evaluación fueron los exámenes finales, requisito indispensable para ser promovido a un curso superior. En caso de que los alumnos no fueran aprobados en junio, volvían a ser examinados en septiembre y si aún así reincidían, entonces repetían el año.

Otro método de evaluación muy peculiar lo constituyó la Ficha psicológica.³² Para elaborarla se reunían todos los educadores, se aclaraba entonces el significado de las diversas esferas en las que se evaluaba al alumno: el interés por la causa católica, la “finura” de modales, la “aptitud” para la tribuna, las lenguas, las ciencias y las letras, la constancia en el estudio... Después se le situaba en una de las tres categorías correspondientes: de tipo superior, inferior o medio en comparación con el resto del grupo. La cantidad de parámetros valorados mostró el afán de lograr una educación lo más completa posible.

En el fomento de las ciencias y las letras fueron empleados también los certámenes públicos, piedra angular en la pedagogía de los ignacianos, quienes afirmaban:

La emulación, que a más de despertador y fomentador de generosos sentimientos y factor, por consiguiente, importantísimo en la educación del niño y en la formación del carácter, es medio a las veces insustituible para vencer la apatía de la edad juvenil y sujetar su natural inconstancia y ligereza, en aquellos estudios en que la aridez de la materia presenta corteo aliciente al interés o la curiosidad; la emulación,

decimos ha desempeñado siempre, y sigue desempeñando, papel muy principal en nuestras clases.³³

Para inculcar el amor por las letras, se creó además en 1931 bajo la dirección del Padre Rubinos, la Academia Avellaneda. Las labores realizadas en ella se organizaron de la siguiente forma: en cada reunión un alumno, sin preparación previa, tenía que hablar en la tribuna para así formarse como orador e ir adquiriendo soltura y además, se le orientaba a cada miembro un trabajo escrito para cada semana.³⁴

No menos importante en Belén era la jornada estudiantil, que comenzaba a las siete de la mañana con un gran ruido de tambores. Los estudiantes luego del aseo matutino en sus dormitorios, pasaban a celebrar el acto más típico: la misa de las nueve, en la que también participaban numerosos familiares. La liturgia comenzaba con cantos y oraciones de Avemarías y Padres Nuestros, en ella se incluían los acólitos encargados de servir el altar y administrar la eucaristía, vestidos con sotanas y roquetes. Terminada la ceremonia los alumnos iban a desayunar para luego comenzar sus clases.³⁵

Uno de los actos religiosos más esperados en el centro educativo lo constituyó, la Primera Comunión. Como parte de los siete sacramentos de la Iglesia cristiana, era esperada con anhelo por los más pequeños. Para su ejecución, por lo general, eran escogidos los días de santos representativos para el plantel, entre ellos el 13 de noviembre día de San Estanislao y el 19 de marzo, día de San José. El evento acontecía en la Capilla, donde asistían los niños preparados por el Padre Espiritual con antelación, vestidos de blanco y con una vela en la mano símbolo de la luz de Cristo.

Otras actividades significativas en el centro educacional fueron las ceremonias patrióticas. En Cuba, las experiencias de las revoluciones anticoloniales devinieron fuente fundamental de donde emanaron una gran variedad de representaciones, mitos y símbolos que en un proceso paulatino se integraron en el discurso de la identidad nacional. La narrativa fundacional de la nación cubana se enriqueció con una imaginería que tuvo su origen en las contien-

³⁰ *Ibidem*, p. 9.

³¹ Celebración cristiana que acontece el 28 de diciembre. Debe su origen a la matanza de niños ordenada por Herodes el Grande, rey de Judea (37-4 a.c.) apoyado por Roma, quien en inútil esfuerzo por asesinar a Jesús mandó a matar a los infantes menores de dos años que vivían en Belén.

³² *Ecos de Belén*, enero-junio/1943, Año VI, no. 51-56, pp. 25-26.

³³ *Álbum conmemorativo del quincuagésimo aniversario de la fundación en la Habana del Colegio de Belén de la Compañía de Jesús*: ob. cit., p. 101.

³⁴ *Belén*, enero-febrero/1933, Año VIII, no. 37, pp. 136-137.

³⁵ *Anuario del nuevo Colegio de Belén. Curso académico de 1925 a 1926*: ob. cit., p. 94.

das independentistas. El Colegio de Belén se apropió con fuerza de muchos de los símbolos identitarios del patrimonio simbólico nacionalista, por lo que inculcaron a sus discípulos el amor a la Patria. Como símbolos más reverenciados tenían: la bandera, el escudo y el Himno de Bayamo.

Máximo Gómez y José Martí, patriotas cubanos del panteón independentista, allí eran venerados también. En tributo a la memoria del Generalísimo los estudiantes desfilaban ante el monumento que se levantaba majestuoso a la entrada del puerto.³⁶ En cuanto al Apóstol la devoción fue aún mayor y para recordar su natalicio el 28 de enero, se participaba en la parada escolar que acontecía en el Parque de la Fraternidad. Con antelación a la fecha se hacían prácticas de ejercicios militares con el objetivo de quedar a gran altura en la misma.³⁷

La mitificación de la figura martiana no fue casual. La apropiación e incorporación del Apóstol al Panteón Nacional por parte de los sectores de élite, constituyó en los años republicanos uno de los ejes centrales en el proceso de construcción de una épica nacional, en la que la Historia de Cuba se reconstruyó, a la vez que se blanqueó, para integrarse a las metanarrativas de la historia política hegemónica.³⁸

Los alumnos de colegios privados no quedaron al margen del sentimiento nacionalista, porque a través de la participación en las diferentes actividades patrióticas formaron parte de él y contribuyeron a su expresión, se insertaron de esta forma en la constante reproducción de los valores del independentismo. Con la realización de las ceremonias y homenajes a los patriotas se buscó el impacto emotivo

³⁶ *Belén*, enero/1937, Año II, no. 59-60, pp. 37-38.

³⁷ *Belén*, marzo/1930, Año V, no. 20, p. 176.

³⁸ Marial Iglesias Utset, *Las metáforas del cambio en la vida cotidiana: Cuba 1898-1902*, Ediciones Unión, La Habana, 2010, p. 49.

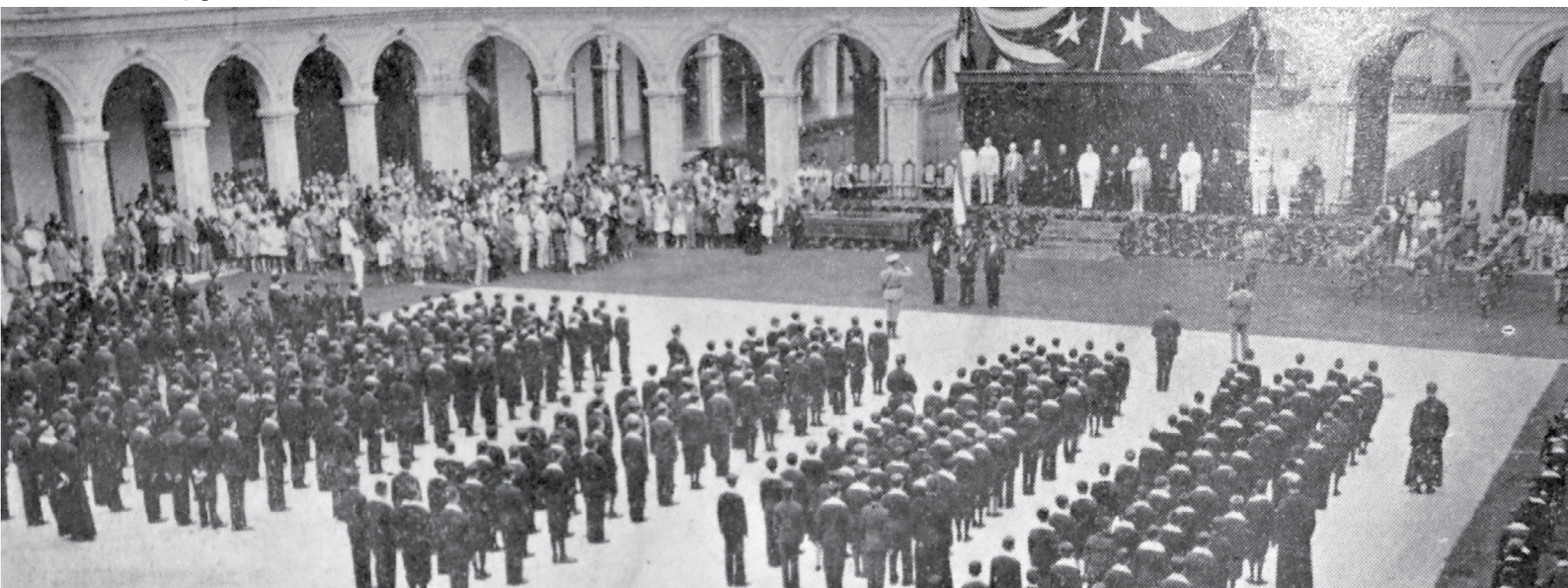
en el público infantil mediante la comunicación no verbal, en la que el efecto del simbolismo pasó a un primer plano.

El gran proyecto educativo promovido por los jesuitas, con la construcción de la nueva edificación en Marianao, equipada con los más modernos medios de enseñanza, les permitió ampliar su influencia en la formación de las nuevas generaciones pertenecientes a la mediana y alta burguesía; quienes aspiraban a una preparación docente diferenciada, puesta en función de sus intereses.

Puede afirmarse, que El Colegio de Belén desempeñó un papel importante en la formación de gran parte de la élite profesional e intelectual de la burguesía. Numerosos fueron los nombres de personalidades que cursaron sus estudios en él, entre ellas estuvieron: los abogados Antonio Sánchez de Bustamante y José Manuel Cortina, el banquero Juan Gelats Botet, prominentes intelectuales como Francisco Ichaso y José María Chacón y Calvo, quienes pudieron recibir una esmerada educación con respecto a otros sectores sociales formados en las escuelas públicas, donde muchas veces la falta de recursos impidió una adecuada formación académica.

Los jesuitas supieron aprovechar las ventajas de contar con un centro educativo novedoso que obtuvo el apoyo de importantes figuras desde su fundación en la etapa colonial y luego en el período republicano, entre ellas la poetisa Gertrudis Gómez de Avellaneda y los presidentes Tomás Estrada Palma y Gerardo Machado.

Sin dudas, el afamado Colegio de Belén se ganó un lugar meritorio en el conjunto de instituciones similares en la época, al formar en sus aulas a una parte de las futuras “clases dirigentes” del país y al nuclear a su alrededor a las familias más distinguidas de la sociedad cubana. ■



Bayamo en el periódico *Patria*

En el número 16 de *Patria*, del 25 de junio de 1892, aparecieron dos notas redactadas posiblemente por José Martí referidas a nuestro Himno Nacional que reproducimos íntegramente. Una de ellas, "El himno de Figueredo", apareció acompañada de la partitura que aquí también reproducimos.

La Bayamesa

La Bayamesa, por la Marsellesa, fue compuesta por Pedro Figueredo, el indómito revolucionario, meses antes del pronunciamiento de Yara. La Bayamesa se tocaba por las bandas criollas de la localidad, se cantaba por las damas y se tarareaba por los muchachos de la calle. Aquel pueblo, que acariciaba ya la revolución, daba así expansión a sus sentimientos patrios mucho antes de lanzarse a la lucha.

Cuando hendiendo las almas se dio a conocer como el canto de guerra del pueblo heroico, llegaron sus acordes a los oídos del Coronel Udaeta, el caído Teniente Gobernador de la ciudad, que encerrado con sus tropas en el cuartel militar, principió por escuchar con atención, continuó por reconocer el aire, y terminó por exclamar: "¡Buena me la han jugado! Debí de haberlo sentido, debí antes haber comprendido su semejanza con la Marsellesa, debí haber adivinado que era un canto guerrero! Aun yo, sin saberlo, he tarareado muchas veces el himno que ahora escucho con horror!"

Bayamo cayó en poder de la Revolución. El 20 de Octubre, a las diez de la mañana, cuando las campanas tocaban a vuelo, cuando vitoreaba la multitud ebria de gozo, cuando los colores de la libertad, sin orden, sin concierto aparecían en todos los balcones, en todas las casas, cuando toda la ciudad entusiasmada anunció el triunfo de las armas de la Revolución, apareció rodeado por la multitud, en el centro de la plaza de la iglesia, erguido sobre su jadeante caballo, que arrojaba sangre por los hijares y espumas por la boca, un hombre quemado del sol, desconocido por el polvo,

que sombrero en mano gritaba: "¡Bayameses, Viva Cuba!" y en medio del frenesí que enloquecía a aquel pueblo, en medio de las lágrimas y la alegría, rompe la orquesta y llena los aires con los dulces acordes del himno La Bayamesa.

En seguida Pedro Figueredo rasga una hoja de su cartera, y cruzando su pierna sobre el cuello del indómito corcel, escribe la siguiente octava:

Al combate corred, bayameses,
Que la Patria os contempla orgullosa:
No temáis una muerte gloriosa,
Que morir por la Patria es vivir.

En cadenas vivir, es vivir
En oprobio y afrenta sumido:
Del clarín escuchad el sonido:
¡A las armas, valientes, corred...!

El pueblo hizo coro, la cuartilla de papel corrió de mano en mano y el mismo Figueredo ordenó la marcha que al son de la música recorría las calles y entusiasta exclamaba: "Que morir por la Patria es vivir" y mientras los españoles se rendían, el pueblo cantaba, y el autor de "La Bayamesa", ebrio como Rouget de Lisle, ebrio de gozo por su triunfo, hacía popular su canto de guerra, cuyo espíritu selló cuando pocos años más tarde era conducido en ignominiosa procesión a través de las calles de Santiago de Cuba, donde lanzó su último aliento acribillado a balazos, exclamando orgulloso, soberbio: "Morir por la Patria es vivir"!.

Un Veterano



A CARGO DE: ALPIDIO ALONSO-GRAU

BOCETO DE ZENEA

// Zenea pertenece al grupo de los *Dii Majori* (dioses mayores) de la poesía cubana. Su aporte trasciende los límites de lo literario, es un corporizador de la naturaleza invisible o fugitiva, —brisas, crepúsculos, nubes, soledad, tormentas. [...] No aporta un temblor nuevo, como en el caso de Baudelaire a la poesía francesa, pero sí sorprende el temblor de la naturaleza y lo sorprende temblorosamente, inquieto ante lo encubierto y errante". Así lo vio José Lezama Lima en su "Prólogo" a la *Poesía* de Juan Clemente Zenea, publicada por la Editora Nacional de Cuba en 1966. Hijo de un militar cubano que servía en el Ejército Español y de la hermana del poeta José Fornaris, Zenea nació en Bayamo, el 24 de febrero de 1832. Circunstancias familiares hicieron que desde muy pequeño estuviera al cuidado de su tío Evaristo Zenea. Siendo todavía un niño, después de haber cursado en Bayamo sus primeros estudios, se traslada a la Habana en 1845 e ingresa en el Colegio El Salvador, de José de la Luz y Caballero, centro donde años después impartirá clases de lengua y literatura inglesas; mas su formación será en lo adelante esencialmente autodidacta. Sus sentimientos patrióticos se manifestaron desde muy temprano. A los 17 años se inicia en la lucha por los ideales separatistas y muestra simpatía por los movimientos gestados por Narciso López. Ya desde entonces realiza viajes a Nueva York y Nueva Orleans. De 1846 datan sus primeras publicaciones poéticas y artículos críticos en el periódico habanero *La Prensa*, del que llegó a ser redactor. También por entonces inicia sus relaciones amorosas con Adah Menken, actriz, bailarina y poetisa judía llegada a La Habana como parte de la compañía *The Theodore Sisters*, de Nueva Orleans, con quien estudió y perfeccionó sus conocimientos de inglés y francés. En 1852, tras verse involucrado en la causa seguida contra Eduardo Facciolo por la publica-

ción clandestina de *La Voz del Pueblo*, tiene que huir a Estados Unidos. Allí vive primero en Nueva Orleans y luego en Nueva York. Durante los dos años siguientes de su estancia en el país norteamericano, tuvo una intensa actividad conspirativa contra el poder español. En la primera de estas ciudades se afilió al club El Orden de la Joven Cuba y colaboró en *El Correo de Luisiana*, *El Independiente* y *Faro de Cuba*. Estando ya en Nueva York, se incorporó a la sociedad La Estrella Solitaria e hizo propaganda anexionista en varias publicaciones. Durante su destierro, restablece sus relaciones con la joven actriz. Luego se separaron y nada más sabría sobre ella hasta su muerte a los 33 años, momento en que le dedicó una de sus mejores poesías, tituladas precisamente con sus iniciales "A. M.". Acusado de haber remitido desde el extranjero al Capitán General de la Isla sus escritos revolucionarios, es condenado a muerte en su país. Una amnistía general le permite retornar a La Habana en 1854. Aquí residirá en lo adelante por más de diez años, que a la postre resultarán los de mayor actividad literaria del poeta. En la capital cubana colabora en *La Revista de La Habana*, que dirigía Rafael María de Mendive. Junto a su amigo y futuro biógrafo Enrique Piñeyro, fundó y dirigió la *Revista Habanera*, clausurada luego por orden del Capitán General Domingo Dulce. Por entonces era un asiduo participante de las tertulias de Nicolás Azcárate. *Guirnalda Cubana*, *La Piragua*, *Brisas de Cuba*, *Floresta Cubana*, *El Regañón*, *Álbum cubano de lo bueno y de lo bello*, *El Siglo* y otras publicaciones cubanas, acogieron sus colaboraciones. También en las españolas *La Ilustración Republicana Federal* y *La América*, dará a conocer una serie de artículos sobre literatura norteamericana. En 1860, cuando tenía veintiocho años, se editan, en la imprenta La Antilla, sus *Cantos de la tarde*. El volumen aparece prologado por Joaquín Lorenzo Luaces y reproduce

una carta del Dr. Ramón Zambrana. En su estudio sobre lo cubano en la poesía, Cintio Vitier subraya los múltiples aportes de Zenea a nuestra tradición lírica, que según él, “convergen en un solo sentido: la mayor hondura, irradiación y pureza de su cubanidad. Cubanidad que no reside especialmente en su emoción patriótica ni en su captación de los elementos visibles de la Isla, sino en su modo trémulo, lejano y desamparado de sentir el mundo”. Con Zenea, afirma Cintio, “la espiritualización de la naturaleza alcanza un grado de indefinible vaguedad, una penetrante sugestión de atmósfera crepuscular donde ya se pierden o se difuminan los contornos del paisaje. No se trata, además, de un paisaje cubano típico (como suele ocurrir en Heredia y Milanés), ni de un paisaje literario, convencional o en cierto modo abstracto (como lo hallamos en Luaces y la Avellaneda). Es, realmente, un paisaje poético, ideal, soñado, aunque para soñarlo haya tenido que leer algunos libros, sobre todo franceses, ingleses y norteamericanos. [...] Hasta Zenea nuestra poesía muestra influencias casi exclusivamente españolas [...] Con él empieza la línea de influencia francesa, norteamericana, inglesa e incluso alemana. [...] El romanticismo francés resulta un apoyo de cultura precioso para Zenea, como después el simbolismo para Casal[...]”. Este juicio coincide con el de Max Henríquez Ureña cuando señala que “las influencias españolas son escasas en Zenea, al menos de un modo preciso. Algún eco perdido habían de dejar en él los clásicos del Siglo de Oro”. Agobiado por su inseguridad económica, en 1865 embarca nuevamente hacia Estados Unidos, esta vez con propósitos comerciales. Tras fracasar en esos empeños, se traslada a México, donde invitado por el poeta Pedro Santacilia, cuñado de Benito Juárez, trabaja como redactor literario en el *Diario Oficial de México*. Su itinerario azteca le servirá, además, para acopiar datos con el fin de realizar una edición crítica de las poesías de José María Heredia. Tras el estallido independentista del 10 de Octubre de 1868, vuelve a Estados Unidos a incorporarse en las filas de los emigrados revolucionarios. Junto a su amigo Enrique Piñeyro y otros intelectuales trabaja en el periódico *Revolución* y desarrolla múltiples labores de propaganda a favor de la causa cubana. Deseoso de entrar directamente en acción en el campo insurrecto, se enrola en dos expediciones que a

la postre resultarán fallidas. En medio de las disputas y confusiones por las que atravesaba la emigración cubana de Nueva York —en ese momento dividida entre los partidarios de Miguel de Aldama y los del general Quesada—, decide viajar clandestinamente a Cuba a intentar una arriesgada (y todavía hoy polémica) misión pacificadora que le costaría la vida. Provisto de un salvoconducto que le habían extendido las autoridades consulares españolas en Estados Unidos, desembarcó en una lancha cerca de Nuevitas y jornadas después logra llegar hasta el campamento del presidente Carlos Manuel de Céspedes, donde se entrevistó con el jefe de la revolución “sin resultados positivos”. A su regreso es sorprendido por las tropas españolas, que sin respetar el salvoconducto que portaba, lo hacen prisionero y lo conducen a la fortaleza de San Carlos de la Cabaña, en La Habana. Tras ocho meses de dura incomunicación, es fusilado en el Foso de los Laureles, el 25 de agosto de 1871. Conservados junto a sus pequeños “lentes de finos aros de oro” y a algunos mechones de sus cabellos —que, según se dice, blanquearon completamente durante ese periodo—, los poemas que escribió durante los meses de encierro traslucen una honda tristeza. En algunos de esos versos evoca a su esposa y a su hija, que para entonces “suspiran en extraño suelo/ y mi destino y mi tormento ignoran”. A juicio de Lezama, “Zenea es el primer poeta cubano que tiene cultura poética, es decir, cultura partiendo de la poesía, de las sutiles progresiones de la metáfora, de las relaciones entre el cuerpo y la imagen”. Al morir dejaba inéditas la novela en versos *Jaquelina y Reginaldo*; *La azucena del valle*, leyenda en versos escrita en colaboración con José Agustín Quintero y una edición crítico-bibliográfica de las poesías de José María Heredia. A él se debe una traducción al inglés de la *Plegaria a Dios*, de Plácido. Vertió asimismo al español varios de los *Cuentos azules* de Eduardo Laboulaye y poemas de Giacomo Leopardi, Henry W. Longfellow, Alfredo de Musset y William C. Bryant. Poemas de su autoría han sido traducidos al ruso, inglés y francés. Su poesía, trémula de silencio, lejanía y solitaria intemperie, y su destino trágico de poeta desdichado, cifran con un misterio y una delicadeza únicos el Romanticismo insular y con él, la historia de nuestra literatura.

FIDELIA

Et dans chaque feuille qui tombe
Je vois un présage de mort.

MILLEVOYE

¡Bien me acuerdo! ¡Hace diez años!

¡Y era una tarde serena!

¡Yo era joven y entusiasta,
Pura, hermosa y virgen ella!

Estábamos en un bosque,
Sentados sobre una piedra
Mirando a orillas de un río
Cómo temblaban las hierbas.

¡Yo no soy el que era entonces,

Corazón en primavera,
Llama que sube a los cielos,
Alma sin culpas ni penas!

¡Tú tampoco eres la misma,
No eres ya la que tú eras;

Los destinos han cambiado:

¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

La hablé al oído en secreto,
Y ella inclinó la cabeza;

Rompió a llorar como un niño,
Y yo amé por vez primera.

Nos juramos fe constante,
Dulce gozo y paz eterna,
Y llevar al otro mundo

Un amor y una creencia.

Tomamos, ¡ay!, por testigos
De esta entrevista suprema,

¡Unas aguas que se agotan
Y unas plantas que se secan...!

¡Nubes que pasan fugaces,
Auras que rápidas vuelan,

La música de las hojas
Y el perfume de las selvas!

No consultamos entonces
Nuestra suerte venidera,

Y en alas de la esperanza
Lanzamos finas promesas.

No vimos que en torno nuestro

Se doblegaban enfermas

Sobre los débiles tallos

Las flores amarillentas.

Y en aquel loco delirio

No presumimos siquiera

¡Que yo al fin me hallara triste!

¡Que tú al fin te hallaras muerta!

Después, en tropel alegre

Vinieron bailes y fiestas,

Y ella expuso a un mundo vano

Su hermosura y su modestia.

La lisonja que seduce

Y el engaño que envenena

Para borrar mi memoria

Quisieron besar sus huellas,

Pero su arcángel custodio

Bajó a cuidar su pureza

Y protegió con sus alas

Las ilusiones primeras;

Conservó sus ricos sueños

Y para gloria más cierta

En el vaso de su alma

Guardó el olor de las selvas;

Guardó el recuerdo apacible

De aquella tarde serena,

¡Mirra de santos consuelos,

Áloe de la inocencia...!

¡Yo no tuve ángel de guarda,

Y para colmo de penas

Desde aquel mismo momento

Está en eclipse mi estrella;

Que en un estrado una noche

Al grato son de la orquesta

Yo no sé por qué motivo

Se enlutaron mis ideas,

Sentí un dolor misterioso,

Torné los ojos a ella,

Presentí lo venidero:

¡Me vi triste y la vi muerta!

Con estos temores vagos

Partí a lejanas riberas

Y allá bañé mis memorias

Con una lágrima acerba.

Juzgué su amor por el mío
 Entibióse mi firmeza,
 Y en la duda del retorno
 Olvidé su imagen bella,
 Pero al volver a mis playas,
 ¿Qué cosa Dios me reserva...?
 ¡Un duro remordimiento,
 Y el cadáver de Fidelia!
 Baja Arturo al Occidente
 Bañado en púrpura regia,
 Y al soplar del manso Alisio
 Las eolias arpas suenan;
 ¡Gime el ave sobre un sauce
 Perezosa y soñolienta,
 Se respira un fresco ambiente,
 Huele el campo a flores nuevas;
 Las campanas de la tarde
 Saludan a las tinieblas,
 Y en los brazos del reposo
 Se tiende naturaleza...!
¡Y tus ojos se han cerrado!
 ¡Y llegó tu noche eterna!,
 ¡Y he venido a acompañarte,
 Y ya estás bajo la tierra...!
¡Bien me acuerdo! Hace diez años
 De aquella santa promesa
 Y hoy vengo a cumplir mis votos,
 ¡Y a verte por vez postrera!
 Ya he sabido lo pasado...
 Supe tu amor y tus penas,
 Y hay una voz que me dice
 Que en tu alma inmortal me llevas.
 Mas... lo pasado fue gloria,
 Pero el presente, Fidelia,
 El presente es un martirio,
 ¡Yo estoy triste y tú estás muerta!

RECUERDO

Cuando emigran las aves en bandadas
 Suelen algunas al llegar la noche
 Detenerse en las costas ignoradas
 Y agruparse de paso a descansar.
 Entonces dan los ánades un grito
 Que repiten los ecos, y parece
 Que hay un Dios que responde en lo infinito
 Llamando al hijo errante de la mar.
 Tal en un alma enferma y afligida
 Cuando vienen las penas se recogen
 Los últimos esfuerzos de la vida,
 Las últimas memorias del amor.
 Y en medio de sus duros desengaños
 Se sienta el hombre a reposar a solas,
 Le da un adiós a los primeros años
 Y cuenta a los que pasan su dolor.
¡Ay los primeros años! ¡Ay aquellos
 Tiempos de gloria y de aventuras locas,
 En que eran de azabache los cabellos
 Y gemelas la dicha y la ilusión!
¡Oh dulce juventud! ¡Si Dios quisiera
 Vestir de nueva pompa el árbol mustio,
 Y hacer resucitar la primavera
 Y otra vez calentar el corazón!
 Mas ¿de qué me valdrá la savia ardiente
 De la edad del placer, si al marchitarse
 Las verbenas en flor sobre tu frente,
 Transformóse la virgen en mujer?
 Todo puede tornar: que todavía
 Latente el fuego entre cenizas queda,
¡Sólo la fe que en tu pasión tenía
 No puede nunca al corazón volver!



Intimando

A CARGO DE: RAFAEL POLANCO BRAHOJOS

Puig Premi3n: La m1s bella forma de lo bello

A prop3sito del 500 aniversario de la fundaci3n de la Villa de San Salvador de Bayamo, Honda se complace en conversar con Carlos Puig Premi3n, una de las figuras m1s sobresalientes del panorama cultural actual de esa provincia.

¿C3mo valora usted el aporte musical de Bayamo desde “La Bayamesa” de C3spedes y Fornaris hasta nuestros d1as?

Desde mi punto de vista, “La Bayamesa” fue el detonante de m1ltiples aristas en el mundo de la canci3n y la expresi3n de la poes1a, donde el amor y los valores sentimentales se

estrecharon con el patriotismo, la dignidad y el decoro de los bayameses. “La Bayamesa”, que primeramente apareci3 en una versi3n rom1ntica y luego guerrera, propici3 que se abrieran muchas ventanas hasta nuestros d1as por donde transitaron, desde C3spedes y Fornaris, m1sicos inspirados como Sindo Garay, Pablo Milan3s, viejos y j3venes trovadores de nuestro tiempo que le cantaron a la belleza f1sica y espiritual de la mujer fuese madre, novia o esposa. Hoy es un s1mbolo y referente para las nuevas generaciones al reflejar lo mejor de su cultura, de su poes1a y lirismo.

H1blenos de la labor desarrollada por usted en esa provincia y a nivel nacional en la creaci3n del programa para la primera Escuela de Bandas de M1sica de Conciertos del pa1s y el est1mulo a ese movimiento a nivel nacional.

En mi ciudad adoptiva, Bayamo, tuve el honor de ser alumno de la escuela Rafael Mar1a de Mendive, bajo la tutela de la profesora Verania Acosta quien me inclin3 al mundo de la m1sica, y luego me hizo partcipe de la Banda de M1sica de esa escuela. En esta instituci3n educacional donde se formaron importantes m1sicos bayameses comenz3 mi inter3s por el aprendizaje de diferentes instrumentos de percusi3n, vientos y cuerdas. Esto me propici3 mi ingreso a la escuela de m1sica Rafael Cabrera bajo la di-

recci3n de Ana Manuela Di3guez y un claustro de profesores entusiastas y emprendedores como Nerio Gonz1lez, Radam3s Cabrera, Elo1na Guerra y Ren3 Capote.

En la d3cada de 1960 ingres3 como educando en la Banda Municipal de Bayamo, bajo la direcci3n del maestro Joaqu1n Mu1oz C1sate quien dedic3 parte de su tiempo en formarme como m1sico y amante de la m1sica de concierto. Luego ingres3 en la Banda Militar de Holgu1n traslad1ndome hacia Santiago de Cuba, bajo la batuta del maestro Salvador Alarc3n quien contribuy3 en gran medida al conocimiento y manejo del mundo de las bandas en el plano te3rico y pr1ctico. Al terminar mis estudios en la Escuela Profesional de M1sica regreso a Bayamo y comienzo como Director de la Banda Municipal.

A partir de este momento se oficiaron importantes eventos como festivales, conciertos, seminarios de capacitaci3n y acciones de todo tipo en el mundo musical posibilit1ndome una cultura amplia en el universo de las bandas.

A solicitud de la m1xima direcci3n del pa1s, en el a1o 2000, creo un programa de ense1anza y formaci3n acelerada de m1sicos para bandas dando as1 inicio al proyecto de Escuela de Bandas de Conciertos en todo el pa1s, para que en cada municipio pueda existir una instituci3n cultural que resalte los valores de la m1sica de concierto y popular



tanto cubana como internacional. En nuestros días este proyecto se ha entendido hacia otros países teniendo en cuenta los resultados obtenidos, gracias al apoyo del Instituto Cubano de la Música y el Ministerio de Cultura.

Este importante movimiento goza de gran popularidad en la provincia de Granma donde existen 10 bandas nuevas ya categorizadas, tanto en la zona rural como urbana, dos bandas infantiles y dos bandas de los Centros penitenciarios, en estas últimas este movimiento ha servido de gran aporte en la formación y reeducación de los reclusos para su reintegración a la sociedad.

En la actualidad considero que es de gran importancia la continuidad de la superación de los músicos que fueron formados en este proyecto así como el apoyo material de algunos recursos y accesorios vitales para desarrollar el trabajo.

La labor que desempeñé por mí dentro del movimiento de las bandas en el país me sirvió de estímulo y vitalidad para seguir aportando vida al proyecto, muestra de esto lo constituye el premio de composición de música para bandas recientemente recibido en el Concurso de Música Contemporánea Alejandro García Caturla.

¿Qué otra arista de su amplia trayectoria considera de interés para los lectores de la Revista?

Realicé una importante labor en las Fuerzas Armadas a la cual agradezco mi formación artística desde los inicios en la Banda Militar del Estado Mayor del Cuerpo de Ejército de Holguín en el año 1969. Allí realicé un significativo trabajo en el movimiento de aficionados del Ejército Oriental en la formación de grupos musicales de

diferentes formatos y solistas, así como cantores de coros que obtuvieron importantes premios en los diversos festivales de aficionados. De igual forma, mi actividad profesional con la Banda del Ejército Oriental, bajo la batuta del profesor Salvador Alarcón, ya fallecido, me aportó valiosos conocimientos genéricos que luego utilicé en la vida civil. Al término de mi servicio en la FAR regreso a mi Banda de origen comenzando una ardua labor en la reparación de instrumentos musicales gracias a la ayuda del maestro Rodolfo Posada, lutier por excelencia de Cuba, quien también contribuyó en mi formación como técnico reparador de instrumentos musicales.

En el año 1979 fundé la Escuela de Superación Profesional para la Cultura en la provincia de Granma, institución que aportó importantes líneas de instrumentistas en todas las especialidades deficitarias que hoy dieron al traste en el desarrollo de las diferentes líneas de instrumentos como el oboe, flauta, corno, guitarra, contrabajo, percusión, etc. Posteriormente me di a la tarea de crear un festival que rindiera honores a nuestros creadores en la música popular, trovadoresca yailable, así surge el Festival *Sindo Garay*, que arriba este año a su decimocuarta edición, con un valioso aporte a la cultura musical de Bayamo y de la provincia Granma. En este marco surgen nuevos formatos instrumentales. De la misma importancia fue la creación del festival infantil *Reparador de Sueños* en el cual realicé la formación de niños cantores. También participé como arreglista musical y grabador de más de 300 obras originales que en nuestros días constituyen un aporte importante al patrimonio

musical infantil de cada uno de los municipios que conforman nuestra provincia.

En la década del 80 dirigí la Unión Nacional de Artistas y Escritores de Cuba en su sede en la provincia de Granma donde se realizaron eventos que estimularon la creación artística y literaria.

Unido a todo esto he creado importantes obras musicales que dignifican los valores patrióticos e históricos de la provincia como son: Música del Monumento de la Plaza de la Patria (Fantasía que expresa musicalmente todas las imágenes patrióticas representadas en la misma desde el Padre de la Patria Carlos Manuel de Céspedes hasta el desembarco del Granma y el triunfo de la Revolución, Música para el 50 Aniversario del Soviet de Mabay, donde actuaron 125 mimos, junto a esta fueron creadas también dos pequeñas obras para los poblados de Mabay y Julia. De igual forma realicé la *Suite de la Cubanía* para la celebración del Día Nacional de la Cultura Cubana, poniendo de manifiesto en cada una de sus partes valores como el decoro, la dignidad, el amor y el patriotismo. Esta obra ha sido utilizada en diferentes programas de televisión y grupos danzarios del país.

En el 485 Aniversario de la fundación de Bayamo compuse una Suite integrada por 8 piezas que representan nuestra historia desde Hatuey hasta nuestros días. En el 490 compuse varias obras para formato coral y lírico. En la actualidad trabajo en la composición de varias piezas para la celebración próximamente del 500 Aniversario de la ciudad. ■

Páginas nuevas

Una aproximación a **POR ESTO**

Hace algunos meses fue presentado en el Pabellón Cuba de La Habana el libro *Por Esto*, de la Editorial Abril, del cual son coautores Armando Hart Dávalos y Eloísa Carreras Varona. El libro está especialmente dedicado a los niños y jóvenes cubanos y supera con creces las proyecciones y expectativas que tradicionalmente suele alcanzar este género literario antológico.

Sus autores, unidos por la complicitad del amor y el trabajo intelectual, han aunado sus esfuerzos para brindarles a las nuevas generaciones un texto que permite incursionar en nuestra historia y en nuestra cultura, desde sus orígenes hasta nuestros días. A través de un conjunto de artículos y ensayos, ellos nos permiten aproximarnos de forma breve, amena y directa al conocimiento de los hechos y personalidades más sobresalientes que han conformado nuestra nación y nuestra nacionalidad.

Una gran parte de los artículos que conforman este libro aparecieron publicados en el primer semestre del año 2008, y a partir de mayo del 2011, en las planas del diario yucateco *Por Esto!*, en la Columna *Correo desde la Isla de la dignidad*. Ahora los mismos aparecen ordenados según su temática esencial, dando a conocer sucesos y hechos relevantes de nuestra historia, cultura, derecho, educación, ética, filosofía, política y otras importantes disciplinas.

Muchos de estos perfiles han sido dibujados por la pluma del Dr. Armando Hart como fruto de sus vivencias personales. Los mismos describen el proceso de su propia

maduración intelectual y política desde una perspectiva testimonial, lo que otorga al libro un valor adicional a los ya enumerados.

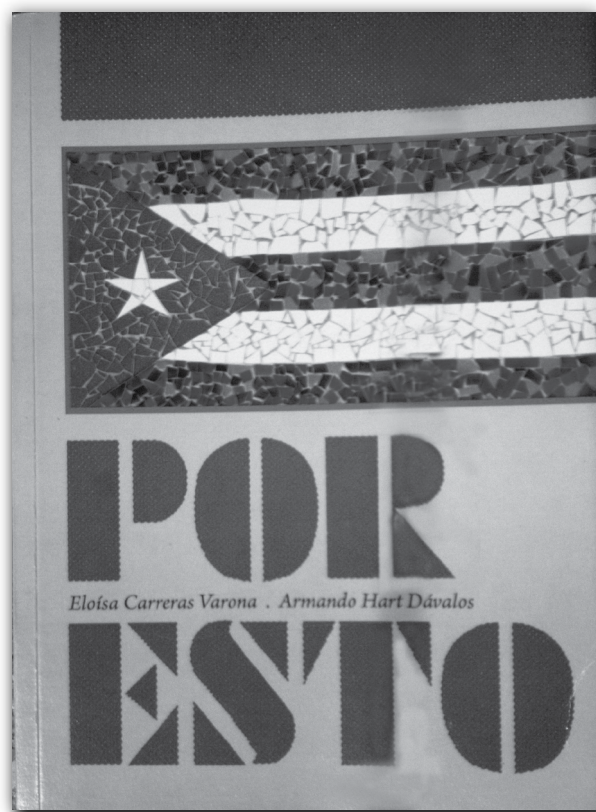
Como bien se expresa en las palabras liminares a este libro, solo la educación y la cultura nos permitirán prepararnos ideológicamente para luchar contra los inmensos peligros que enfrenta la humanidad toda. Ante las circunstancias que caracterizan los inicios del siglo xxi –época de peligro inminente incluso para la supervivencia de la especie humana– una de las interrogantes que debemos hacernos es la siguiente: ¿qué papel deben desempeñar la *educación* y la *cultura* en nuestro tiempo, y particularmente en nuestra sociedad?

A lo largo de la historia del pensamiento humano, filósofos y hombres ilustres en los más variados campos han incursionado sobre tan importante tema. Ya desde la antigüedad los grandes filósofos, conscientes de la importancia de la educación y la cultura, reflexionaron sobre su significado social. Cabe mencionar la preocupación de Demócrito por la educación de la juventud, la importancia del método socrático en el ámbito de la pedagogía, el planteamiento de Platón acerca de la importancia que reviste la educación del ciudadano para el estado y el ideario ético de Aristóteles.

Sócrates, *maestro de maestros*, dedicó su vida a *educar a los jóvenes* atenienses, y otorgaba el

más alto valor al “Bien” y a la “Virtud” como valores éticos. Asimismo advertía sobre la diferencia esencial entre “educar” al hombre para la vida, e “instruir” o transmitir conocimientos. El nuevo enfoque del filosofar y del papel del *maestro de filosofía* en Sócrates, entre otros factores, condujo al pensamiento antiguo hacia los grandes sistemas idealistas de Platón y Aristóteles y a la creación de las grandes escuelas filosóficas fundadas por ellos, *La Academia* y *El Liceo*, respectivamente. En el sistema platónico, la política ocupó un lugar de primer orden, en estrecho vínculo con sus concepciones éticas y educativas. Platón le otorgó gran importancia al problema del Estado y construyó su ideal a partir del concepto de justicia.

También Aristóteles, quien ha sido denominado “la mente más universal entre los griegos” en su conocida obra *Ética a Nicómaco*,



dedicada a su hijo, expresó que la verdadera felicidad consiste en hacer el bien, y que un hombre bueno es un hombre virtuoso. También ha sido denominado el filósofo del “término medio”, por cuanto en sus concepciones éticas definió la virtud como el justo medio entre dos extremos.

A partir del siglo I, desde los orígenes del cristianismo y durante un largo periodo de catorce centurias, la Iglesia cristiana de occidente fue apropiándose de la enseñanza y la cultura en la misma medida en que se institucionalizaba, hasta que en el marco de la Escolástica (siglos IX al XIV) logró monopolizarlas de manera total, dedicándolas exclusivamente al servicio de la Teología.

Ya en el Renacimiento, durante los siglos XV y XVI, el tema de la educación y la cultura continuó siendo objeto de atención priorizada. Así lo demuestran las obras de los grandes humanistas de aquella época, como Erasmo de Rotterdam, Michel de Montaigne y Juan Luis Vives.

A partir del siglo XVII, la modernidad continuó resaltando la importancia de la educación y la cultura para el desarrollo de la sociedad. La confianza en la razón y el reconocimiento de sus posibilidades ilimitadas constituyeron el sello distintivo de las nuevas posiciones en el campo de la educación.

Por su parte, el siglo XVIII, denominado Siglo del Iluminismo, estuvo signado por la Ilustración como movimiento ideológico y cultural de carácter heterogéneo, que abarcó a los principales países de Europa occidental. Para los ilustrados, la raíz de todos los males que padecen el hombre y la sociedad hay que buscarla en la ignorancia o la falta de conocimiento de los hombres sobre la naturaleza, las ciencias y la sociedad. Por tal motivo se propusieron como tarea de primer

orden renovar los viejos métodos educativos y lograr avances notables en la cultura. Todos ellos abogaron por un nuevo concepto de “educación”, pero particularmente Rousseau en su obra *Emilio o La Educación*, editada en 1762.

En la contemporaneidad, durante los siglos XIX y XX fueron muchos los problemas de la educación no resueltos a escala global, y en los inicios del siglo XXI, estos problemas continúan sin resolverse. El destacado filósofo Edgar Morin ha resaltado especialmente la importancia de la educación y ha hecho un llamado a desarrollar un pensamiento complejo, destacando la necesidad de lograr la interpenetración de los saberes *fundamentales*, que a su juicio, la educación del futuro debería tratar en cualquier sociedad y en cualquier cultura sin excepción alguna, ni rechazo según los usos y las reglas propias de cada sociedad y de cada cultura.

En nuestro país, desde los orígenes de nuestra cultura, la educación ha constituido objeto de preocupación de las mentes más preclaras. Así surgió, en las postrimerías del siglo XVIII, la propuesta de aplicar el método *electivo* en el filosofar, elaborado por el padre José Agustín Caballero y Rodríguez de la Barrera (1762-1835). Sus lecciones de *Filosofía Electiva*, que permanecieron inéditas en forma de manuscrito hasta 1944, constituyen la primera obra filosófica escrita por el filósofo cubano, quien *asestó los primeros golpes al método escolástico* que se practicaba a usanza y se convirtió en *el iniciador de la tradición electiva en el pensamiento cubano*.

Sus eminentes discípulos Félix Varela, José Antonio Saco y José de la Luz y Caballero se encargaron durante el siglo XIX de continuar y

enriquecer de modo consecuente la línea del *electivismo* trazada por su maestro de filosofía, y contribuyeron a profundizar definitivamente la reforma educativa que Caballero había iniciado.

Martí, nuestro Apóstol, fue heredero indiscutible de los elementos aportados por esa rica tradición filosófica y ética, los cuales aparecen enriquecidos en la ética martiana como expresión del carácter integrador de su cosmovisión. Heredero además de la tradición filosófica universal, supo beber en la obra de los clásicos de la filosofía y asimilar con criterio propio y *espíritu electivista* sus más destacados aportes, a la vez que señalar sus limitaciones fundamentales. En la segunda mitad del siglo XIX, cuando en Cuba y en América Latina la filosofía positivista con su crítica a la metafísica resultaba lo suficientemente atractiva y novedosa como para imperar casi por completo en nuestro continente, Martí asumió y reivindicó el *electivismo cubano*, enarbolándolo frente a la filosofía de Comte y Spencer y advirtiendo sobre los peligros que el positivismo entrañaba como postura filosófica preponderante en América.

De este modo, los padres fundadores de nuestra nación y de nuestra nacionalidad supieron nutrirse de lo mejor del pensamiento universal, y *elegir* lo mejor de todos los sistemas para conformar un pensamiento propio y creativo que diera respuesta a nuestras necesidades y urgencias como nación. José de la Luz, en frase memorable, había resaltado ya el trascendente significado que el pensamiento cubano otorgaba a la *eticidad* y al sentimiento de justicia, al expresar:

“Antes quisiera, no digo yo que se desplomaran las instituciones de

los hombres — reyes y emperadores —, los astros mismos del firmamento, que ver caer del pecho humano el sentimiento de justicia, ese sol del mundo moral.

Y Cintio Vitier, martiano profundo, heredero de esa eticidad, supo captar magistralmente la esencia de nuestro pensamiento, cuando expresó en su bello libro *Ese sol del mundo moral*:

De lo que se trata aquí es solo de señalar aquellos momentos claves en el proceso de forja de la nacionalidad que denotan un fundamento y una continuidad ética, es decir, una creciente, dramática y dialéctica toma de conciencia. En el punto focal de ese proceso —que desde luego, si no es toda la historia, es su porción más lúcida y edificante— se sitúa la figura de José Martí, uno de aquellos hom-

bres acumulados y sumos, como él llamó a otros, que llevan en sí la agónica rectoría moral de sus pueblos [...].

Hoy más que nunca, la educación y la cultura reclaman nuestros desvelos y preocupaciones sobre la formación inmediata y futura de las nuevas generaciones, a quienes va dirigido especialmente este libro. ■

RITA M. BUCH SÁNCHEZ

El místico perfume de la memoria

Las tradiciones populares reflejan el espíritu del tiempo en que ocurrieron y nos dan una idea exacta de su ilustración. Ellas son el eco de los pueblos, el efluvio embalsamado de la atmósfera que rodea a los hombres de cada época. Por las tradiciones de un pueblo se sabe su historia, por su historia se saben sus costumbres, sus deseos, su vida. Estas son algunas de las consideraciones que obligaron al trinitario Francisco Murtra a conformar una serie de artículos, algunos inéditos, recogidos en el primer libro impreso en la villa, en el año 1856, y que el compilador tituló *Crónica y tradiciones de S. Salvador de Bayamo*, donde se vislumbra un Bayamo apacible en los albores de la Ilustración, y que ahora agradecemos al MsC. Ludín Bernardo Fonseca García, investigador e historiador de la ciudad de Bayamo, el haber rescatado, prologado e incluido en este cuaderno —cuyo único ejemplar se encontraba en la Biblioteca Nacional— como parte del proyecto Memoria, una aspiración que surgió desde el 2008 de la Casa de la Nacionalidad en cola-

boración con Ediciones Bayamo de promover algunos libros relacionados con la historia de Ciudad Monumento Nacional.

La idea de crear *Crónicas y tradiciones...* surge cuando el oligarca habanero Juan Bautista Mendieta, residente en Bayamo, solicita los servicios de Murtra, quien había llegado a la villa en 1855, para inaugurar una imprenta y un diario. Murtra —quien ya tenía antecedentes como impresor en Cienfuegos— estrenó la primera imprenta en su localidad el 14 de noviembre de 1846, y sacó a la luz pública la hoja *Puerto de Cienfuegos*, un suelto con noticias económicas y mercantiles costeadas por algunos comerciantes de la población que florecía en la península de La Majagua. A él también le tocó el privilegio de publicar, en el propio año, dos ejemplares del primer libro de la villa: *Memoria histórica, geográfica y estadística de Cienfuegos y su Jurisdicción*, obra de Don Pedro Oliver y Bravo, de 52 páginas, los cuales se guardan celosamente en la sala de Fondos Raros y Valiosos, de la Biblioteca Provincial cienfueguera, sentando

así las bases para el florecimiento de publicaciones fundacionales que configuraran y desdibujaran, con verdaderos tintes y fisonomía, los cuadros que caracterizaban aquellos tiempos patriarcales.

En *Crónicas y tradiciones...* Murtra quiso centrar la atención de las autoridades para que estas fomentaran el desarrollo y potencialidades económicas de Bayamo, debido a la desidia que reinaba en la jurisdicción y el departamento oriental de la Isla. Para ello decidió compilar en este volumen una serie de trabajos firmados por el pedagogo y poeta bayamés José María Izaguirre, conspirador por la independencia y fundador del colegio San José de Bayamo; uno del cadete de las Milicias Blancas, Manuel de José Estrada, hijo del abogado bayamés Manuel de Estrada; otro signado por el abogado y hacendado Francisco María Fajardo de Infante; más el suscrito por el funcionario español de la Real Hacienda de la villa, Juan García de Navía Castellón, encargado del control de las tierras realengas de Bayamo; y uno por Manuel del Socorro Rodríguez, padre del

periodismo colombiano; también el lector podrá acceder a un artículo del propio Murtra, entre otros apartados valederos.

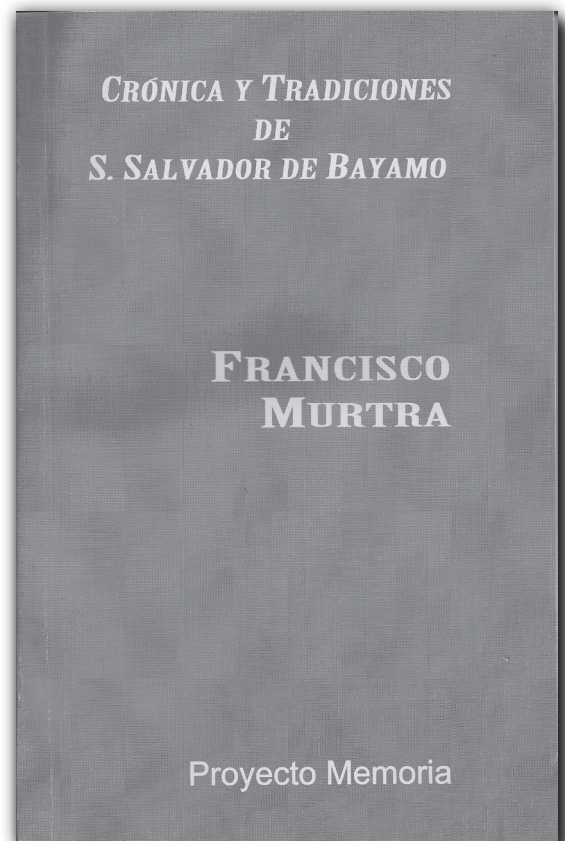
Como antesala del volumen el público podrá apreciar el origen e impronta generacional de una tradición que cautivó a los moradores de Bayamo: La Cruz Verde, narrada por José María Izaguirre, cuando el amor y la religión constituían casi las únicas fuentes inspiradoras de estas aventuras populares y donde las almas fervorosas de los hombres estaban consagradas a la constancia de la fe, por la cual cifraban sus esperanzas en el porvenir y la gloria. La usanza fue transmitida por la anciana Margarita Vázquez, depositaria de la Cruz, quien conservaba en su memoria los pormenores de los acontecimientos y se complacía con ver la unción en los interesados. La aparición y la trascendencia de esta reliquia resulta polémica, ya que no existe la certeza de haber sido encontrada antes de la fundación de la iglesia de Bayamo. La historia que respalda las virtudes de la Cruz, la del pobre labrador que pierde y recupera su caballo con toda su fortuna, está contada sin cortapisas y sin mucho patetismo, pero al decir del propio Izaguirre, esta no desagradará y será escuchada con el fervor de un alma pura.

Para los lectores resultará interesante solazarse en la lectura del trabajo publicado por el licenciado Francisco Fajardo de Infante sobre la formación de una carretera entre el río Cauto, el Embarcadero y la ciudad de Bayamo, que si bien no fue un artículo científico donde Fajardo manifestara una gran erudición, al menos reveló las concepcio-

nes más puras, los afanes, de quien desea sacar la languidez y la decadencia de su patria. En él describe topográficamente la afluencia del emblemático río, las perspectivas de sus riberas, la fertilidad y naturaleza de sus terrenos, cubiertos de una fértil y llana sabana, la potabilidad de sus aguas, las haciendas de crianza que siguen su curso, susceptibles a los ingenios de azúcar y las industrias pecuarias y agrícolas, previniendo a los propietarios de estos terrenos a que calcularan sus propios intereses y abrigaran ideas filantrópicas que fomentaran la agricultura, a decir de ellos, “el primer nervio del estado”. Fajardo ha desdibujado a la ciudad con elementos naturales, prodigiosos, con obras del hombre y no de la naturaleza. Considera que Bayamo se gloria de haber sido la primera ciudad de Cuba, comerciante y agrícola, la madre de tantos pueblos, la primera en ilustración y que es lamentable que ahora esté pronto a sucumbir por falta de esfuerzos, por falta de espíritu de asociación.

También es digno destacar el singular acercamiento que el compilador Murtra hace de la figura de Manuel del Socorro Rodríguez, nacido en 1758, un carpintero bayamés que tuvo un talento brillante para las ciencias, director de la Biblioteca Pública de Santa Fé de Bogotá e iniciador del periodismo en Colombia. Pobre, mulato, se vio imposibilitado de asistir a la escuela, aprendió a leer y a escribir en

los mismos lugares donde laboraba. Con el tiempo llegaría a adquirir una preparación excepcional para su época en Cuba. Fue entonces que, mediante un memorial, solicitó empleo al rey Carlos III y pidió que, antes de concedérsele, se le examinara en el colegio de San Carlos, donde lo sometieron a prueba en las ramas de las Humanidades, ejercicios que fueron concluidos en quince días y dedicados a los colegiales de aquel seminario. Por esta razón, el mariscal de campo José de Ezpeleta, Virrey de Santafé de Bogotá, decidió encomendarle la dirección de la Biblioteca. Socorro Rodríguez abrazó la causa de la independencia de América y llevó una vida frugal, dedicada al estudio y al cumplimiento de sus deberes. Precisamente de su autoría se recogen en el texto la dedicatoria hecha a estos “ilustres hijos de Minerva”, en alusión a



los colegiales, y los consagrados elogios al rey representante del despotismo ilustrado de España, Carlos III, y la obra poética *Las delicias de España*, estructurada en 45 estrofas, con ocho versos endecasílabos cada una. Manuel del Socorro, con una prosa llena de lirismo, metafórica, describe las concepciones, las cualidades y las exigencias que deben caracterizar a un gobernador, desde la caridad, la templanza, hasta la prudencia, y se desborda en halagos para con el soberano protector de las ciencias, el restaurador de la literatura española, el creador de famosos arcos, acueductos y hospicios napolitanos, el rehabilitador de las ciudades de Herculano y Pompeyana, enterradas por tantos siglos. Con estos enfoques no solo se muestra el papel desempeñado por el autócrata para lograr la virtud de los claustros, el esplendor de las universidades, la astucia artística, la prosperidad en los comercios y la agricultura, sino también se hurga en su vida privada, que aunque parezca revestida de fastuosas magnificencias, no respira el regodeo y las delicias, ni tiene

una coraza ante los infortunios, demostrando que las jerarquías también están comprendidas bajo la potestad del sufrimiento y la expiación y llegan a probar el amargo cáliz de la desdicha, muestra de ellos es la pérdida de su padre y de su hermano.

Mención aparte merece el poema antes mencionado, el cual constituye un digno elogio de los príncipes de Asturias. Excelente-mente encabalgados, cumpliendo con la más estricta disposición métrica, los versos de Manuel del Socorro muestran el sentir del autor hacia los dignatarios, cuyas imágenes giran por el brillante ruedo de la virtud, en el florecimiento de la afabilidad y el apogeo del amor propio, y dejan una remembranza indeleble en el más alto nivel de la gratitud española: "Sobre una nube blanca y luminosa/ Que en círculo movía el blando viento/ Coronada de plumas, muy hermosa/ explicaba la fama su contento:/ en su aurífera trompa sonora/ flameaba un lienzo en cuyo campo escentro/ Un mote así decía con gracia extraña/ Estas son las delicias de la España".

Estamos, sin lugar a dudas, ante un volumen plausible, agradable e instructivo, al cual se le introdujeron 141 notas explicativas y se respetó la redacción y la ortografía original, a pesar del encomiable trabajo archivístico donde los promotores del proyecto encontraron disímiles limitaciones, la mayoría relacionadas con la ilegibilidad del discurso historiográfico del material. Ha valido, no obstante, revalorizar los pormenores y circunstancias que giran alrededor de la fundación de una ciudad que pronto cumplirá sus 500 años, y que muchos todavía ignoran sus antecedentes y acontecimientos más notables que esbozan su historia, en un texto que constituirá una obligada referencia para los investigadores y estudiosos del tema, por la estructuración del cuaderno, la sutil selección de los textos, donde los autores se regodean en una redacción y estilo narrativo depurados y van hilvanando de forma certera las redes que conducen a la génesis de formación de la segunda villa fundada por el Adelantado Velázquez. ■

JOEL JORGE PRADO ROSALES

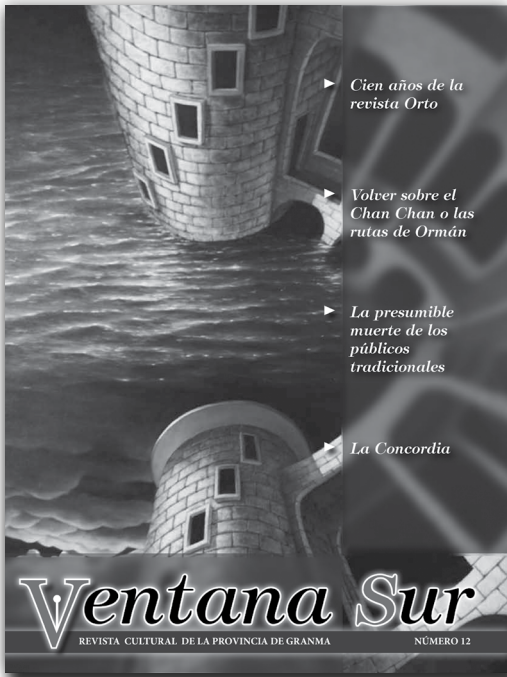
Ventana Sur: una revista que dialoga

Como frecuente hojeador de revistas comienzo siempre desde el final hasta la página primera. Manía que me depara inigualable placer subversivo al torcer la preconcepción de cada estrategia del editor/publicador. Ruta inversa en la que desando

las voces en las páginas contenidas y que me descubren insospechados alcances de los textos e imágenes. Como el que descubre la canción oculta en la giratoria en reversa del disco de vinilo, así han saltado las ideas, los saberes, las polémicas y distingos apreciables

al contacto del dedo que pasa la hoja para descubrir un mundo.

Ventana Sur nos trae cercanías y distancias. Nos devuelve discursos y traza, con mano de aprendiz, los derroteros de lo por llegar. Es ya un prodigio que exista, que se ramifique y extienda, que desate pasiones



y diferencias, que reúna, convoque y hasta divida. Es la ventana que el mundo tiene para mirarnos en la extensión de nuestra propia insularidad de golfos, sierras y llanuras caudalosas. Un ojo inevitable. Este número 12, en el año 12, del mes doceavo, frecuenta los espejos, las variantes y las formas múltiples. Es el eterno juego de mirarnos en el otro para descubrirnos tal cuales somos. Una dual transparencia entre lo cercano y lo tempranamente universal.

Un número de homenaje a lo primario, a la inquietud primigenia de fijar una generación, una vida cultu-

ral entre los vapores de una imprenta. Nace Orto en Manzanillo y nace una manera de transpirar las artes, el comercio y la literatura. Sus acordes promocionales resuenan entre estas noveles páginas como una visita esperada, que catapulta la mirada desde este siglo 100 años atrás cuando era otro el cubano para seguir siendo el mismo. Un diálogo con el tiempo, una fisura que permite entrever lo local como irradiación de lo universal, de lo perdurable. Una ventana donde cabe toda la poesía, la verdadera que no concede otro sitio que la emoción de su diversidad y permanencia. Un reparar las fibras con que se tensa la lírica más joven, la que heredó una serenata a golpe de guitarra entre los vaivenes de un tren hacia las nubes.

En tiempos en que urge la resonancia de la voz del otro, en que precisamos arrojar las máscaras y mirar las caras lavadas como una mañana, es de aplaudir los intentos de polifonía, los cauces diversos para llegar al mismo desagüe, no siempre tan limpio. Sin llegar a ensancharse en un debate de confrontación, las múltiples miradas propuestas sobre un tema álgido y nunca concluyente como el de televisión, consumo y públicos re-

viste una importante aproximación que debería promover posteriores proximidades.

Puntos grises como sus páginas no son prescindibles. Quedan trechos salvables por recorrer en pos de un diseño identitario, que caracterice unívocamente sus secciones sin promover ambigüedades ni confusión visual. Recordar que la imagen no debe ser objeto pasivo meramente de función ilustradora, sino que puesta a dialogar con el texto y contexto, se erija en producción artística, autónoma y discursiva.

Se extrañan, con más fuerza en este número por la evocación del paradigma editorial manzanillero, las estrategias promocionales que, insertas en las políticas culturales de nuestra realidad, hagan más visibles los fenómenos y procesos artísticos que ocurren por estas tierras.

Ventana Sur es, de manera cercana, un espacio dialogante, una manera de conversar con lo que se escribe, se habla, se escucha, se piensa, se crea en la geografía granmense; en esta granmensidad desde la que el mundo, a veces indiferente, a veces asombrado, nos observa. ■

MANUEL NAVEA FERNÁNDEZ

Una antología para un aniversario:

Un loto blanco de pistilos de oro

En las librerías desde fines del 2012, podemos encontrar la antología de Julián del Casal (1863–1893), *Un loto blanco de pistilos de oro*, y no podía ser más oportuna esta selección realizada, prologada y anotada por Salvador

Arias, ya que durante todo el 2013 estamos conmemorando el sesquicentenario de su nacimiento, así como los ciento veinte años de su desaparición física. Se trata de un libro de cuidada factura editado por la Editorial Letras Cubanas en

su colección Biblioteca Literatura Cubana. La edición y la corrección ha estado a cargo de Eliana Dávila y la dirección artística es de Alfredo Montoto Sánchez. El diseño de cubierta, de Liliana Viera Viltres ilustra agradablemente el título con el

amado y exótico loto que cantó el poeta y refresca la mirada con gradaciones verdes y blancas y algunos resplandores amarillos.

La selección de Salvador es ceñida a lo esencial, y por mucho que se pueda lamentar alguna ausencia, nos presenta en síntesis acertada lo mejor de sus versos, con notas que iluminan debidamente los textos, y unos apéndices también breves y atinadísimos con dos trabajos fundamentales sobre el poeta, uno de José Martí y el otro de José Lezama Lima, así como una tabla cronológica sobre el autor y su época. Y cierra el volumen una bibliografía activa y pasiva de Julián del Casal.

Este tipo de publicación es sumamente útil porque cubre a todo tipo de lector y ofrece de manera resumida una gran cantidad de información cruzada que complementa la obra, con lo cual posee de entrada un gran valor pedagógico para los maestros de literatura en los diversos niveles de enseñanza. Por otra parte, el prólogo es digno de destacarse, ya que la experiencia editorial y los notables estudios acumulados por el compilador a lo largo de su vida profesional, contribuyen decisivamente a ofrecernos en unas cuantas páginas que contienen cinco acápites una reflexión sustanciosa acerca de la vida y la obra de Casal, así como una estimación a

la luz de sus contextos históricos, con lo cual coloca debidamente en el lugar que le corresponde a uno de los poetas mayores de la literatura cubana.

En la primera hornada del modernismo, Casal produce una poesía de la que Salvador Arias escribe: "Después de cien años de escritos, después del surrealismo y diversas corrientes de vanguardia, aún la fuerza de la imagen casaliana nos subyuga. Porque su verso no solo culmina un siglo poético, sino que también se abre hacia un futuro que, lamentablemente, él no pudo contemplar". Esta comprobación tan justa puede hallarla el lector al leer los versos dolientes cargados de una densidad simbólica raramente alcanzada por la poesía cubana hasta su época. Triste y amargo el verso las más de las veces, transido de un dolor donde convergían tanto el sentimiento de frustración existencial que experimentaba el poeta como la inadecuación de su sensibilidad a un medio hostil cuajado de horrores morales y de injusticia colonial.

La tradición poética cubana siempre tendrá en Casal a uno de sus poetas emblemáticos, la cuerda crepuscular y desolada será siempre pulsada por todas las generaciones, quienes encontrarán en este poeta de la ciudad a un alma



gemela, más allá de los gustos, matices y cambios que las épocas históricas contienen y que modelan cada momento. La universalidad del dolor y del desamparo espiritual es un registro humano constante cuya memoria la hermosa poesía de Julián del Casal y la leyenda de su vida expresan a un alto nivel estético.

Salvador Arias nos provee pues un libro que es continuidad de lectura y homenaje necesario a un grande y desdichado poeta cubano. ■

CARMEN SUÁREZ LEÓN

Acerca de un libro que incita a la polémica

En 2012 la Fundación Fernando Ortiz publicó un libro que, a partir del estudio de la Revolución de 1895, presenta un resultado de investigación novedoso donde se plantean numerosas preguntas, algunas de ellas resueltas en el desarrollo de la exposi-

ción escrita, mientras otras quedan como temas que se abren a nuevas investigaciones. Por la índole del asunto que aquí se define, parecería que se trata de un libro más sobre un proceso histórico que ha concitado el interés de muchos historiadores; sin em-

bargo, no es así; el autor se propuso abordar esa revolución desde las perspectivas que anuncia en el título: la hegemonía y el poder dentro de aquella revolución.

En un camino que abrieron algunos estudiosos anteriormente desde distintos ángulos, tales

como Ramón de Armas, Diana Abad, Oscar Loyola, Ibrahim Hidalgo o Francisco Pérez Guzmán, en cuanto a intentar el esclarecimiento del proceso por el cual la revolución concebida y organizada por Martí no pudo realizarse, la obra que presenta Álvarez Pitaluga se propone ir más adelante en esa indagación desde los presupuestos teóricos que explicita, a partir de los conceptos que dan título al libro.

Lo que fue una tesis de doctorado en Ciencias Históricas, bajo la tutoría de Oscar Loyola, se presenta ahora al lector especializado más ampliada, gracias a la mayor libertad de páginas de que pudo disponer el autor para ofrecer el resultado completo de su investigación, lo que permite aportar asuntos o aristas que no cabían en el marco estrecho de la paginación que establece el ejercicio académico. De manera que el público interesado se puede

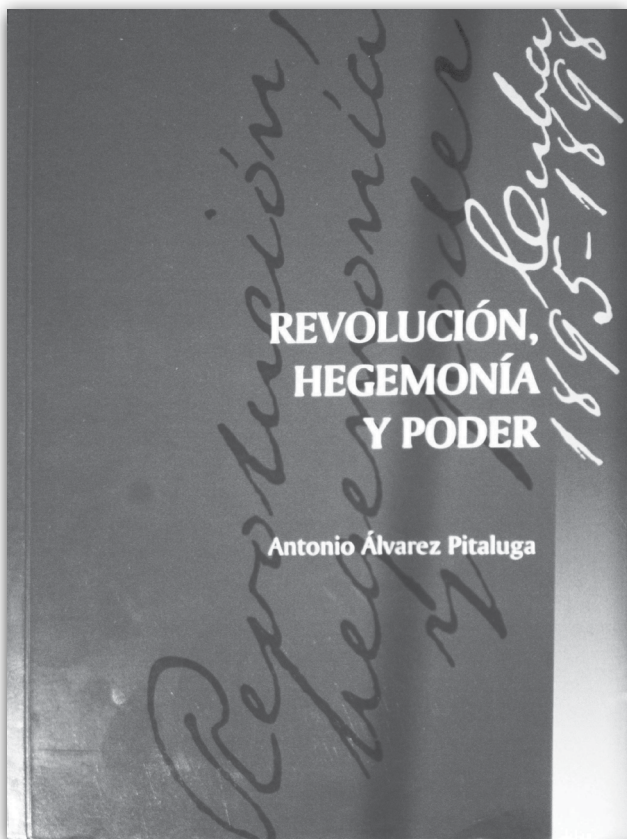
asomar a un volumen de información y análisis mucho más completo y abarcador.

Quizás el lector de esta reseña infiera que se trata de una obra en la cual se relatan los combates de aquella gesta heroica en una sinomimia de revolución y guerra, mas no es eso lo que va a encontrar, sino el análisis de los problemas, contradicciones y complejidades del poder y la hegemonía dentro del proceso de guerra/revolución que se abrió el 24 de febrero de 1895. A mi juicio, el exergo es bastante aclaratorio de los objetivos del autor, cuando reproduce las palabras de Fidel Castro en la Universidad de La Habana el 17 de noviembre de 2005, ocasión en que preguntó a los asistentes si podía o no ser reversible un proceso revolucionario y qué grado de conciencia o qué ideas harían imposible esa reversión. Considero que resulta de extraordinaria validez hacerse esa pregunta, para el pasado y para el presente, a partir de la intencionalidad del líder histórico de la Revolución Cubana, lo que se acompaña en este caso de la consideración de Marx acerca de las circunstancias en que los hombres hacen su propia historia y hasta de un verso del poeta-trovador Silvio Rodríguez que reflexiona acerca de la fórmula para salvarse. Con estas armas en el pórtico, se adentra uno en el camino in-

trincado que comienza a transitar conjuntamente con Pitaluga.

Lo primero que salta a la vista en la lectura de los capítulos por su orden, es la intencionalidad autoral de mostrar un universo teórico acerca del poder y la hegemonía en que desfilan los principales teóricos de este asunto, con particular énfasis en Carlos Marx, Vladimir I. Lenin y Antonio Gramsci, pasando por Max Weber y Michel Foucault. La pasión por la teorización se hace manifiesta al lector desde el título y se confirma en la lectura del cuerpo del libro. La inclusión de este asunto se explica al cerrar el primer capítulo donde el autor aclara que hizo “un apretado recorrido por las principales teorías y autores que desde el advenimiento de la modernidad en Occidente han abordado el tema de la cultura, el poder, las relaciones de poder, la hegemonía y otros conceptos de vital importancia” que, considera Álvarez Pitaluga, complementa el análisis sustancial de su investigación referida al “entramado cultural de la gesta independentista de 1895”.

El discurso histórico que presenta el libro tiene su fundamento en el corpus teórico expuesto y en una intensa investigación factual en fuentes documentales de impresionante magnitud, en buena medida no explotadas anteriormente. En la introducción, de especial importancia para entender los fundamentos y el propósito del autor, aparecen las contradicciones fundamentales dentro de la dirección de la revolución que se han trabajado en la Historiografía cubana para, a continuación, explicitar la perspectiva que propone el libro, a saber: “los procesos



subjetivos y objetivos del desarrollo revolucionario desde las dinámicas de funcionamiento del poder político; además, un estudio sobre la compleja reproducción interna de la hegemonía cultural a través de un sentido común y de una racionalidad formal, unidas a una relectura de las posibilidades y límites que tuvo la ideología política de la dirigencia del 95”.

En los principios histórico-metodológicos que guían el entramado del discurso histórico de Álvarez Pitaluga, quisiera destacar el cuarto por su importancia para la comprensión del tema en esta propuesta: “los actores de la revolución no fueron conscientes del resultado de su práctica social, que hoy podemos interpretar a partir de un enfoque histórico-metodológico desde nuestro presente.” Por tanto, el conjunto de definiciones que el autor establece se vuelven fundamentales para sumergirse en la lectura del capitulario.

El cuerpo del trabajo pasa por la contextualización de la Revolución del 95 en su época, especialmente en el ámbito latinoamericano, después de hacer el recuento del tratamiento teórico que estos asuntos han tenido desde los autores ya señalados. El tercer capítulo, en el que se adentra en el proceso cubano, comienza con un problema medular: qué significado tenía el término revolución para los protagonistas de aquel acontecer, dentro de lo cual se mueve la interrogante de qué asunción hubo (o no) del pensamiento martiano, y por tanto de su proyecto, en la dirigencia de la revolución. Esta interrogante se ha realizado anteriormente por otros estudiosos de la Revolución del 95 y de Martí específicamen-

te, a lo que este libro propone una respuesta desde la indagación en múltiples y diversas fuentes que incluyen diarios de campaña, himnos, artículos periodísticos y poemas aparecidos en la época, además de otros documentos de archivo.

Los distintos capítulos entre el tercero y el quinto buscan respuestas al problema de investigación planteado desde distintos ángulos además del ya apuntado, tanto en la estructura civil como en la militar, a partir no solo de la legislación u órdenes militares sino también (y sobre todo) en la actuación cotidiana, en la práctica de la vida del campamento, de los cuerpos dirigentes de la revolución (¿o de la guerra?), tratando de buscar los hilos por los que discurrió el poder y la reproducción cultural o no en aquella gesta. Así, asistimos a reuniones, decisiones, comunicaciones oficiales y personales y actuaciones desde los Consejos de Gobierno que se estructuraron durante la contienda, también a órdenes, decisiones, opiniones y acciones en la jefatura militar, como igualmente se presenta la mirada de combatientes de menor rango a partir de los cuales el autor entreteje su discurso en función de la demostración de su hipótesis.

Una reseña no debe relatar el contenido del libro sino informar, llamar la atención sobre el mismo con vistas a que los posibles lectores conozcan la importancia de la obra y lo que pueden encontrar en ella de mayor valor o interés; por tanto no se trata aquí de describir los capítulos, así como los anexos que completan la información que ha manejado el autor para su análisis, para su interpretación. Mi propósito es advertir

acerca de la perspectiva desde la cual Álvarez Pitaluga ha construido su narración, de manera que el público busque esta obra para enterarse, aprender, estar de acuerdo o disentir con las conclusiones o con algunas de ellas, pero sobre todo para reflexionar desde otras perspectivas.

Revolución, hegemonía y poder es un libro complejo desde su propuesta, no porque sea el primero en plantearse un acercamiento a lo que de Armas denominó “revolución pospuesta” y que en esta obra se califica de “dilución”, sino por la voluntad de adelantar en este asunto desde bases teóricas que se definen claramente al hablar del espíritu gramsciano y de que Marx con su mirada de la sociedad como sistema relacional constituye la base teórico-metodológica fundamental. Álvarez Pitaluga ofrece su interpretación de aquel proceso histórico a partir de los presupuestos teóricos que declara y de la paciente y concienzuda investigación en los documentos de archivo y otras fuentes variadas, lo que el lector podrá apreciar en la lectura del libro; igualmente el lector podrá plantearse sus propias interrogantes que deben impulsar nuevas investigaciones. Muchos problemas quedan respondidos en esta obra, otros se abren a la discusión y a nuevas indagaciones e interpretaciones. Este es un libro que incita a la reflexión y a la polémica. Ojalá así sea en beneficio de la historiografía cubana. ■

FRANCISCA LÓPEZ CIVEIRA

Merecido reconocimiento a una martiana

La noche del 4 de enero de 2013, algo fría pero con intenso calor humano, se convirtió en el espacio perfecto para significar el tránsito fructífero por la vida de una bayamesa. Urania de la Asunción Ramírez Arias, mujer tímida y de buen hablar. Si le miras a los ojos advertirás una eterna ternura, gran paciencia y una frase de consuelo, ayuda para todo el que la rodea.

Esta singular longeva ha tenido la dicha de pasar por los 80 y más dedicando gran parte de su vida a educar y formar múltiples generaciones. Es por eso que está presente en los que hemos tenido el privilegio de departir con ella tanta sabiduría y experiencia, maestra en mayúscula, no conoce el cansancio, el pesimismo, aunque la vida le ha reservado fuertes reveses. Es la custodia permanente de su familia, todos buscan y solicitan sus sabias doctrinas. Ñaña, como cariñosamente la nombran las que la queremos, es de esos seres

que imprimen amor y fuerza en su andar.

Por su vocación intachable para enseñar, por su constancia en la labor que realizó con esmero, por predicar la doctrina martiana entre sus alumnos y maestros, es reconocida con el máximo galardón que otorga la Sociedad Cultural “José Martí”, “La Utilidad de la virtud”, y fue esa noche, momento oportuno para entrelazar dos generaciones y mostrar que no existe hoy sin ayer, dos jóvenes: uno del Consejo de jóvenes Plaza Martiana, Amauri Hechavarría Nistal y otra del Movimiento Juvenil Martiano, Danay Armand Solano fueron los escogidos para entregar tan alta distinción.

Estos valerosos Pinos Nuevos como los evoca el Apóstol, son protagonistas de un acto de gran amor, portar la Llama Martiana, salida del fuego eterno y sagrado de Santa Ifigenia que en la noche del 4 de enero tenía como destino la ciudad de

Bayamo, pretexto más que ganado para destacar la obra de una ejemplar cubana.

Amigos y vecinos se dieron cita en la Peña “Conociendo a Martí”, patrocinada por el Club Martiano del Reparto Jesús Menéndez, demostrando amor y respeto incondicional a quién asumió la pedagogía como patrón invariable en su vida. Agasajar a través de exclamaciones, besos y frases emocionadas, convirtió la noche en una ceremonia inolvidable.

Alguien solicitó que hablara la homenajead: “Me siento muy feliz y pienso que no merezco este reconocimiento, pero lo acepto con mucho honor, muchas gracias”. Esas fueron las sencillas y humildes palabras de una mujer que por su dedicación y modestia se convirtió en brújula imprescindible de sus relevos, por ser cubana y martiana. Felicidades, Ñaña. Gracias por estar entre nosotros. ■

TEÓFILA ACEA ANTÚNEZ

Homenaje en las alturas

El 14 de junio del 2013 en el teatro del Ministerio de Educación Superior, Celia Guevara, la hija del Che, junto al héroe René González pican el primero de los más de veinte cake que los jóvenes del Consejo Plaza Martiana de la Sociedad Cultural “José Martí” ofrendan a los cumpleaños del Che y Maceo como parte de las actividades para rendirles homenaje caracterizadas por la alegría, el entusiasmo y al mismo tiempo la recordación emocionada de la

vida y el pensamiento de estos dos paradigmas de revolucionarios de Cuba y del mundo.

Es el aniversario 168 del natalicio del Lugarteniente General Antonio Maceo Grajales y el 85 del Comandante Ernesto Guevara de la Serna. Con la convicción de sus ideas y sus ejemplos, el sábado 15 de junio, en todas las provincias del país, y en el municipio especial Isla de la Juventud, los jóvenes suben a una elevación para desde la cima, rendir los merecidos tributos.

El Alto de Maquey en Guantánamo, La Gran Piedra en Santiago, El Pico Mella en Granma, La Loma de la Mesura en Holguín, El Cerro de Caisimú en Las Tunas, el Cerro de Tuabacuey en Camagüey, el Alto de Boquerón en Ciego de Ávila, Caballete de Casas en Sancti Spiritus, la Loma del Capiro en Villa Clara, el Pico San Juan en Cienfuegos, el Pan de Matanzas, la Loma del Niño en Mayabeque, la Loma de la Vigía en La Isla, el Taburete, el Pan de Guajaibón en Artemisa y el Cerro de Cabras en Pinar del Río,

son testigos de los pasos y las iniciativas de los jóvenes.

A las doce del mediodía, en cada una de esas elevaciones, se escuchan las notas del Himno Nacional. Después vienen fotos, los trovadores y las iniciativas propias de cada provincia, y luego a picar el cake o los cakes llevados en hombros hasta arriba en medio de resbalones y tropezos, para disfrute de todos.

De inestimable valor, el apoyo de la Federación de Radioaficionados de Cuba que desde las alturas, transmitieron a las otras provincias y al mundo los pormenores de la actividad y los comunicados escritos por los jóvenes.

De todo ocurrió en este cumpleaños gigante: ómnibus desbordados de jóvenes entusiastas, lomas que se hicieron más altas, equipos de exploradores perdidos, sudores compartidos, muchachas a la vanguardia, baños en los ríos, simultáneas de ajedrez, intercambio con comunidades, firmas para la liberación de nuestros héroes prisioneros en los Estados Unidos, provincias que pidieron elevaciones prestadas, caldosas rebeldes, fotos para la historia, filiales provinciales



de nuestra Sociedad Cultural movilizadas en función de coordinar y asegurar estas actividades.

Una fiesta gigante, protagonizada por jóvenes de toda Cuba que alaban su voz por el Che, por Maceo, por Martí, por Gómez, por Gerardo, por Ramón, por Antonio, por Fernando y en Solidaridad con la Revolución Bolivariana.

A las montañas habían subido los jóvenes y esta vez no fue necesario tomar un cuartel o hacerle un cerco

a una columna enemiga. Con la alegría de un pueblo que defiende su Revolución los jóvenes estábamos de fiesta y alertando al mundo que nadie se atreva a intentar quitarnos nuestra soberanía.

¡Hasta la victoria siempre!, es el grito de los jóvenes alegres y profundos de nuestro hermoso caimán. ■

AMAURY HECHAVARRÍA NISTAL

Presentan la Asociación Cultural José Martí en Guatemala

La Asociación Cultural José Martí en Guatemala (ACJM) ya es un hecho en este país centroamericano, donde el Apóstol de la independencia de Cuba aprendió, impartió clases, participó en tertulias, proyectó una revista, mientras escribió un ensayo y un poema dramático.

El Centro Cultural Luis Cardoza y Aragón de la embajada de México en Guatemala sirvió de escenario en la noche del 2 de mayo

de 2013 para anunciar de manera oficial la creación de la ACJM, que tiene como uno de sus objetivos promover intercambios culturales entre Cuba y Guatemala para incentivar los lazos de amistad.

La presidenta de la ACJM, Marina Coronado, destacó que la misión de la agrupación es impulsar la paz, concordia y armonía entre los países latinoamericanos inspirados en la propuesta martiana y su legado para Guatemala.

Para la vicepresidenta de la Asociación, Ana Cintrón de Méndez, se trata de un espacio, en el cual se integran guatemaltecos que creen en el pensamiento martiano como un eje que propone alternativas para la construcción de respuestas a procesos sociales, políticos, culturales, educativos y ambientales.

En su intervención, también saludó al Dr. Armando Hart, al frente de la Oficina del Programa Martiano

con sede en La Habana, por haber estado al tanto de la creación de esta organización.

El Dr. Carlos Tirado, embajador de México en esta nación, instó a la agrupación a desempeñar un papel importante en la difusión de la obra de Martí en Guatemala.

“Esperemos también que sea un factor aglutinador entre todos los pueblos latinoamericanos y del mundo que quieran acudir a las actividades patrocinadas por la misma”, manifestó.

Mientras tanto, el diplomático al frente de la delegación cubana aquí, Roberto Blanco, valoró que uno de los sueños concretados de Martí es la constituida Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños (CELAC), que celebró su I Cumbre de Jefes de Estados y de Gobierno en enero pasado en Santiago de Chile, donde Cuba asumió la presidencia pro t mpore.

Asimismo, el cronista de la Ciudad de Guatemala, Miguel  lvarez, y el investigador Mauricio

N nuez Rodríguez, de la Sociedad Cultural “José Martí” de Cuba, aludieron a pasajes importantes de la vida y obra del paradigmático político, periodista y escritor.

El embajador de Venezuela en Guatemala, Orlando Torrealba, y varios miembros de la misión estatal de Cuba aquí acudieron a la ceremonia. ■

RANDY SABORIT MORA

Cantón Navarro entre nosotros

Bajo el auspicio de la Sociedad Cultural “José Martí” se inauguró la exposición *Poesía de combate*, en homenaje al V aniversario de la muerte de José Cantón Navarro el 7 de julio, a quien se le recuerda no solo como el primer presidente de la organización en La Habana, sino por su destacada labor como escritor, historiador, ensayista, profesor y dirigente político.

La muestra que se exhibe en uno de los salones del Centro de Estudios Martianos en esta capital, la integran 20 instantáneas e igual número de poemas de su autoría, en su mayoría inéditos, los cuales recrean al visitante en una faceta poco conocida de este martiano.

Emocionante resultan los poemas dedicados al Indio Nabor , a Leonor Pérez, a José Martí y a los Cinco Héroes. Todas las piezas son hijas de la compilación de Josep Trujillo, amigo y discípulo de este intelectual cubano, quien le agradece a sus familiares, en particular a Hermes Otaño –su compañera

en la vida–, el haberle permitido adentrarse en sus archivos personales para poder mostrarles a los visitantes un Cantón Navarro vivo, lleno de sabiduría y pasión revolucionaria, presto a avivar nuestras capacidades de razonamiento.

A la inauguración asistieron Héctor Hernández Pardo, subdirec-

tor general de la Oficina del Programa Martiano, Erasmo Lazcano y Rafael Polanco, vicepresidente primero y vicepresidente de la SCJM, respectivamente, así como trabajadores de instituciones martianas, familiares y amigos. ■

RAQUEL MARRERO YANES



Foto: Ariel Armas Ramos

Nuestros autores

Teófila Acea Antúnez

Licenciada en Español y Literatura. Especialista de la Biblioteca provincial “1868” de Bayamo. Presidenta de la filial Granma de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Alpidio Alonso-Grau

Ingeniero, poeta y editor. Director de la revista de poesía *Amnios*.

Antonio N. Álvarez Pitaluga

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de Historia de la Cultura Cubana en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Rita M. Bush Sánchez

Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora titular de la Universidad de la Habana. Académica titular de la Academia de Ciencias de Cuba.

Lourdes Cabrera Pereda

Licenciada en Historia por la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Labora como editora en ediciones *Verde Olivo*.

Luis Manuel Díaz-Granados Bricuyet

Licenciado en Educación. Máster en Didáctica de la Física y en Ciencias de la Educación. Miembro de la Junta Directiva Provincial de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Ludín Bernardo Fonseca García

Máster en Historia Regional y Local. Investigador y profesor auxiliar. Historiador de la ciudad de Bayamo.

Thalía Muklan Fung Riverón

Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora de Mérito y presidenta de la Cátedra de Ciencia Política “Enfoque Sur” de la Universidad de La Habana.

Armando Hart Dávalos

Doctor en Leyes. Director de la Oficina del Programa Martiano. Presidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Amaury Hechavarría Nistal

Presidente del Consejo Martiano Nacional “Jóvenes Plaza Martiana”. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Francisca López Civeira

Profesora titular consultante en la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana. Premio Nacional de Historia.

Óscar Loyola Vega

Doctor en Ciencias Históricas. Profesor de la Facultad de Filosofía e Historia de la Universidad de La Habana.

Raquel Marrero Yanes

Licenciada en Historia. Periodista. Especialista en Relaciones Públicas de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Corina Matamoros Tuma

Licenciada en Historia del Arte por la Universidad de La Habana. Ensayista. Curadora de la Colección de Arte Contemporáneo del Museo Nacional de Bellas Artes.

Isabel Monal Rodríguez

Doctora en Ciencias Filosóficas. Profesora titular de la Universidad de La Habana. Directora de la revista *Marx ahora*.

Miguel Antonio Muñoz López

Licenciado en Historia. Especialista de la Oficina Provincial de Monumentos y Sitios Históricos de Granma.

Manuel Armando Navea Fernández

Narrador, poeta y crítico literario. Egresado del 2do. Curso de Técnicas Narrativas del centro “Onelio Jorge Cardoso”.

Mauricio Núñez Rodríguez

Licenciado en Letras. Ensayista, investigador literario y periodista en la Sociedad Cultural “José Martí”.

Rafael Polanco Brahojos

Licenciado en Historia. Ensayista y profesor de Historia de la Filosofía y de Pensamiento Político. Vicepresidente de la Sociedad Cultural “José Martí”.

Joel Jorge Prado Rosales

Licenciado en Lengua y Literatura Inglesa. Poeta y editor. Investigador del Centro Provincial de Patrimonio Cultural de Granma.

Raynor Rivera Licea

Licenciado en Periodismo. Fue columnista del periódico provincial *La Demajagua*, en Granma. Responsable de Comunicación y Cultura en la Diócesis de Bayamo-Manzanillo.

Randy Saborit Mora

Periodista. Profesor de la Facultad de Comunicación Social de la Universidad de La Habana. Corresponsal de Prensa Latina en Guatemala.

Carmen Suárez León

Doctora en Ciencias Filológicas. Poeta, editora, traductora. Investigadora titular del Centro de Estudios Martianos.